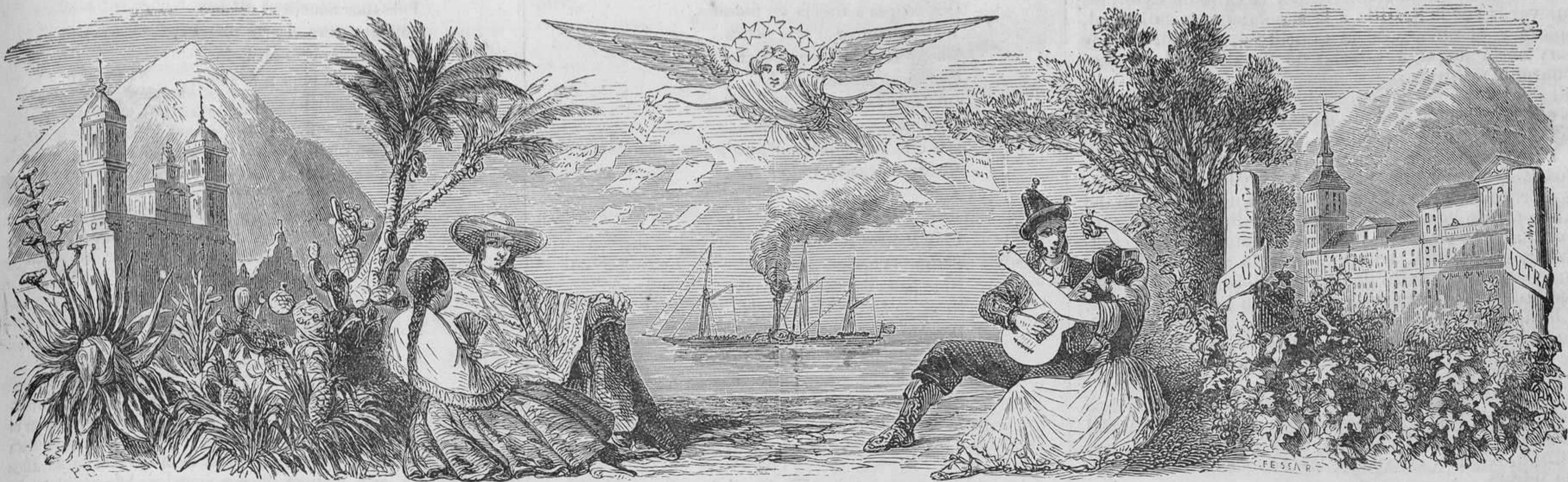


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 13. — N° 97.

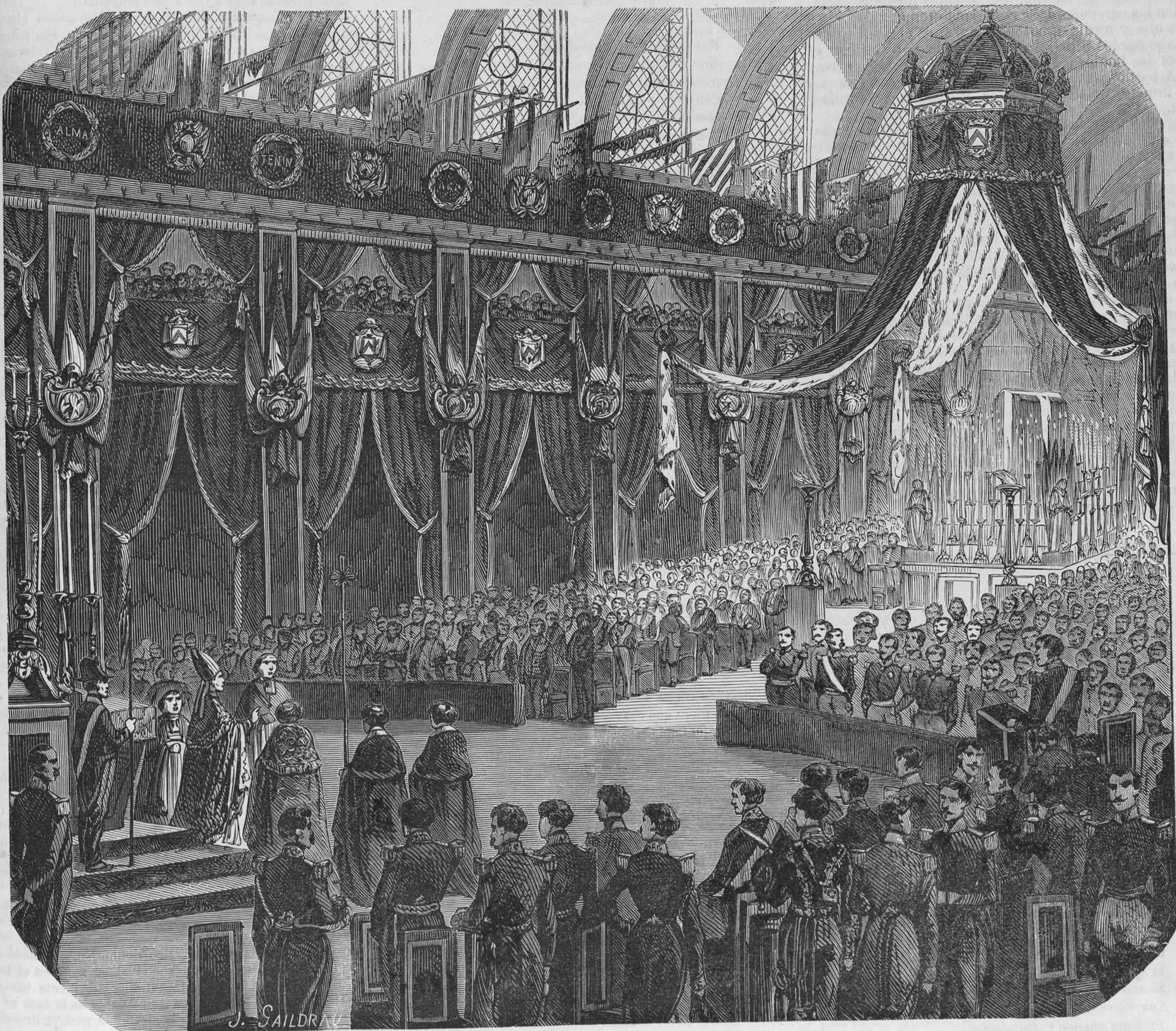
SUMARIO.

Funerales del mariscal Saint-Arnaud : grabado. — Letrilla. — Revista de Paris. — Los aliados en Balaktava; grabados. — El anónimo. — Margarita Pusterla. — Colonias agrícolas

de la Argelia; grabados. — Blanca. — Ascension al Popocatepetl; grabados. — El palacio y el parque del Raincy; grabados. — La gaceta de Honduras. — Tradiciones y leyendas. — Pila hidrodinámica. — Dos poetas. — El príncipe Demetrio Stirbey; grabado.

Funerales del mariscal Saint-Arnaud.

El día 16 se verificó en Paris con arreglo al programa anteriormente prescrito por el gobierno, la traslacion



Ceremonia de los funerales del mariscal de Saint-Arnaud, en los Inválidos.

de los restos mortales del mariscal Saint-Arnaud, desde el desembarcadero del ferrocarril de Lyon hasta el cuartel de los inválidos, en cuya iglesia se celebró el servicio fúnebre.

Ya, desde las ocho de la mañana, se había prohibido la circulación de carruajes en todo el tránsito que en buen orden siguió la comitiva por la calle de Lyon, los boulevards (de la Bastilla a la Magdalena, la calle Real, la plaza y el puente de la Concordia, y el muelle de Orsay hasta llegar al cuartel de inválidos, a las doce y cuarenta minutos.

El día estaba pardo, encapotado y en perfecta armonía con el carácter fúnebre de la ceremonia.

Las tropas, entre las cuales figuraban un escuadrón del 4º regimiento de cazadores, 2 escuadrones de coraceros, 2 de guías, una batería de artillería, 2 batallones de cazadores, varios de infantería de línea, uno del regimiento de gendarmes de la guardia imperial, otro de granaderos y otro de fusileros, 2 compañías de cazadores de la guardia, compuesta de la artillería y toda la tripulación del aviso de vapor *Gabico*, han recorrido aquella larga carrera en medio de un inmenso gentío.

Llevaban las cintas del feretro los generales de división Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Levasseur, La Rue y Bourgon (este último en reemplazo del general Korte, que estaba enfermo).

Al salir el carro del embarcadero del ferrocarril se hizo una salva de artillería: otra al llegar al cuartel de inválidos; otra al cantarse el *De Profundis*, y otra, en fin, al bajar el cuerpo a las bóvedas subterráneas de la iglesia.

En el acompañamiento se notaba a la familia del mariscal, a varios miembros del alto clero de París, y a alguno que otro militar del Imperio con el uniforme de la época.

El coche del mariscal, tirado por cuatro magníficos caballos castaños, iba vacío y era hermosísimo, como lo eran los de la corte, en que iban varios dignatarios, y entre ellos el duque de Cambaceres y el conde de Montebello.

Inmediatamente detrás del carro fúnebre, marchaban seis ayudantes de campo y oficiales de órdenes del mariscal, en traje de batalla. Del séquito formaba parte también los carruajes de la embajada otomana.

A la una y media era todavía grande el gentío que circulaba por los muelles del barrio de San German y aun por los boulevards que habían recorrido las tropas. A las dos y media estaba concluida la ceremonia, y la inmensa reunión se iba disipando tranquilamente.

El pórtico y toda la iglesia estaban colgados de paño negro en toda su altura, desde el cornisamento donde están suspendidos los trofeos militares conquistados por los ejércitos franceses desde Luis XIV. Estas colgaduras fúnebres, recogidas por bordados de plata, estaban adornadas de trecho en trecho con escudos ya de armas, ya de las cifras del mariscal, ó bien de los nombres de los combates en que había conquistado su reputación militar: Médeah, Boghar, Bougie, Alma. Esta condecoración fúnebre se completaba con trofeos y grupos de banderas tricolores.

Las dos filas en el interior de la nave estaban formadas por dos destacamentos de inválidos armados de picas y colocados delante de una doble línea de pedestales con urnas en que ardían esencias. El catafalco, de grande magnificencia, estaba coronado de un dosel forrado de armiño y rodeado de un numeroso luminar y pabellones de banderas; á cada ángulo se elevaba una estatua alegórica representando una virtud militar.

El cuerpo diplomático asistió en gran número. Lord Cowley, embajador de Inglaterra, tenía una de las cintas del feretro, en muestra sin duda de la íntima alianza que unió hoy á aquellas dos grandes naciones. También se ha notado al señor Hubner, embajador de Austria, vestido de grande uniforme.

LETRILLA.

¿Porqué la señora Brígida,
Tan melancólica y tétrica,
Una oración al Santísimo
Hace por la vez centésima;
Si después del « Señor, ¡pésame!»
Y su piedad evangélica,
Por una canción erótica
Comete una acción herética?
Porqué este mundo es hipócrita,
Tirano, tonto y... *et cetera*.

Para un viejo sistemático
Toda novedad es pésima;
Nunca están libres las jóvenes
De su oposición frenética.
Si uno es prudente, ¡qué rústico!
Si uno es de bulla, ¡qué pécora!
Cuando ve un drama en el Príncipe
Exclama afligido: ¡Oh tempora!

Y sale, haciendo fanático,
Cruces, calvarios... *et cetera*.

Hoy dicen que esta península
Rica está como la América;
Que eclipsa á Grecia en filósofos,
Y al mundo en el arte bélica.
Mas yo replico á esta cháchara,
Que dicen no tiene réplica,
Que esto es un reloj magnífico,
Pero que no tiene péndola,
Mas que me llamen escéptico,
Atroz, renegado... *et cetera*.

Unos y otros son estólidos,
Porque la nación ibérica,
Ni se halla detrás del Africa,
Ni es de los ingleses émula.
Descúbranse entre cadáveres
Fuerzas y formas atléticas;
Hay hombres y hay antropófagos,
Hay racionales y acémilas;
Abundan tontos y pícaros,
Pan y hambre... *et cetera, et cetera*.

Conozco un señor estúpido
Que habla de costumbres persicas
Y de mapas geográficos
De Rusia, de Francia y Bélgica,
Sin saber donde cae Móstoles
Y si la tierra es esférica,
Mas eso no importa un rábano
Para descubrir la Bética,
Y luego elevarse á Júpiter,
Luna, Sol, Venus... *et cetera*.

Hay hombre de genio discolorado
Que con intenciones pérfidas,
Anhela romper al prójimo
Con un estoque las médulas,
Mas al batirse colérico,
Con serenidad intrépida,
Sacadle de entre los hábitos
La cota de malla, su égida,
Veréis fallar su espíritu,
Temblar... *et cetera, et cetera*.

Los que hablan de la metrópoli,
Si no es la pila su rémora
Dicen con amor sin límites:
¡Oh, qué pasión tan angélica!
Pero ¿qué responde el misero
Que no come pan ni sémola,
Y es cuando trasnocha víctima
De ciertas carrozas fétidas?
Que es una mansión diabólica,
Cruel... *et cetera, et cetera*.

Aquí se da cualquier zángano
Importancia aristotélica:
Finge pasión por la música
Y duerme en la *Ceneréntola*.
Se mofa al ver una comica
Si sale agitada ó trémula;
Va al Congreso á hacer la crítica
De Lopez y de Tabuérniga,
Y es lo que se llama un bárbaro,
Un bruto, un atun... *et cetera*.

Cien coplas hace Don Pánfilo
Siempre que enristra la péñola,
Ya pintando escenas trágicas,
Ya visiones cadavéricas.
Don Hermógenes, mas clásico,
Hacina romances y églogas.
Mas ¿porqué las da por título
Composiciones poéticas?
Porque donde hay menos mérito
Hay mas presunción... *et cetera*.

Quien quiera aquí ser buen médico
No ha de saber lo que es vértebra,
Nadie es aquí buen político
Si no es anarquista ó despota.
Nadie es mejor matemático
Que el que ignora la aritmética.
Quien quiera eclipsar á Góngora
No sepa hacer una décima.

Quien no piense como el público,
Calle, sufra, aguante... *et cetera*.

Y á esta desdichada sátira
Doy fin en la estrofa undécima,
Pues dice Séneca el célebre
(Miento, pero el arte métrica,
Por asonante y esdrújulo
Me obliga á citar á Séneca)
Que una letrilla satírica
Sea jocosa ó patética,
Ni debe ser muy lacónica,
Ni larga y pesada... *et cetera*.

J. M. VILLER GAS.

Revista de París.

En una almoneda de cuadros que ha llamado mucho la atención de los aficionados á pinturas antiguas, se vendieron el jueves último dos lienzos de Adriano Van Den Velle, artista holandés del siglo XVII, que en su corta existencia de 33 años ha dejado al arte algunos buenos modelos. Además del mérito particular que con justicia se atribuye á las obras de este autor, los cuadros vendidos el jueves reunían la circunstancia de poseer un valor histórico, pues habían pertenecido al general Bonaparte en un momento crítico de su vida privada, en aquellos tiempos en que el general consagraba su espada al servicio de la República.

Cuando Bonaparte fué nombrado comandante en jefe del ejército de Italia, se encontraba en un terrible apuro.

— ¿Sabes tú, mi querido Bourrienne, preguntaba el gran capitán á su amigo, si Cartago cuando envió al famoso Anibal á Italia, le dejó marchar sin un cuarto en el bolsillo?

Bourrienne se echó á reír á esta pregunta:

— ¡Ah! mi querido general, te confieso que la historia, ó mejor dicho, los historiadores que yo he leído son todos muy discretos acerca de ese punto; pero es muy verosímil que Anibal no se aventurara á marcha tan lejana y peligrosa sin llevar consigo una caja militar para pagar á sus soldados, pues no ignoraba que el oro es el nervio de la guerra.

Y el antiguo condiscípulo se echó á reír estrepitosamente, sin que Bonaparte se ofendiera con tanta alegría.

— Si, me parece muy justo lo que dices, repuso el general; el gobierno cartaginés no pudo permitir que se marchara el jefe de un ejército considerable, sin que llevara con que atender á las necesidades de su posición; no le enviaron ciertamente descalzo y sin capa á los Pirineos y á los Alpes, á conquistar la Italia y á acabar con la Roma soberbia... en tanto que nosotros, generales de la República francesa, tenemos que dar batallas y que conquistar provincias...

— Y sin dinero para comprar un mal caballo.

— ¡Un caballo! Ya nos contentaríamos con que la caja de la República nos suministrara lo mas indispensable para vestirnó y calzarnos.

El general acompañó estas palabras con un hondo suspiro; su fisonomía grave y melancólica anunciaba en aquel instante la triste preocupación que le agitaba.

Bourrienne, conociendo la causa del apuro, hizo, sin mas rodeos, la siguiente pregunta:

— ¿Cuánto necesitas, general, para ponerte en campaña?

Bonaparte se sorprendió, pues no esperaba una salida tan precisa y clara; el tono firme con que Bourrienne la formuló engañó un instante al general.

— Me haces esa pregunta, querido amigo, dijo á su antiguo condiscípulo, como si estuvieras en posición de adelantarme la cantidad que me hace falta... ¡Ah! no necesito mucho, pero en el día hay tan poco dinero.

— Pero en fin, ¿qué suma quieres?

— No puedo marcharme si no hallo lo ménos dos mil pesos.

— Mucho dinero es ese.

— Ya te lo decía... Tú también te has quedado espantado como los prestamistas y los usureros á quienes yo me he dirigido. Sin embargo, te confesaré que, si no hay otro remedio, me contentaré con mil quinientos... y pasaré por lo que quieran en cuanto á los intereses. Vamos, mi querido amigo, ¿podrías encontrarme esa suma?

Bourrienne no se dio prisa á responder, pues se ocupaba en buscar en su memoria los nombres de los capitalistas que conocía; Bonaparte temía turbar esta meditación que no le presagiaba nada bueno.

— General, dijo Bourrienne, ¿has pensado en los hermanos Nani? Quizá podrán prestar ese dinero.

— ¡Ah! los contratistas de caballos... ni siquiera han querido recibirme. No debemos pensar en esa gente; los contratistas y abastecedores reservan sus fondos para especulaciones mas seguras, y sobre todo mas ventajosas.

Bourrienne estaba escuchando al general, cuando de repente se le ocurrió una idea:

— General, le dijo con presteza, ya está encontrado el hombre. Ponte las botas y vámonos... Se me figura que ya está hecho el negocio.

Bonaparte se vistió de prisa. Bourrienne había hablado con tal seguridad, que el general confió algun tanto en el buen éxito. Salieron pues, y se dirigieron silenciosamente hacia la calle Thevenot, en la que se pararon delante de la casa n.º 9. Bourrienne, que había tomado la delantera para pedir informes, volvió diciendo:

— Aquí es, aquí es, y está en casa, subamos.

— Subamos, repitió Bonaparte, que ya no podía retroceder.

Los dos amigos llegaron luego al cuarto segundo donde vivía el capitalista.

— ¿Podríamos hablar á M. D...? preguntó Bourrienne á una anciana que salió á abrir la puerta.

La vieja, que era hermana del capitalista, respondió que se hallaba enfermo y en la cama, como ya lo debían saber, puesto que les estaba esperando.

Los dos amigos se miraron, y conocieron que la vieja se equivocaba, pero aprovechándose del error entraron, y la mujer los llevó á una alcoba donde estaba el enfermo, tomándolos por dos médicos, á quienes efectivamente aguardaba.

— Buenos días, señores, dijo una voz sepulcral que salía de entre unas almohadas; pueden Vds. sentarse.

De estas palabras resultaba que M. D... estaba en un error: era preciso desengañarle pronto, y Bourrienne arrojando de frente el peligro, se acercó al catre de tijera donde yacía el enfermo, y le dijo con mucho interés:

— Vamos un poco mejor, ¿no es cierto? Estoy un poco incomodado con Vd. por no haberme advertido de su enfermedad...

— ¿Qué dice Vd.? ¿quién es Vd., caballero? No tengo el gusto de conocerle.

Y el anciano trató de incorporarse en la cama para ver mejor á los dos personajes.

— Caballero, dijo Bourrienne, yo soy amigo íntimo de X..., su antiguo socio de Vd., y se acordará Vd. que mas de una vez nos hemos visto en su casa.

— ¡Ah! dispénsenme Vds., caballeros, les había tomado á Vds. por unos médicos; si su intención es hablar de negocios, debo decirles que no me encuentro en estado de responderles; pero en fin, ¿con quién estoy hablando?

— Yo soy Bourrienne, y supongo que mi nombre no le es á Vd. desconocido.

— No seguramente; recuerdo haberle oído pronunciar al amigo X...

— Este caballero que me acompaña le será á Vd. mas conocido; es el general Bonaparte.

— ¡El general Bonaparte! ¡el general Bonaparte en mi casa! ¿Porqué no lo ha dicho Vd. antes, caballero? Hágame Vds. el favor de sentarse, y sepamos de que se trata.

Los dos amigos tomaron asiento, y Bourrienne respondió al anciano:

— Se trata de un negocio muy urgente; necesitamos dos mil pesos.

— ¿Dos mil pesos! lo siento, lo siento en el alma por Vds.

— ¿Cómo! ¿será Vd. capaz de negarnos ese dinero?

— ¿Quién habla de eso? Digo que siento ver á Vds. en la necesidad de pedir prestados dos mil pesos. ¡Ah! el dinero está hoy muy escondido, y nosotros, bien lo saben Vds., debemos obrar con la mayor cautela. ¿Pero ese dinero es para Vds. dos?

— No; he hablado en plural por un hábito de amistad antigua; es el general Bonaparte...

— ¿Porqué no lo ha dicho Vd. antes, caballero? Mas yo había creído, general, que había Vd. marchado ya para Italia....

Bonaparte se vió obligado á vencer la repugnancia que experimentaba para tomar parte en aquella conversacion, y dijo al enfermo:

— Ya me habría marchado si...

— Si tuviera Vd. los fondos necesarios para ello.

— Justo; y ya que le veo á Vd. tan al corriente, añadiré, caballero, que la persona que me los prestará me haría un favor muy señalado. Yo soy hombre de honor y de palabra, y además ofrezco una garantía con lo que me debe el Tesoro nacional; el ministro de la Guerra me ha autorizado á firmar bonos pagaderos en la tesorería.

— ¡Bonos! ¡ja, ja, ja!

Esta exclamacion acompañada de una risa muy significativa fué la única respuesta del enfermo. Bonaparte se quedó cortado, y aun manifestó, por medio de un ademán, que no insistiría más en el asunto y que deseaba retirarse. Pero su compañero no se desanimaba tan fácilmente, pues conocía el carácter y las costumbres de M. D..., que solía estar á punto de conceder lo que se le pedía cuando mas esfuerzos hacia para negarlo.

— Entonces, amigo mio, si no quiere Vd. aceptar nuestros bonos contra el ministro de la Guerra, quiere decir que nos vamos.

— ¿Y porqué se han de ir Vds.? ¿He dicho algo que pueda ofenderles? Me ofrecen Vds. bonos contra el ministro de la Guerra, y yo no los quiero, pues tengo muchos, muchísimos, en la cartera, que sabe Dios cuando serán pagados.

— Además el general puede ofrecer á Vd. su firma.

— Tampoco quiero pagarés.

— Vamos, lo que Vd. no quiere es que le hablemos de este asunto.

— ¿Pero quién ha dicho esto? ¡Ah! el general Bonaparte habría debido elegir otro agente de negocios.

— No quiere Vd. ni bonos ni pagarés...

— No por cierto... la palabra del general me basta.

Los dos amigos se miraron con sorpresa.

— Mil gracias, caballero, dijo Bonaparte, por esa prueba de confianza, pero mi oficio tiene muchas quiebras; la campaña que debe comenzar será larga y terrible, y puedo morir en la primera batalla.

El viejo fijó su mirada penetrante en el rostro impasible de Bonaparte, y le dijo:

— No, general, no habrá tal cosa, volverá Vd. vencedor, y pagará su deuda. Si, estoy persuadido de que volverá Vd. sano, y que su primera visita al llegar á París será á mi casa. Así, general, no ha que darme gracias, la cosa no le merece... y además, aunque me contento con su palabra de honor, tengo

que proponer á Vd. ciertas condiciones que quizá no le convengan.

Bourrienne miró á Bonaparte, y este comprendió que se trataba de los réditos.

— Estoy dispuesto á cualquier sacrificio, exclamó Bonaparte.

— ¿Le gustan á Vd. los cuadros? preguntó el viejo.

— Sí, señor, un poco, respondió Bonaparte titubeando, pero no entiendo nada de pintura.

— Con el tiempo le gustará á Vd. mucho ese arte sublime, general, y debe Vd. principiar á formarse una galería... precisamente poseo dos cuadros de Van Den Velde, dos alhajas que podrán convenir á Vd., y se los daré á Vd. baratos, por quinientos pesos.

— ¡Oh! no necesito cuadros, puede Vd. creerlo.

Bourrienne interrumpió con presteza á Bonaparte:

— ¿Cómo! un general desprecia las obras de Van Den Velde... imposible... este caballero tiene razon, es preciso quedarse con ellos.

Bonaparte comprendió que no recibiría un cuarto si no aceptaba los lienzos de Van Den Velde, y se resignó á tomarlos.

— Está muy bien, dijo al anciano, quedan por mi cuenta.

— ¿Quiere Vd. verlos, general?

— No, es inútil, confío en que serán buenos.

El enfermo tocó una campanilla, y se presentó su hermana, que se acercó á la cama del viejo, escuchó algunas palabras que este le dijo al oído, y salió de la alcoba para volver al cabo de un instante con un taleguillo lleno de oro.

— Da mil quinientos pesos al general Bonaparte.

Contáronse las monedas por ambas partes, y cuando estuvo terminada esta operacion preliminar, el anciano dijo al general que podía meterse el dinero en el bolsillo.

— Mañana temprano, añadió, tendrá Vd. en su casa los cuadros: general, feliz viaje; y Vd. M. Bourrienne, ¿necesita Vd. algo?

Bourrienne dió las gracias al viejo, y los dos amigos se despidieron de él, despues de haberse dicho mutuamente algunas palabras insignificantes. El general salía con aire triste.

— ¿No estas contento con el negocio? le dijo Bourrienne.

— ¡Y los dos cuadros por quinientos pesos! Son un poco caros, y apostaría á que no valen nada.

— Valgan lo que valieren, no le hace; necesitabas mil quinientos pesos y ya los tienes, ya puedes marcharte al ejército. Da un millón de gracias á Van Den Velde.

Bonaparte se dió por contento, se volvió á su casa, y á la mañana siguiente salía para el cuartel general del ejército de Italia.

Bourrienne se quedó con los cuadros, que despues de haber pasado por muchas vicisitudes y por muchos poseedores diferentes, llegaron á la almoneda del jueves donde se vendieron en un buen precio.

El tribunal civil del Sena acaba de decidir la diferencia entre M. Legouvé y Mlle. Rachel, de que dimos cuenta á nuestros lectores en nuestra última revista.

El tribunal ha ordenado que la Rachel continúe los ensayos de *Medea* y desempeñe el papel que aceptó en esta obra, y si dejare de asistir á los ensayos ó á las representaciones, la condena á pagar á M. Legouvé la suma de 200 fr. de daños y perjuicios por cada día de tardanza, durante dos meses, reservándose el imponerle otra pena al cabo de ese tiempo.

MARIANO URRABIETA.

Los aliados en Balaklava.

Despues de la batalla del Alma, los ejércitos aliados se reunieron en Balaklava, por medio de una marcha atrevida en que tuvieron que vencer mil obstáculos materiales. Hé aquí el parte de lord Raglan, fechado ya en Balaklava sobre el movimiento ejecutado por el ejército expedicionario:

Balaklava 28 de Setiembre.

Milor:

Tengo la satisfaccion de anunciar á V. G. que el ejército que mando se ha apoderado de Balaklava el 26, y ha establecido una nueva y segura base para nuestras futuras operaciones. Los ejércitos aliados dejaron su posicion del Alma el 23 por la mañana; pasaron el Katcha en cuyas inmediaciones pernoctó pasando al día siguiente el Belbek.

Se ha visto que el enemigo había practicado trabajos que dominaban la entrada del río y que impedían el desembarco de tropas, provisiones y material, y hemos tenido que calcular si seria mejor abandonar el plan de ataque por el Norte y adoptar otro.

Despues de haber deliberado, el mariscal Saint-Arnaud y yo resolvimos abandonar nuestras comunicaciones por Katcha, esperando establecerlas por el Belbek, dar la vuelta á Sebastopol por una marcha de flanco y apoderarnos de Balaklava. El movimiento comenzó el 23 y ha terminado con la ocupacion de Balaklava por las tropas de S. M. que formaban la vanguardia. La marcha ha sido penosa y difícil.

Al abandonar el camino real que desde Belbek conduce á Sebastopol, el ejército tenía que atravesar un espeso bosque en que no había mas que un camino en la dirección que teníamos que emprender. Este camino fué destinado á la artillería y á la caballería. La infantería tuvo que trazarse uno á la aventura.

La artillería de la division ligera ha hecho cuanto era posible hacer por avanzar; pero como el bosque llegase á ser impenetrable, tuvo necesidad de salir al camino que se abrió de nuevo.

El cuartel general del ejército, seguido de muchas bat-

rias de artillería, salió el primero del bosque por el punto indicado en el mapa del mayor Jarvis, bajo el nombre de quinta de Mack usie, y entonces nos hallamos sobre el flanco y á retaguardia de una division rusa que marchaba hacia Batchi-Seray. Esta division fué atacada tan luego como pudo llegar la caballería, engolfada en un camino difícil. En la refriega perdió el enemigo considerable cantidad de municiones y de objetos preciosos.

Al cabo de milla y media dejamos de perseguir al enemigo, porque nuestro principal objeto era llegar ántes de oscurecer á Tchernaya. Los rusos tuvieron algunos muertos y varios prisioneros, entre ellos un capitán de artillería.

En seguida continuamos nuestra marcha y descendimos por un desfiladero escabroso y difícil á la llanura en que corre el Tchernaya, á la cual llegó la caballería un poco ántes de puesto el sol. La division ligera y las 1^a, 2^a, 3^a y 4^a llegaron tambien, quedando la 4^a, hasta la mañana siguiente, sobre la colina que forma el valle del Belbek para conservar nuestras comunicaciones con Katcha.

Esta marcha, que ha sorprendido al enemigo, ha sido larga y fatigosa, y á excepcion de dos pozos que hemos hallado en la quinta Mackeusie, nuestras tropas han carecido de agua en todo el día, pero han soportado alegremente su cansancio y sus privaciones, y el 26 se pusieron en marcha sobre Balaklava.

Cuando se aproximaron á esta ciudad, nada indicaba que el enemigo la ocupase, pero la marcha de la brigada de tiradores encontró resistencia y desde un castillo viejo nos dispararon cañonazos al aparecer la cabeza de la columna en el camino de la ciudad.

Entonces juzgué prudente mandar ocupar las colinas á derecha é izquierda por la division ligera y por la batería de artillería montada del capitán Blandeig, y el enemigo, que solo tenía un pequeño número de hombres en la plaza, se rindió. Poco despues de haber tomado posesion fuimos saludados por el capitán Mend, de el *Agamenon*, y casi al mismo tiempo por sir Edmundo Lyons, cuya cooperacion tuvimos, gracias á la actividad y espíritu emprendedor del teniente de aquel navío, que llegó á mi campamento de Tchernaya en la noche del 23, trayendo algunos despachos y ofreciéndome regresar al momento á los bosques á dar parte á sir Edmundo Lyons de lo muy importante que era su presencia en la entrada del puerto de Balaklava en la mañana siguiente.

El indicado teniente, que se llama Maxa, llenó tan felizmente su cometido, por medio de un camino infestado de cosacos, que el almirante se presentó á la entrada del puerto al mismo tiempo que nuestros soldados lo hacian en las alturas.

Nada pudo ser mas oportuno que su llegada, y ayer, el magnifico navío que lleva su pabellon, entraba aquí prestando los servicios mas distinguidos al ejército.

Estamos ocupadísimos en desembarcar víveres y nuestras baterías de sitio, y deseamos vivamente atacar á Sebastopol sin perder un solo día. Ayer hice que se acercasen dos divisiones á esta plaza y he podido reconocerla perfectamente. El teniente general sir John Burgoyne y el general de ingenieros Bisot se han ocupado en reconocerla mas de cerca.

La marcha del ejército francés ha sido mas penosa y mas larga que la nuestra. Colocado á nuestra retaguardia, no ha podido llegar al Tchernaya hasta la mañana siguiente, y temo que haya sufrido mucho por la falta de agua.

Tengo el honor, etc.

RAGLAN.

A S. G., el duque de Newcastle.

Efectivamente la marcha del ejército francés fué mas penosa todavía que la de los ingleses, y por eso llegaron á Balaklava un día despues.

Este movimiento de los aliados sobre Balaklava se efectuó porque los rusos tomaron una determinacion que hubo de cambiar enteramente la base de las operaciones.

El 23 por la tarde, dice el almirante Hamelin, pude informar al mariscal (Saint-Arnaud) de la determinacion extrema que habían tomado los rusos de echar á pique á la entrada de su puerto de Sebastopol cinco navíos y dos fragatas, á saber: los navíos la *Santa Trinidad*, de 120 cañones; el *Rostloff* de 84, el *Zagoodich* de 84, el *Oriel* de 80 y el *Sivistria* de 80, con las fragatas la *Kutycha* y el *Sisepoli* de 40 cañones, no conservando en el interior de dicho puerto mas que nueve navíos, dos de ellos de tres puentes, á los cuales, segun decían los marinos desertores, les reservaban igual suerte, una vez asegurada la toma de Sebastopol.

Esta noticia, que el mariscal no pudo menos de calificar de deplorable bajo mas de un concepto, debía influir en la modificacion de sus proyectos de ataque. En efecto, había calculado con cierta probabilidad, que tomando el fuerte Constantino, y tomadas tambien las baterías levantadas sobre la parte del Norte del puerto, las escuadras, penetrando en el puerto, rompiendo las estacadas, no solo acabarían la obra del ejército atacando las baterías del Sud, sino que ofrecerían un auxilio seguro á dicho ejército, cualquiera que fuesen el tiempo y la estacion, en el puerto mismo de Sebastopol.

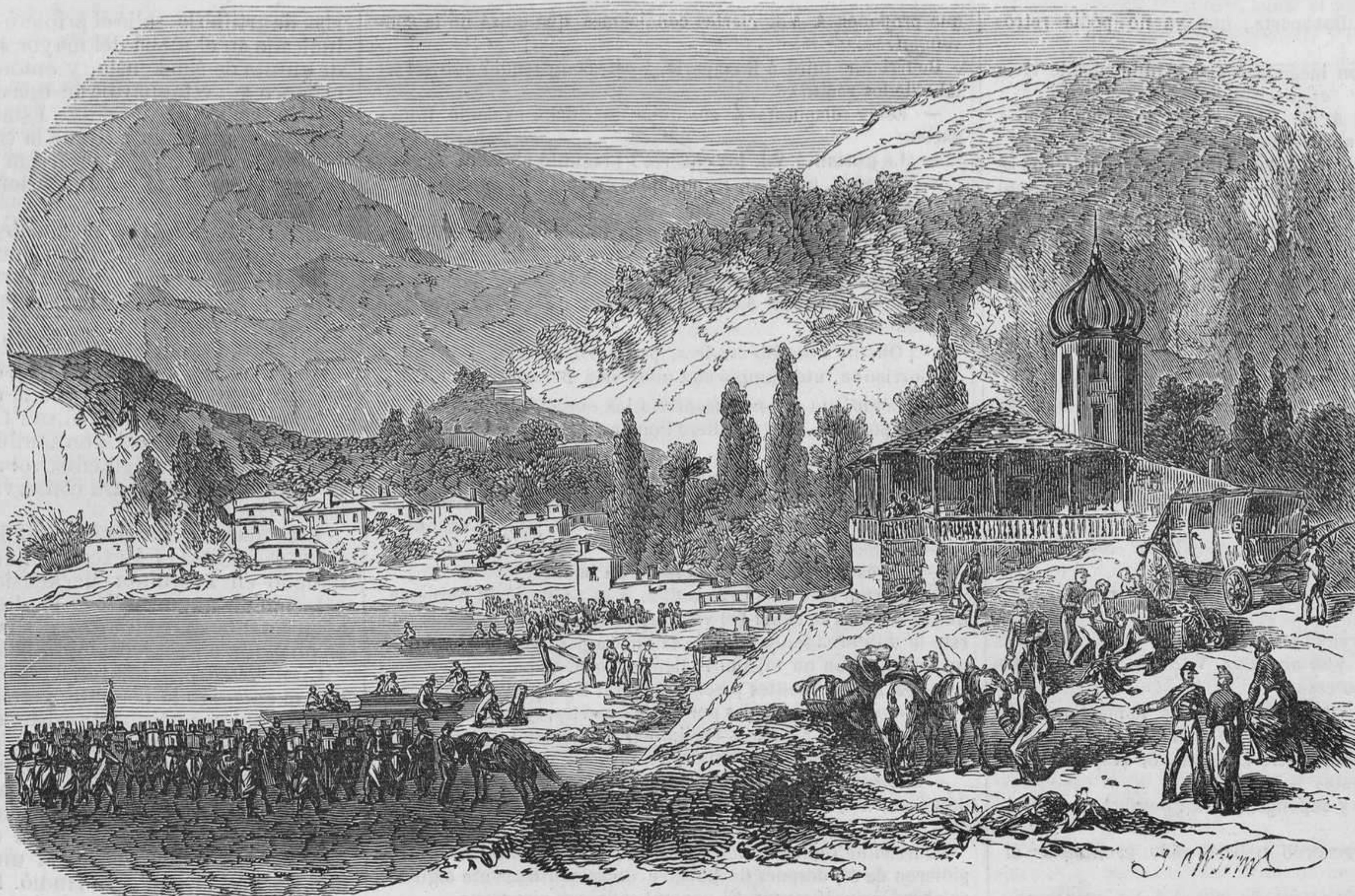
El haber cerrado el puerto cambiaba enteramente la faz de las cosas, y como además se habían construido recientemente al rededor del fuerte Constantino obras exteriores para hacer sus aproches, tan difíciles como peligrosos, decidieron los generales en jefe flanquear á Sebastopol por Oriente, y correrse al Sud de la ciudad

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

para atacarla por ese lado, que tiene poca ó ninguna defensa, después de ponerse en comunicación con las escuadras en Balaklava y haber recibido de ellas víveres y municiones. Ese movimiento estratégico, bastante atrevido para tropas completamente desprovistas de provisiones de transporte, se efectuó en los días 24, 25 y 26 como hemos dicho.

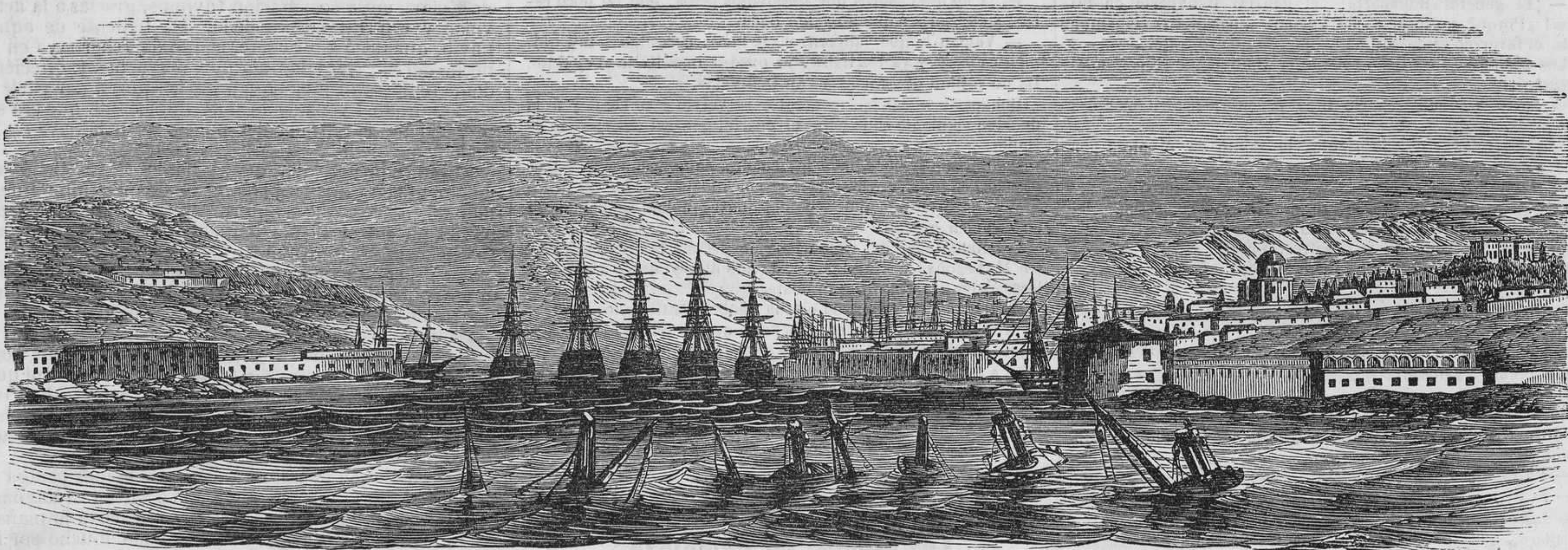
He aquí ahora algunos pormenores acerca del puerto de Balaklava que sirve de base de operaciones al ejército expedicionario, tomados del *Viaje á Rusia*, obra publicada por M. Hommaire de Hell.

«Nada más bello que la entrada de este puerto. Rodeado de montañas, algunas de las cuales, las mas



Casa adonde fué transportado el mariscal de Saint-Arnaud, en Balaklava.

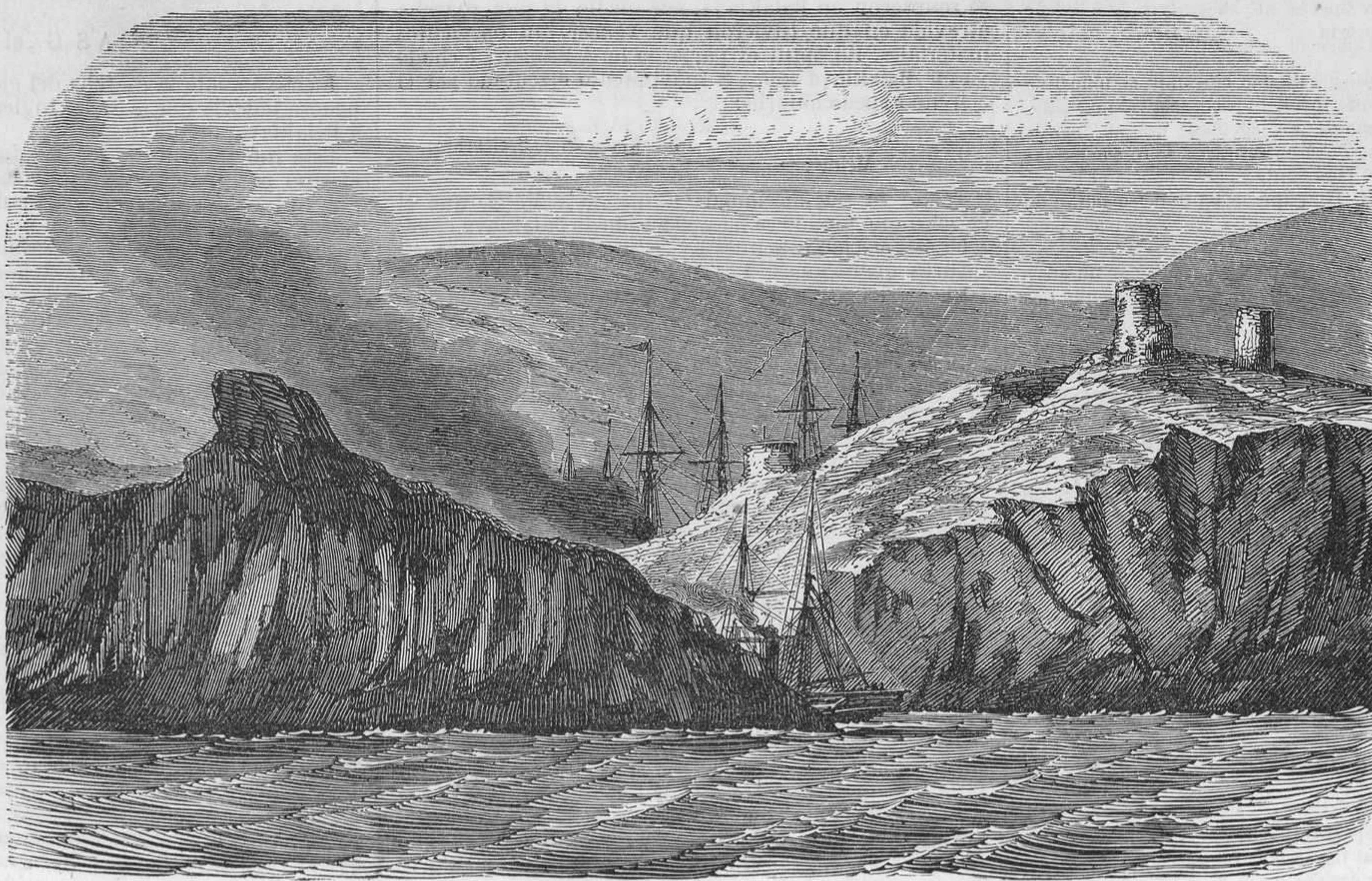
elevadas, conservan aun los vestigios de la antigua dominación genovesa, tiene enfrente la linda ciudad griega de Balaklava, cuyas casas, escalonadas unas en pos de otras, tienen todas un balcon y algunos árboles. Un ruinoso fuerte domina á la ciudad, desde el cual los genoveses, señores en otro tiempo de toda aquella costa, se cernían como las aves de presa sobre el mar, y ¡desdichados de los buques extranjeros lanzados por la tempestad hácia aquellos parajes! Balaklava con su población griega, su ceñidor de peñascos y su cielo apacible, se parece á aquellas pequeñas ciudades del archipiélago que se ven blanquear en el hori-



Buques echados á pique por los rusos, á la entrada del puerto de Sebastopol.

zonte haciendo rumbo para Constantinopla.

» El comercio de Balaklava, tan floreciente en tiempo de los genoveses, ha decaído hasta tal punto en la actualidad, que la llegada de un solo buque es considerada en el día como un acontecimiento en la ciudad. El brillante Cembale de los genoveses es en el día la modesta capital de una pequeña colonia griega cuyo origen se remonta al reinado de Catalina II, y que cuenta muchas aldeas con 600 familias. En medio de sus guerras con la Puerta Otomana fué cuando aquella célebre emperatriz pensó hacer un llamamiento á la nacionalidad de los griegos y á su



Vista del puerto de Balaklava, tomada desde el exterior.

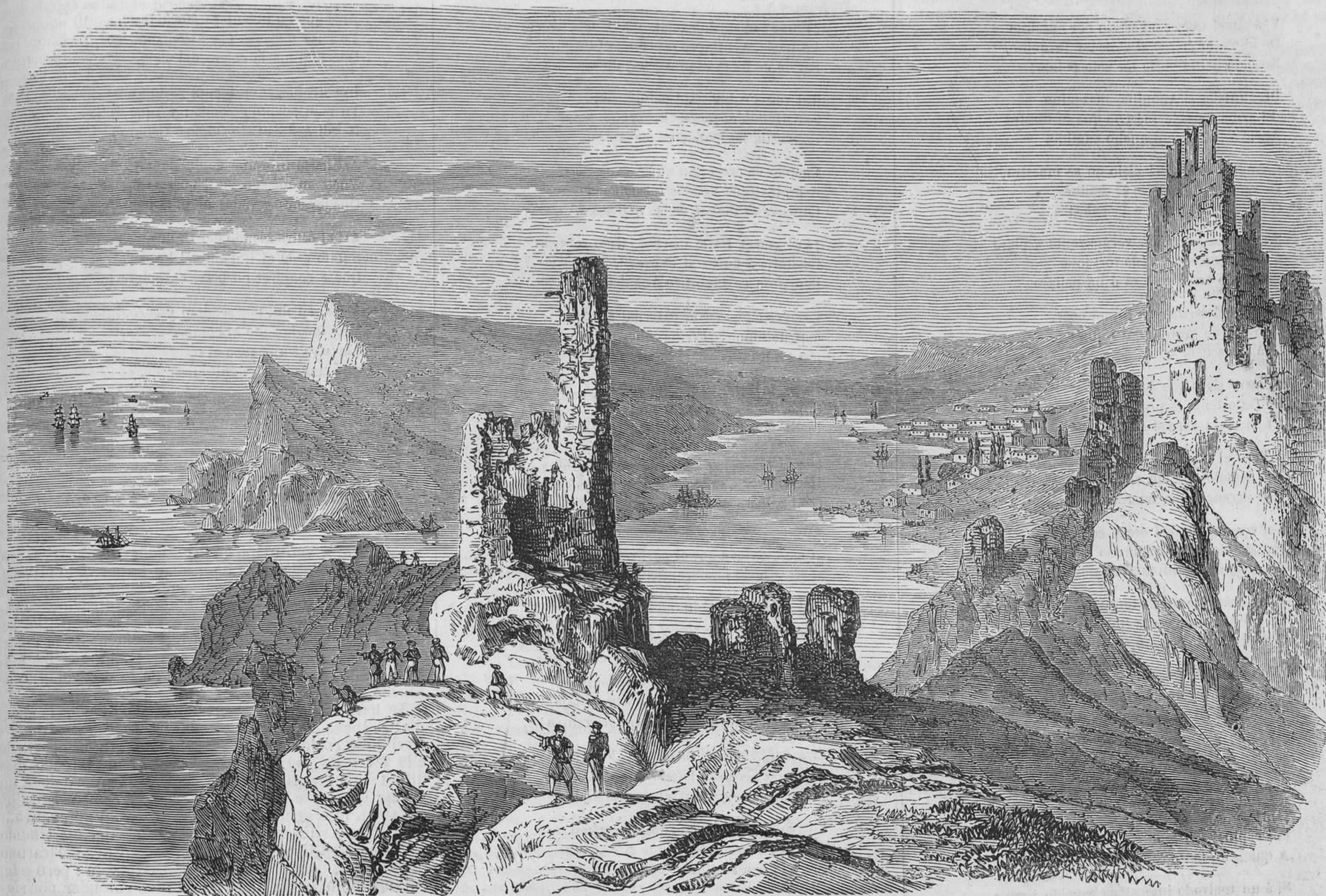
odio contra los turcos.

» El manifiesto imperial fué seguido de un pronto resultado, y la Rusia no tardó en disponer de un numeroso cuerpo naval que en todos sus encuentros con el enemigo se distinguió por un valor admirable. Apenas la campaña contra Turquía se hubo terminado, los auxiliares del archipiélago tomaron una parte activa en las operaciones militares de la Crimea; mas tarde, después de la conquista de esta península les vemos encargados de reprimir las insurrecciones, llenando de terror á los tártaros por la sangrienta crueldad de sus expediciones. En esta época fué cuando los musulmanes de

la Taurida les dieron el nombre de Argonautas que han seguido llevando hasta nuestros días.
» Una vez sometida la Crimea, la misión de los griegos se hizo más pacífica. El regimiento recibió nueva organización militar y colonial a la vez, y se le concedió para residencia la ciudad y el territorio de Balaklava. La colonia cuenta en el día con 600 hombres de tropas, cuyas funciones se limitan a vigilar la línea de las costas. Según los estatutos imperiales, no puede exigirse de un colono la actividad en el servicio sino

durante cuatro meses en el año: los otros ocho quedan a su disposición para que puedan emplearlos en el cultivo de sus tierras. Cada soldado recibe anualmente de pago 28 rublos, siendo de su cuenta el equipo.»
M. U.

durante cuatro meses en el año: los otros ocho quedan a su disposición para que puedan emplearlos en el cultivo de sus tierras. Cada soldado recibe anualmente de pago 28 rublos, siendo de su cuenta el equipo.»
M. U.



Vista interior del puerto de Balaklava, tomada desde lo alto de las ruinas del fuerte Genovés.

EL ANÓNIMO.

SÁTIRA.

Aborto infame de la negra envidia,
Yo te maldigo, *Anónimo* cobarde,
Pérfido aun a tí mismo en tu perfidia;

Que nunca de tu triunfo harás alarde,
O dejas de existir si el hondo arcano
Ve a tu pesar la luz temprano ó tarde.

¡Y Dios permite que felon villano
Con ingrata labor la pluma fuerce
Contra el usado giro de la mano!

Mas quien péñola y mano así retuerce
Harto muestra el atroz remordimiento
Con que su industria tenebrosa ejerce.

¡Triste el placer que nace en el tormento!
¡Miserable el artifice que duda
Si le herirá rebelde el instrumento!

Con estéril afán trasnocha y suda;
Y en calma yace el indefenso blanco.
¡Y él tiembla al disparar flecha sañuda!

Si la cara mostrase al aire franco
Pudiera ser que, en pago del insulto,
Del brazo aleve se quedase manco.

Bien hace si no fia en el indulto,
Mas ni en el mal que avieso premedita
Deleitarse podrá guardando el bulto:

Luego es traición inútil y gratuita
La suya, y revolcándose en el cieno
El reptil de mas noble se acredita;

Que cuando muere descuidado seno
Suya es la lengua al fin con que iracundo
Filtrar en la humana sangre su veneno;

Y tras de un picotazo da el segundo,
Y en buena lid la indignación arrostra
De quien puede aplastar su cuerpo inmundo.

¡Hombre que hoy se empareda cual la ostra
Para herir a mansalva a un individuo,
Mañana ante sus pies la frente postra;

Y torpe histrión y adulador asiduo
Mientras aguza el ponzoñoso dardo
Mendiga de sus platos el residuo!

Por dicha ya el *Anónimo* bastardo
Tanto ha embotado con el uso el filo
Que semeja a la espada de Bernardo.

Para un cuitado a quien levanta en vilo
Con triste augurio ó vengador amago,
De cien no turba el ánimo tranquilo.

No en dar con un papel acerbo trago
El ocio engaña, no, quien tiene brio
Para asestar feroz el golpe aciago.

Mas tal a quien no da calor ni frio
De enemigo tan cauto en su ojeriza
El necio y jactancioso desafío;

Tal a quien no acobarda una paliza
Mientras solo en torcidos caracteres
Su adversario traidor la simboliza,

Si indigno soplo amarga sus placeres.
Tiembla y en cada informe garrapato
Le punzan mil agudos alfileres.

¿Quién duerme en paz si en succulento plato
Teme que seducido el cocinero
Le aderece un funesto asesinato?

¿Quién si le obliga el delator artero
A confundir misántropo y adusto
Al amigo falaz con el sincero?

Poetas que inventais a vuestro gusto
De las Danaides el botijo roto,
Y el potro, que no lecho, de Procusto;

Los que movido habeis tanto alboroto
Con el buitro que saja a Prometeo
En presencia de Láquesis y Cloto,

Decidme si no es digno del Leteo
El horrible suplicio de que os hablo...
Amen del real que cuesta en el correo.

¡Y el *Dante* te olvidó siendo del diablo
Obra maestra, *Anónimo* precito!
Vale todo un infierno este vocablo.

¡Y no hay ley que prevenga tal delito!
¡Y no hay para el bribon que lo perpetra,
Un asno, una coraza, un sanbenito!

Portador de un embuste en cada letra,
Mas daño hace tal vez que guerra ó fuego
En la casa infeliz donde penetra.

«Podré ahuyentar su dicha y su sosiego,»
Diría un embozado libelista,
Si osara hablar; «mas con embustes, niego.

Larga es de los *anónimos* la lista
En que se miente a rosos y a bellosos,
Mas yo de la verdad sigo la pista.

Decirla es sin embargo peligroso
Y al débil, si el *Anónimo* condenas,
Entregas a merced del poderoso.»

¡Error! Ni aquí, ni en Roma, ni en Atenas,
Ni ayer, ni hoy, ni jamás el oprimido
Ha roto con pasquines sus cadenas;

Que, ó no llegan del despota al oído,
O entre el fausto y la crápula insolente
Los sentencia al desprecio y al olvido.

Pregunta á aquel esgüizaro valiente
Que de *Gesler* el gorro escarneciendo
El yugo sacudió de Austria potente;

Pregunta al siliciano que tremendo
Al resonar el con-abido salmo
Hízole coro con marcial estruendo;

Y á aquel que, convertido por ensalmo
De idiota en héroe al violador Tarquino,
No dejó del imperio un solo palmo;

Pregúntales si Anónimo mezquino
El arma ignoble fué con que su diestra
Abrió á la libertad ancho camino.

Cuando á la luz del cielo no se muestra,
La verdad, hija suya, se denigra.
O calla, ó sal osado á la palestra.

No la ama no quien vergonzante y pigra
La arrastra por vereda tortuosa
Pensando en si pelagra ó no pelagra.

La verdad verdadera es animosa,
Manteos de murciélago rehusa
Y á la escuela no va de la raposa.

¡Pícaro siglo que de todo abusa!
Su faz ostenta la procaz mentira,
¿Y la santa verdad irá á la *inclusa*?

« Pero el amor del bien tal vez inspira
Esa cautela que tan rudo acento
Hoy arranca á las cuerdas de tu lira.

Tal vez una verdad dicha con tiento
Excusa al hombre honrado una desgracia,
Y consigue de un tuno el escarmiento.

¿Culparás que mi *anónimo* eficacia
De un contador voraz liberte al fisco
Por él robado con impune audacia?

¿No quitaré la máscara á Francisco,
Que siendo un malhechor de tomo y lomo
Ve alzar á su *virtud* un obelisco?

¿He de sufrir que el cándido Geromo
Tanto alabe á su *púdica* consorte
Si sé que se la pega y cuando y cómo? »

¡Oh! ¿Y sabes si denuncias en la corte
Las rapiñas del lobo publicano
A quien un tanto cobra del importe?

Si á un malvado impostor el pueblo insano
Estatuas funde y monumentos labra
Cual Roma un día á Tito y á Trajano,

Calla y déjalo estar, hijo de cabra,
Que hoy á un ídolo humilla el incensario...
Y mañana con él le descalabra :

Y, pues que tenga alguno es necesario,
Quizá en el cambio pierde mas que gane
Si Juan releva á Pedro en el santuario.

Y ¿qué te importa á tí, cabeza inane,
Que, aunque la suya acuse á Don Sempronio,
Con su ventura conyugal se ufane?

¿Pues no ves, amanuense del demonio,
Que ó da golpe cruel ó golpe en vago
Quien se mete á infernar un matrimonio?

O sabe ó no un marido que el halago
De su mujer le usurpa un mozalbete
Mientras él hace viajes á Buitrago :

Si lo sabe, y de diez lo saben siete,
Pierdes papel y tiempo; si lo ignora,
Le asesina tu *anónimo* billete.

Al abrir él los ojos en mal hora
Caerá de su beato paraíso...
¡Y no se enmendará la pecadora!

Que rete á su rival será preciso;
No sin pena tal vez, porque es amable
Si los hay en el mundo el Don Narciso.

Y como barco sin timon ni cable
En mar bravio, sin defensa; ¡oh grima!
Su busto entrega al enemigo sable;

Que el lego y el galán docto en la esgrima,
Bien puede ser que, amen del cornificio,
Horrendo chirlo en la nariz le imprima.

Y enredado en los trámites de un juicio
El sufrirá la pública chacota
Antes que ella la pena de su vicio.

Y en vano, en vano su indeble nota
Pretenderá borrar el desdichado
Con autos de la Audiencia ó de la Rota.

« Dias ha con el dedo señalado,
A jovial cuebicheo daba asunto
En teatro y café, tertulia y Prado. »

¿Y qué? la misma mella que á un difunto
Le hacía, venturoso en su ignorancia,
Servir de mofa al universo junto.

Tal vez con inocente petulancia,
Satirizando él mismo á sus cofrades,
Convertía las pullas en sustancia.

Cuando de error tan dulce le disuades
A pretexto de hacerle un beneficio
Cometes la mayor de las maldades.

¡Ay! ¿no es triste merced, flaco servicio
Excitarle á dudar si el predilecto
Benjamín es auténtico ó ficticio?

Le oyes clamar con paternal afecto :
« ¡Qué mono! ¡Un serafín!... ¡He aquí mi obra!
¡Su rostro no desmiente al arquitecto! »

¿Y no te duele su mortal zozobra
Si por tí descubierta la maraña
Pierde esa fe que nunca se recobra?

¿Es caridad ¡por Cristo! bien extraña
Hacerle ver que le semeja el niño
Cual se parece un huevo á una castaña!

Ni á lastimarme del *papá* me ciño.
¿Cómo olvidar que el párbulo tenía
Si uno en el nombre, dos en el cariño?

Y de rubor su frente no cubría
Amando luenamente al putativo,
Fuése ó no su veraz litografía.

Pero ¡trocar por él, chivo ó no chivo,
Otro que, aunque en secreto le prohije,
Por tal no consta en parroquial archivo!...

Con justa causa el mísero se aflige.
Ayer ¡oh peripecia! tanto mimo;
¿Y hoy á quién colgarémos este dije?

Vuelvo al *papá* y el vástago suprimo.
¿No tiembles al pensar que el sustituto
Era también su tutelar arrimo?

¿Qué olivar ni qué viña dió mas fruto
Al sudor del colono que su boda?
¿Porqué llegó á intendente siendo un bruto?

¿Quién hizo de su casa una pagoda,
Con tanta y tanta ofrenda enriquecida,
Y á su mujer la reina de la moda?

« ¡Ay! dirá con conatos de suicida,
Confunda Dios al oficioso amigo,
¡Que rasguñó esta carta aborrecida!

¿Qué le hice yo para chocar conmigo?
Abrevado de penas y sonrojos
De culpa agena sufriré el castigo.

Si es tarde ya para poner cerrojos
A mi robado honor, ¡porqué la venda,
¡Solo para llorar! rompen mis ojos?

O bien, siguiendo la trillada senda,
Al chisma y al chismoso hará una higa
Por no perder tan cómoda prebenda.

Así, menguado fruto de tu intriga
Siempre habrás de sacar, pues quien te lea
Fuerza es que te desdeñe ó te maldiga.

¡Y aun quieres achacar acción tan fea
A falso amor del bien! Mientes, bellaco.
No cabe en tí tan generosa idea.

Cuando de mas ladron que el mismo Caco
Culpas al aduanero que escamota
Cien fardos de quincalla y de tabaco,

Su vacante codicias, mal patriota,
Y no el bien del Estado te propones,
Sino agotar la mina que él explota.

Al poderoso injurian tus renglones
Porque acaso anhelaste su privanza,
Y él te echó de su casa á puntillones.

Bajo, vil y soez en tu venganza,
Denuncias la flaqueza de Belisa,
Porque frustró tu lúbrica esperanza :

Y osado fuera un hombre de tu guisa
A vulnerar con falso testimonio
Timbres de Porcio y lauros de Artemisa.

Otra vez y otras mil doite al demonio,
Sierpe de tinta, *anónimo* libelo,
Y quien no te abomine es un bolonio.

Arte que no inventara *Machiavelo*,
Yo á las mayores plagas te comparo
Que fulmina la cólera del cielo.

Impalpable, invisible, el gesto avaro
Tu ruin adepto esconde : y ¿qué sibila
Nos dirá si es Crisóstomo ó Genaro?

Así hasta Gibraltar desde Manila
Vuela en miasma sutil hórrida peste
Que jóvenes y viejos aniquila :

Así el céfiro blando del Oeste
Súbito cede al ímpetu del Noto
Que á conjurar no basta el arcipreste :

Y así, en fin, por sendero oscuro, ignoto,
Mientras incauto el hombre se solaza
Lleva su sorda zapa el terremoto
Que ciudades y montes despedaza.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

MARGARITA PUSTERLA

(Continuacion.)

Pusieron á Venturino en los brazos de Margarita, peso sagrado, carga preciosa de que se habia visto privada, y que no se cansaba de acariciar entónces con toda la efusion de su alma. Aunque no podia saber que se hallaba en los brazos de su madre, el niño pagaba los besos de la desconocida con los dulces besos de la niñez, tan llenos de encanto; en seguida, cogidos de las manos, caminaron todos en medio de la oscuridad, conducidos por Macaruffo.

Ya han salido de la puerta de donde duerme la guardia. Despues de haber cruzado un pasillo oscuro, entran en la cocina del carcelero que cierra la puerta de ella y respira, como si hubiera cumplido la parte mas difícil de la empresa. Abren otra puerta que daba á un patio : en frente hay una poterna : cinco pasos, salir, saltar un foso pequeño, y se han salvado; escuchan... todo está en silencio. Pero un centinela dormia tendido en una pared lateral de una vara de altura; Macaruffo lleno de ansiedad se lo indica á Alpinolo : pero este, empujándolo hacia adelante le hizo entender por signos, que no era nada, y que el sueño del soldado era profundo.

Todos estaban en el umbral, precedidos por Macaruffo y el paje. La luna, rompiendo las nubes, iluminó la frente de Margarita, que Francesco y Alpinolo contemplaron con respeto, compasion y amor. El niño mismo alzó su cabeza de ángel, y retirando los cabellos que lo ocultaban el rostro de la que lo tenia en los brazos con tanta ternura, reconoció á su madre. ¡Qué alegría sintió la pobre criatura! « Madre mia, madre mia! » exclamó con un grito agudo, y echándole al cuello sus manecitas.

Un frio mortal se apoderó de todos al oír este grito.

Margarita cerró la boca de su hijo, pero en vano; en vano, porque era demasiado tarde. El centinela se levantó, miró, vió muchas personas reunidas y gritó:

— ¡Socorro, socorro!

Apénas pronunció estas palabras, le cortó Alpinolo la cabeza; luego, con su sable ensangrentado invitaba á sus compañeros á que corrieran, á que se escaparan, mientras se quedaba él á la puerta para darles tiempo de huir antes que los persiguieran.

Todo fué inútil, la alarma estaba dada; los soldados acudieron de todas partes. Alpinolo hizo prodigios de valor; pero cayó en tierra de un sablazo que Sfolcada Melik le dió por detrás, y el combate terminó muy pronto.

Prendieron á Macaruffo á pesar de sus protestas, y de haber creído que podria disimular su papel en medio de la pelea uniéndose á los soldados contra sus presos. Luego conoció que Sfolcada sabia la verdad, y se limitó á súplicas que se desvanecieron en el aire.

Margarita estaba en los brazos de su marido, y ambos confundian sus lágrimas. Los gritos del niño resonaban bajo las bóvedas. Nadá se dijeron en aquellos terribles momentos : solo Francesco exclamó:

— ¡Margarita! ¡mi buena Margarita!

Y estas palabras, deliciosas en los días prósperos, penetraron tan dulcemente en los oídos de la desventurada madre y esposa, que ellas le dieron valor suficiente para soportar los insultos y las indignas chanzas de los soldados, que separándolos á viva fuerza, los llevaron á sus respectivos calabozos.

XX.

UN FRAILE Y UN PRINCIPE.

Fray Buonvicino veló muchas noches esperando con

caballos preparados á los fugitivos cerca del nogal, como estaba convenido con Alpinolo. La misma noche en que intentó el paje, según acabamos de verlo, arrancar á los Pusterla de los horrores de su prision, y de la triste suerte que los amenazaba, la había pasado Buonvicino en oración, fluctuando entre la esperanza y la desesperación, y cuando oyó el gallo que cantaba en una de las cabañas próximas á aquel sitio, «tampoco es hoy», dijo entre dientes y sin que pudiera oírlo el criado, á quien despidió, volviéndose por su parte al convento de Brera.

Aun no había amanecido completamente, cuando los campesinos de la comarca se encaminaban ya hacia Milan con el objeto de vender uvas, legumbres y leche en la ciudad. Unos llevaban cestas enormes pendientes de los brazos, otros jarros en equilibrio sobre sus hombros; estos arriaban por detrás á sus borricos ó tiraban de carretoncillos: algunas aldeanas, con los brazos y el cuello desnudos, llevaban cántaros de leche en la cabeza, hablando de la tempestad de la noche anterior, que separaba el verano del invierno, de la prosperidad ó de los destrozos de sus campos y de sus huertas, de la familia reinante, de la peste que los amenazaba, de sus comadres, de sus amigos, y calculaban de antemano el dinero que iba á producirles aquel día la venta de lo que llevaban al mercado.

Al llegar á la esplanada situada entre San Calmero y la torre de la puerta Romana, vieron alguna cosa atada á un árbol; se acercan mas para distinguir el objeto, y ven á un hombre ahorcado.

—Compadre, mire Vd., ¡repare qué fruta tan gorda tiene este árbol!

—¡Diantre! dijo uno.

—¡Oh! ¡Oh!

—¿Quién será?

—¿Y qué diablos tiene en el cuello?

—Una bolsa.

—¿Una bolsa?

—¡Ah! sí.

—¿Quereis decir con esa exclamacion que está llena de zequies?

—No digo que no.

—¡Bah! no la hubieran dejado ahí así.

—Habrán sacado la moneda y la habrán llenado de otra cosa.

—Eso es, eso es.

—¡Dinero! Nunca se ahorca con dinero.

—Bueno va, para poner bolsas de dinero al cuello de los ahorcados.

Y diciendo esto, mostraban la víctima á los que venían detrás, y deseaban conocer la verdad del caso para ser los primeros que la contasen en las casas de los parroquianos, adonde llevaban la leche, la fruta ó las verduras, ó á las criadas que acudían con sus cestos al mercado.

Al pasar por delante de la torre, los soldados que estaban á la mira para ver á las lecheras, les dijeron que habían colgado al carcelero de la puerta Romana, la noche precedente.

Pronto se difundió la noticia por la ciudad, y cuando Buonvicino entró en el convento, el portero, Angiolguriel de Concorazzo la sabía ya. Su primer cuidado fué participársela al buen padre, quien, con el corazón traspasado de dolor, preguntó si había muerto también algún soldado de resultas de la refriega.

La voz pública había exagerado las cosas, como sucede comunmente, y le contestaron que habían perecido muchos.

Los Pusterla habían pues visto perdida su última tabla de salvación.

Buonvicino no había creído firmemente en el buen éxito del proyecto de Alpinolo, pero no le sorprendió menos ni le causó menor sentimiento que si hubiera esperado sin titubear un feliz resultado: todo hombre, á pesar de la razón, que presenta de relieve la dificultad de las cosas, se siente inclinado á creer en la realidad de lo que espera.

En presencia de semejante desgracia, resolvió ir él mismo á presentarse á Luchino, á hacerle oír el lenguaje de la prudencia, de la reconciliación, de la clemencia, de la misericordia, lenguaje que le permitía tener su ministerio, para procurar salvar por medio de la persuasión las víctimas que no habían escapado de las manos del tirano por la astucia ni por la violencia.

Al acercarse á la torre que habitaba Luchino, cuatro feroces mastines se levantaron y salieron al encuentro del buen fraile ladrando y gruñendo. Los centinelas los acallaron y contuvieron á duras penas. Grillincervello, quitándose su burlesco birrete, sin permitirse las chanzas que por costumbre dirigía á todo el mundo que se acercaba á ver á su señor, corrió á anunciar á Visconti la presencia del buen fraile, limitándose á decir en voz baja á otros sirvientes: «Hoy oirá el príncipe el sermón en su cuarto.»

Visconti se hallaba encerrado en aquel momento en un gabinete apartado de la torre con un hombre de larga barba, envuelto en una túnica negra que le llegaba á los tobillos. Este, con aire impaciente de importancia ó de importancia, (cosas ambas que se confunden á menudo por lo mucho que se parecen), tenía el dedo extendido sobre una figura geométrica que había trazado, y cuya demostración explicaba al príncipe. Un astrolabio y una esfera armilar, colocados á su lado indicaban que era aquel personaje un astrólogo. Con efecto, era aquel Andalón de Nero, de quien ya hemos hablado, y que no era menos célebre en Milan, que Tomás Pisano en Aviñón, donde Pusterla lo había consultado tan desgraciadamente.

Luchino, según se practicaba entonces en todos los casos dudosos, había interrogado á Andalón acerca de un problema que por espacio de muchos siglos ocupa la atención de millares de personas, es decir, acerca de la cuestión de saber si era posible reunir la Italia bajo una sola dominación, bajo un solo señor, y si sería él ese afortunado mortal.

Cuando le anunciaron á Buonvicino, Luchino no mostró satisfacción por tal visita, pero no se atrevió á negarle audiencia, porque su reciente convenio y su reconciliación con el papa exigían que guardase muchas consideraciones á los religiosos. Mandó pues que lo introdujeran, para que esperara, en la sala de la *Vana gloria*, á fin de que la magnificencia del lugar le hiciera conocer la diferencia y la distancia que había entre el príncipe temido y el humilde fraile, entre el soberano rodeado con toda la pompa y el aparato de la fuerza, y el hombre que no tiene mas cortejo que el de las modestas virtudes de la beneficencia.

Al entrar, aun cuando Luchino se había revestido de aquella frialdad estudiada del poderoso que va á escuchar á aquel que no logrará nunca lo que pide, se adelantó cortesmente hacia el padre, y le dijo:

—Sed bienvenido.

Buonvicino hizo un saludo de cabeza.

¿A qué debo esta visita? ¿qué os trae aquí?

Buonvicino respondió inclinándose:

—Cuando el ministro del Dios de la misericordia atraviesa el umbral de la puerta de un poderoso, ¿puede traer otra cosa mas que consejos de mansedumbre y de clemencia?

—Y serán siempre bien recibidos, añadió Luchino con una sumisión afectada, bajo la que ocultaba ese humor altivo que ostentaba pronto los que solo están acostumbrados á ver en derredor suyo gentes serviles y rostros humildes.

Y el monje:

—Bendito seas. Pero no basta que el oído esté abierto á la verdad, si el corazón rechaza sus preceptos. ¡O príncipe! por la ciudad corren rumores extraños de venganzas...

—¡Venganzas! ¡venganzas! respondió Luchino levantando la voz.

—¡Venganzas! repitió el fraile.

—¡Venganzas! ese es el nombre que la malignidad da á los castigos. Es decir, que si un traidor se subleva contra mí en mis Estados, si intenta arrebatarle lo que poseo en virtud de mis derechos, y si castigándolo, me protejo á mí mismo defendiendo al paso á la sociedad de quien soy tutor, ¿se llamará ese acto una venganza? ¡No me ha dado Dios la espada para herir?

—Y Dios, replicó el fraile, con voz humilde que contrastaba con la irritación y el trasporte de la del príncipe, y Dios os concede las luces necesarias para servir de ella como es debido. ¿Pero habeis examinado con atención si vuestros afectos personales ejercían en vuestro ánimo funestas influencias? ¿Estais seguro de no ser nunca engañado por aquellos de quienes se ha escrito que *preparan constantemente flechas para herir á los buenos en las tinieblas*? ¿Habeis considerado que la sangre inocente grita sin cesar en presencia del Cordero de Dios?

Los movimientos de Visconti le revelaban con cuanta impaciencia sufría un lenguaje tan verdadero, y al mismo tiempo tan desusado.

—Príncipe, teneis encarcelados á Francesco Pusterla y á Margarita...

—¡Y qué!... Todo ese sermón iba á parar á eso. ¿Cuándo se trata de una hermosa mujer, tomáis, reverendo padre, las cosas tan á pecho?

Estas palabras llegaron al corazón de Buonvicino. El mismo examinó rápidamente si su antigua pasión tenía parte en su conducta presente. Parecióle que no, pero se dijo dentro de su pecho: «Que sirva ese reproche para expiar mis culpas pasadas.»

Luchino, á quien se había escapado esa chanza en uno de esos momentos en que lo natural prevalece contra la reflexión, continuó mas seriamente:

—No ignorais que los culpables han sido sometidos á un juicio, y que de sus propias declaraciones resulta que la familia de los Pusterla, á pesar de todos mis beneficios, estaba á la cabeza de la conspiración, tramada contra mi seguridad y contra la del Estado. ¿Os atreverais á dudar de la cosa juzgada?

—Cristo también fué juzgado.

Luchino, al oír esto, hizo un movimiento de sorpresa.

Pero Buonvicino continuó sin apercibirse: Los mártires fueron juzgados. Y el cristiano que lo recuerda sabe que la espada de la justicia rivaliza á veces con el puñal del asesino. El sabe descubrir en ocasiones al inocente en aquel que sube al cadalso, y al réprobo de Dios en el que le condenó.

—Pues bien, que Dios los salve, si son justos, respondió Luchino. Por mi parte, para que no se crea que me han movido pasiones personales, no he podido mas que someterlos á jueces independientes, que juzgarán con arreglo á la ley según su conciencia.

—Grande es aquel, repuso Buonvicino animándose, grande es aquel que no oculta la iniquidad hipócritamente bajo el manto de la justicia. ¿Serán los jueces nombrados incorruptibles? ¿Tendrán la independencia, necesaria siempre, y mas que nunca en casos semejantes á este que me ha traído á vuestra presencia? ¿Tendrán valor suficiente para rechazar toda pífida sugestión, todo cálculo egoísta, todo movimiento de cólera ó venganza, en una palabra, se atreverán á sentenciar

en sentido contrario de lo que se les indique como el deseo del señor á quien sirven?...

Luchino se alegró mucho de encontrar de aquel modo un pretexto para manifestar sorpresa al oír al buen fraile aquellas palabras que encerraban alusiones tan directas, para irritarse con él y sustraerse á los argumentos de Buonvicino, tanto mas insostenibles cuanto que eran expuestos por el padre con la mayor calma, templanza, humildad y sumisión.

—¡Cómo! gritó él, contrastando su tono altanero y sus descompasadas voces y gestos, con la moderación de su interlocutor, que hablaba sin exaltarse. ¡cómo! ¿os arriesgáis poner en duda ni un solo momento la rectitud é integridad de mis jueces? ¿Teneis alguna razón que os induzca á sospechar de su justificación y de su imparcialidad? Padre mío, mientras que solo se ha tratado de mí, mientras os habeis limitado á recordar y recordarme mis deberes, con razón ó sin ella, justa ó injustamente, os he estado escuchando con toda la deferencia, con todo el respeto de un fiel y sincero cristiano, que desea la salvación de su alma á todo precio. Ahora no es posible, no es lícito mi silencio; no puedo callar por mas tiempo, supuesto que atacáis á mis mas estimables súbditos. Silencio pues, silencio, ya basta. Por el interés que os tomáis por mi alma, por el interés que os tomáis por mi reputación, os doy las gracias mas cordiales; yo os recompensaré por ello de un modo mas significativo y provechoso que con meras palabras por alharicadas que pudieran parecer saliendo de mi boca, porque no olvido que soy un príncipe, y estoy acostumbrado á observar como crecen los hombres con nuestra sonrisa, os agradezco vuestro empeño, pero ahí termina vuestro objeto de ahí no podeis pasar, vuestro papel está cumplido. Las personas á quienes protegeis comparecerán en presencia de sus jueces, allí se descorrerá el velo que encubre su maldad... y... y morirán.

Habló con voz tan entera y resuelta, que no había ni dejaba lugar á la réplica. Esta última palabra: morirán, que acababa de escaparse de sus labios, resonó con eco terrible bajo las bóvedas del salón, é hirió como un rayo al buen fraile, que por toda respuesta bajó la cabeza y calló. Al levantarse, vió á Luchino que salía del recinto con pasos precipitados, y lo dejaba solo, entregado á sus tristes reflexiones. De esta suerte, las pocas veces que los acentos de la verdad pueden llegar hasta el oído de los tiranos, abierto y acostumbrado á las torpes lisonjas, á las miserables adulaciones que pretenden hacer de un hombre vulgar un héroe, de un criminal un justo, de un déspota un semidios, que apenas encuentra límites á su voluntad, su funesta costumbre de ver convertido en ley su propio capricho, deshechó las reclamaciones que llegaban quizá hasta su conciencia, y puso en el puesto que debían ocupar el derecho y la equidad la violencia arbitraria y la injusticia.

Luchino volvió á soñar en la conquista de toda la Italia con el astrólogo Andalón de Nero.

El *umiliato* bajó como ciego las escaleras del palacio, cruzó toda la ciudad, lleno de compasión hacia los pueblos á quien Dios envía el peor de los azotes encerrados en los tesoros de su cólera, un mal soberano, y llegó al convento de Brera meditando en las miserias del justo que gritan haciendo conocer que su patria no está en este mundo.

Colonias agrícolas de la Argelia.

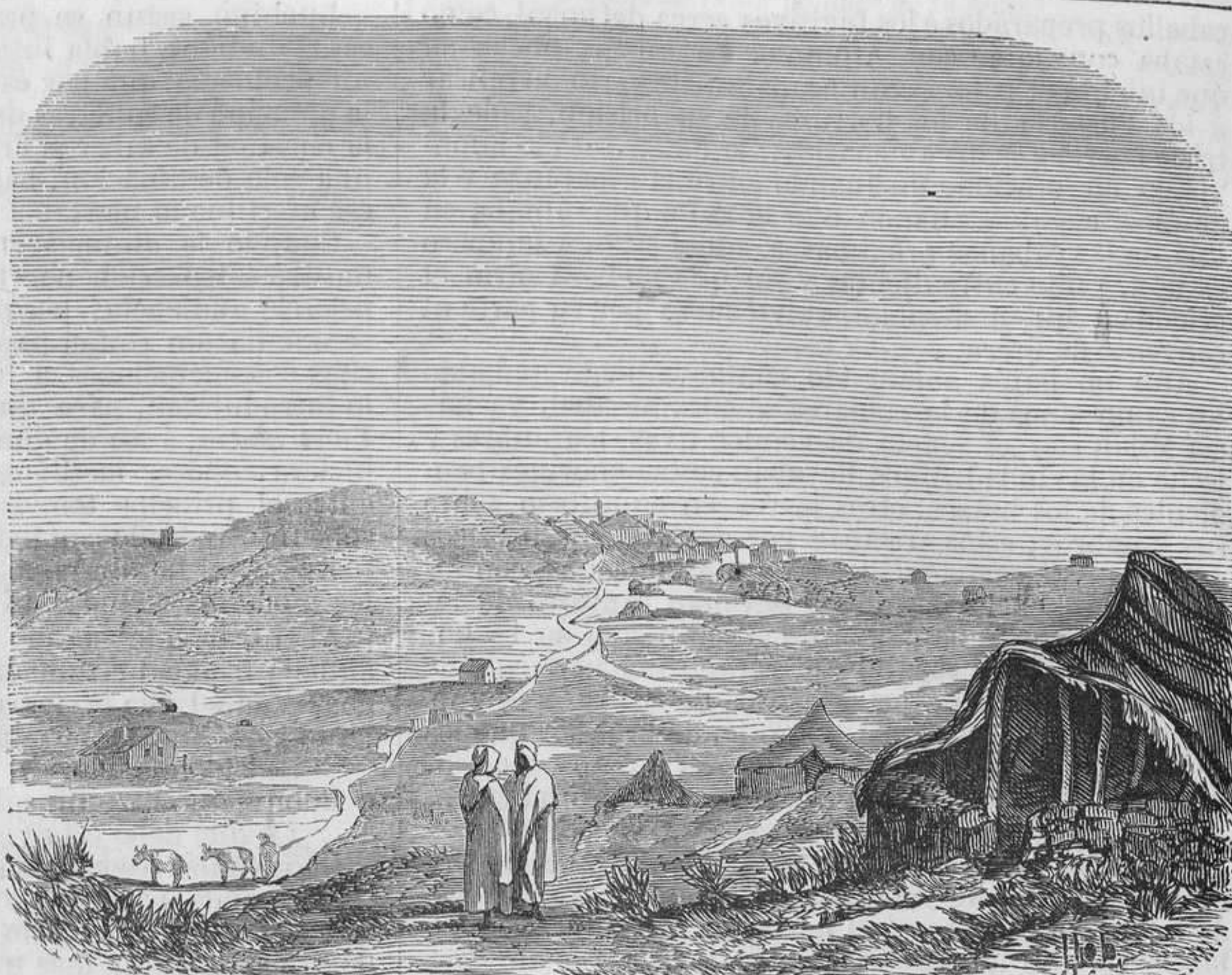
Hoy que las cuestiones de colonización se hallan á la orden del día en muchos países de América, sobre todo en las orillas del Amazonas y en la Plata, nos apresuramos á dar cabida en las columnas de nuestro periódico á las notas y dibujos de M. Eduardo Lullin de Ginebra, sobre el desarrollo de las colonias suizas que una gran compañía ginebrina se ha dado la tarea de establecer en el Setif; y á mayor abundamiento hemos querido añadir también algunos diseños sobre la colonia fundada en el año de 1848 en Montenotte, en el Chelif, sacados por M. Job, jóven artista que ha explorado el territorio argelino, y que sobre todo ha estudiado con particularidad el lado pintoresco de las habitaciones, de las fisonomías y de los hábitos de los nuevos colonos en la tierra de Africa.

La empresa ginebrina, que es para la Francia un paso importantísimo dado en favor de la grande obra de la colonización argelina que con tanto ardor protege y estimula el gobierno francés, es para la Suiza un asilo abierto á aquellos de sus hijos que no encuentran ya en la madre patria los recursos que necesitan. Bien luego se fijaron las miradas en el alto de Setif, muy poco conocido antes y frecuentado únicamente por aquellas personas á quienes llamaba allí algún interés propio; bien luego la pequeña aldea que forma su centro vió penetrar en sus muros con los colonos que enviaba la compañía de emigración, un crecido número de viajeros que iban á visitar el país con el objeto de tomar en él nociones exactas sobre ese nuevo foco de colonización, ó bien para calcular los recursos que ofrece la tierra para fundar también allí diferentes establecimientos.

Al lado de las riquezas agrícolas que solo exigen un trabajo inteligente para producirse abundantísimas, ese país ofrece al viajero curioso mas de un atractivo, y una excursión al alto del Setif reserva numerosos goces



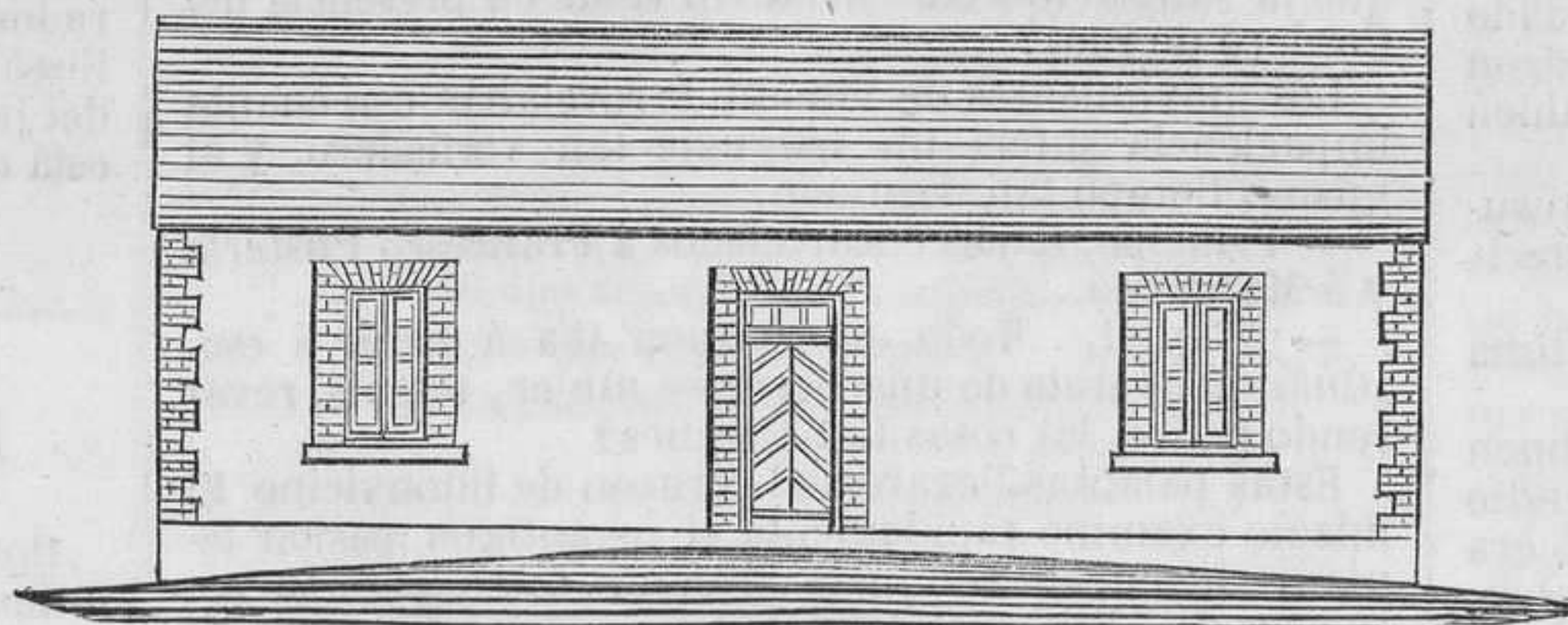
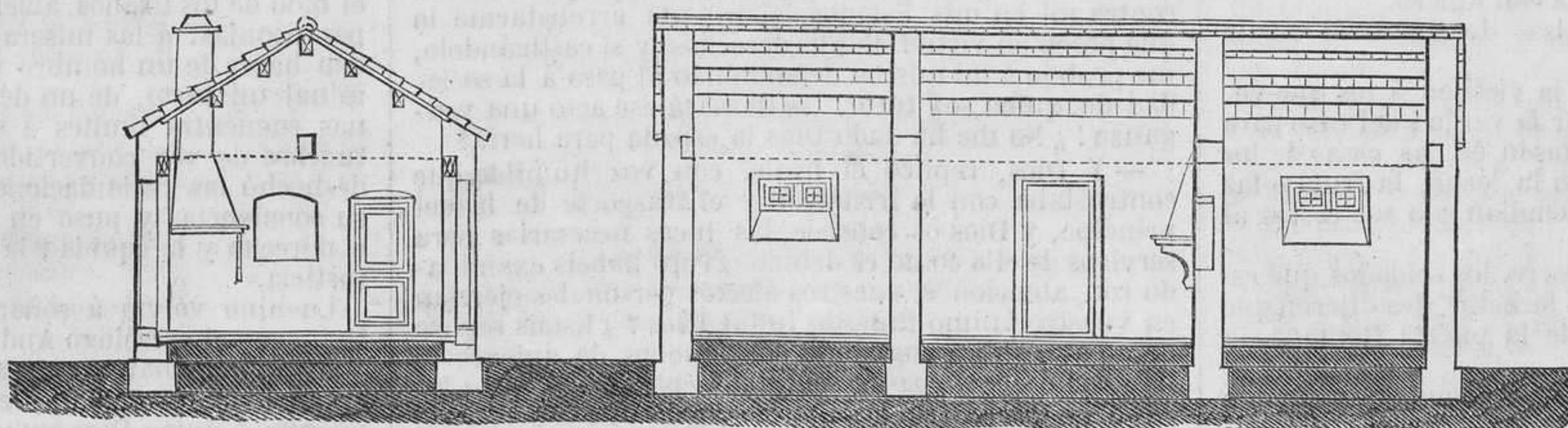
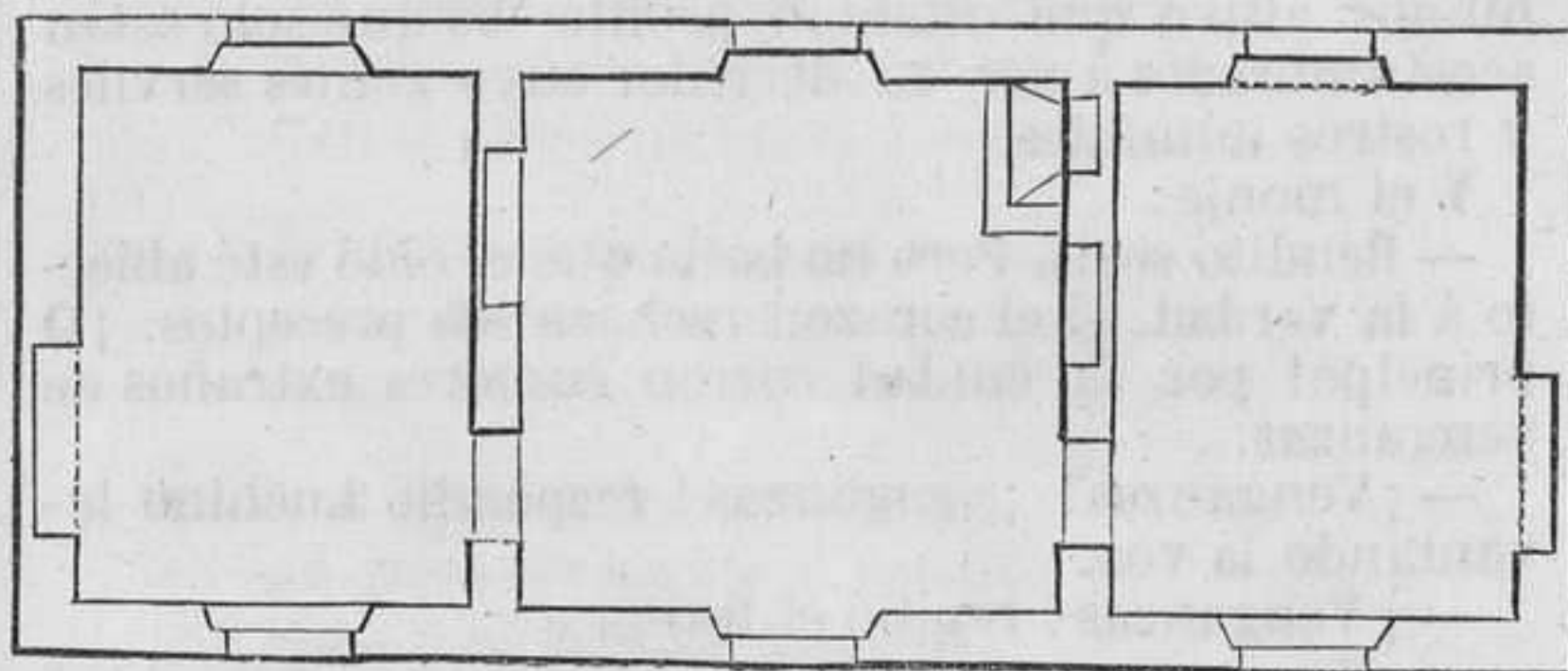
Mezquita y oficina árabe en Setif.



Vista de Setif, tomada de Ain-Arnat.

al aficionado á descubrir cosas nuevas, ya por la hermosura que ostenta la naturaleza en muchas partes del camino que hay que recorrer, ya por la originalidad de las costumbres de las personas que allí habitan.

Si el Africa francesa no presenta los aspectos grandiosos y sorprendentes que se admiran en los Alpes ó en los Pirineos, sin embargo, en muchas comarcas, y principalmente en las cercanías de Philippeville, de Constantina y de Bougie, puede mostrar montañas, ríos, bosques ó masas de rocas que causen forzosamente algun asombro al viajero. Hasta la misma campiña de Setif, aunque privada casi completamente de árboles, arbustos y otros elementos de vegetacion que se podrian creer indispensables para la hermosura del paisaje, ofrece no obstante al simple viajero un atractivo particular que, excitando su curiosidad para visitar la comarca, le hace recorrer con un gusto del que apenas sabria darse cuenta un país de una apariencia tan monotoná. En cuanto al artista, este puede estudiar allí las formas bellas y graciosas de las ondulaciones del terreno con los tonos calientes y armónicos que los caracterizan, y puede disfrutar en fin de esa poesía indispensable que presenta un vasto territorio donde los ojos y el espíritu se pasean libremente hasta los horizontes mas lejanos, deteniéndose, cuando mas, ya por algunas ruinas romanas que se ven sobre las



Plano, corte y elevacion de una casa de colono en Ain-Arnat.

colinas atestiguando que en otro tiempo una nacion poderosa supo explotar aquella rica naturaleza, ya por una tienda árabe que lleva á la imaginacion de los fastos del pueblo gigante, á las costumbres pastoriles de los hijos de Ismael.

No tenemos intencion de hablar aquí de la reconocida fertilidad del territorio de Setif, ni de las excelentes condiciones de clima que resultan de su elevacion considerable sobre el nivel del mar; nuestra tarea mas modesta

se limitará á dar algunas vistas de Setif y de sus cercanías, y aunque bien insuficientes para pintar paisajes cuyo elemento dominante es el color, nuestros grabados darán á conocer, por lo ménos, la posicion y el aspecto de Setif, mostrando:

La plaza mayor de la poblacion;

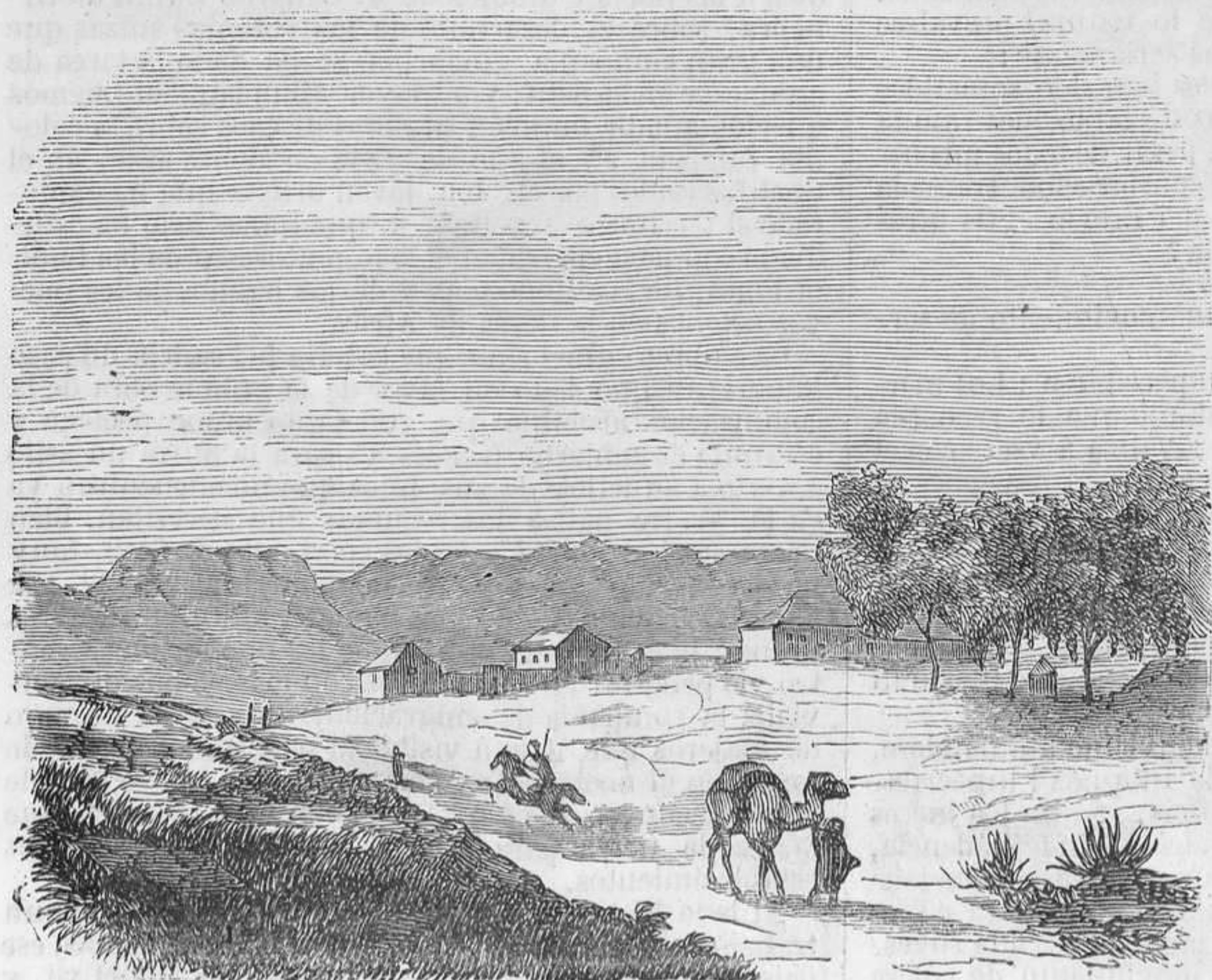
La vista de Setif, tomada de la granja de El-Bez, perteneciente á la compañía ginebrina;

La cordillera de montañas del Bu-Thaleb, situadas á 50 kilómetros

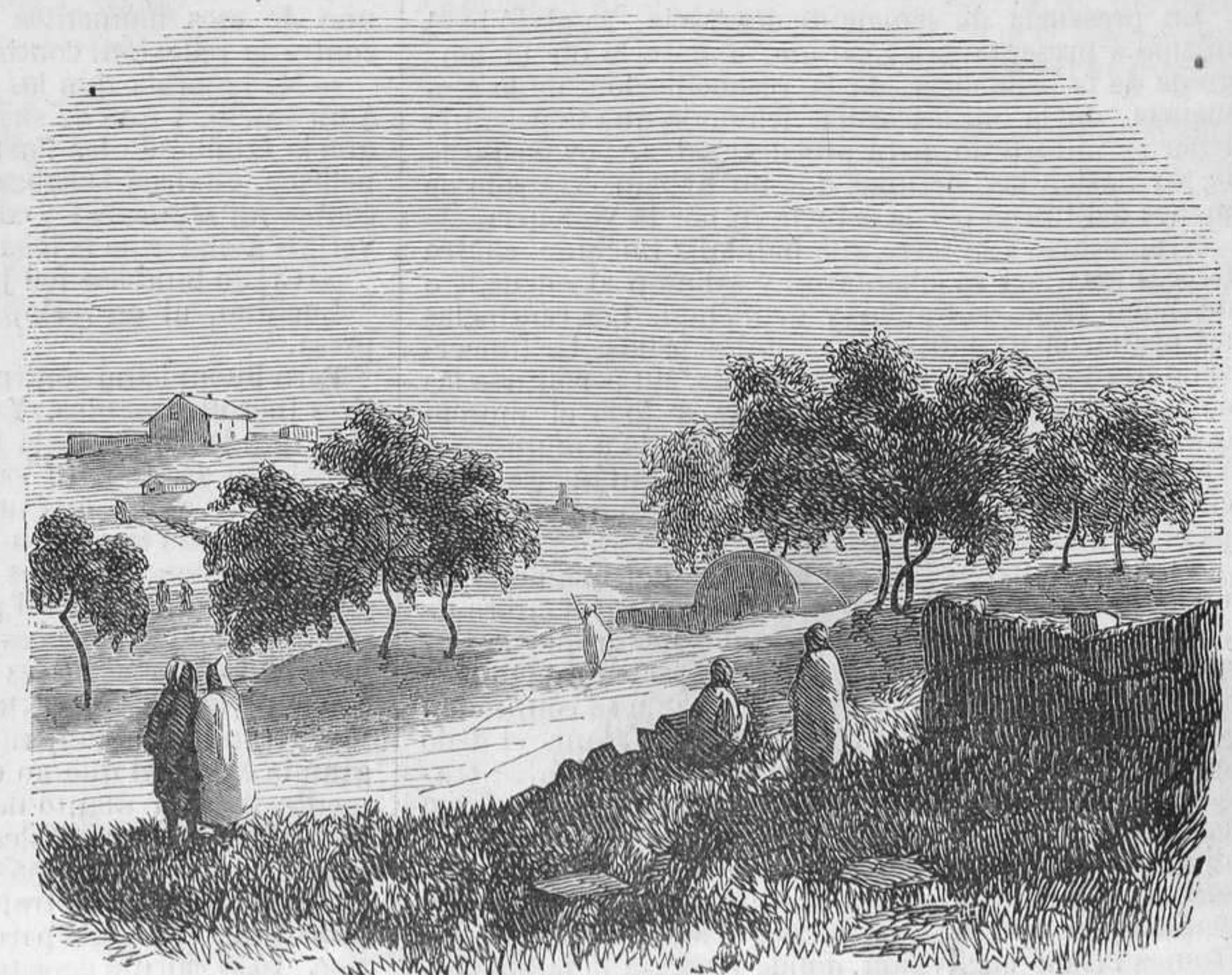
de Setif, y cuyos bosques de cedros separan las alturas de Setif del desierto de Busada;

Y por último, una fuente de origen romano restaurada, que, gracias á la sombra que la rodea, á su proximidad de Setif, y á la fonda que á su lado se ha construido, se ha hecho el paseo mas concurrido de la colonia.

La compañía ginebrina que se habia comprometido con el gobierno francés á construir y á poblar diez aldeas con el plazo de



Ain-Sfia y cordillera del Bu-Thaleb.



Posada y telégrafo de la fuente Romana.

diez años, á contar del 26 de abril de 1853, ha llenado tan bien sus obligaciones hasta el día de hoy, que en la primavera del año próximo tendrá poblados ya cinco lugares. El primero, llamado Ain-Arnat, se estableció el año último y se halla en plena vía de prosperidad; todas las obras de albañilería han debido acabarse en los otros cuatro á fines de setiembre último. La compañía habrá cumplido, pues, en ménos de dos años la mitad de sus compromisos.

Las casas de la aldea de Ain-Arnat, así como las de las otras cuatro aldeas en construcción, se componen cada una, como puede verse en el plano, de tres piezas, y se hallan habitadas por una población de cerca de 400 personas. Cada colono, además de su finca urbana, recibe cuatro piezas de tierra, esto es, una huerta de 20 áreas, una pradera de 1 hectárea 80 áreas, un campo de primera calidad de 6 hectáreas, y otro de segunda calidad de 12 hectáreas. Una milicia de 80 hombres creada por el gobernador general, y cuyos jefes han sido nombrados por la administración, se ejercita debidamente en el tiro de la carabina y del fusil.

Una tienda de comestibles bien provista, una carnicería, algunos telares de tejedores, una fábrica de ci-

garros y otra de manteca se han establecido en la aldea, cuyos colonos se han reunido además para formar un aprisco comun; las mujeres hilan, hacen media, y se ocupan en general de todos los trabajos propios de su

dan por cada aldea construida y poblada, concesion que es el único beneficio que ella saca, puesto que se halla obligada á vender por el mismo precio que la cuestan las casas destinadas á servir de habitación á

sexo. Muchos bueyes, vacas, caballos, mulas, asnos, carneros y cabras se hallan ya en posesion de los colonos, bien que estos no hayan tenido hasta ahora para alimentarles mas que la provision de heno que la compañía habia suministrado con aquel fin; todos esos ganados se aumentarán, en cuanto la cosecha próxima haya dado los frutos que se esperan.

Sobre las 1,000 hectáreas concedidas al territorio de la aldea, los colonos han puesto en cultivo:

450 de trigo ó de cebada,
100 de trigo segun el método europeo,

3 en plantales de huertas,

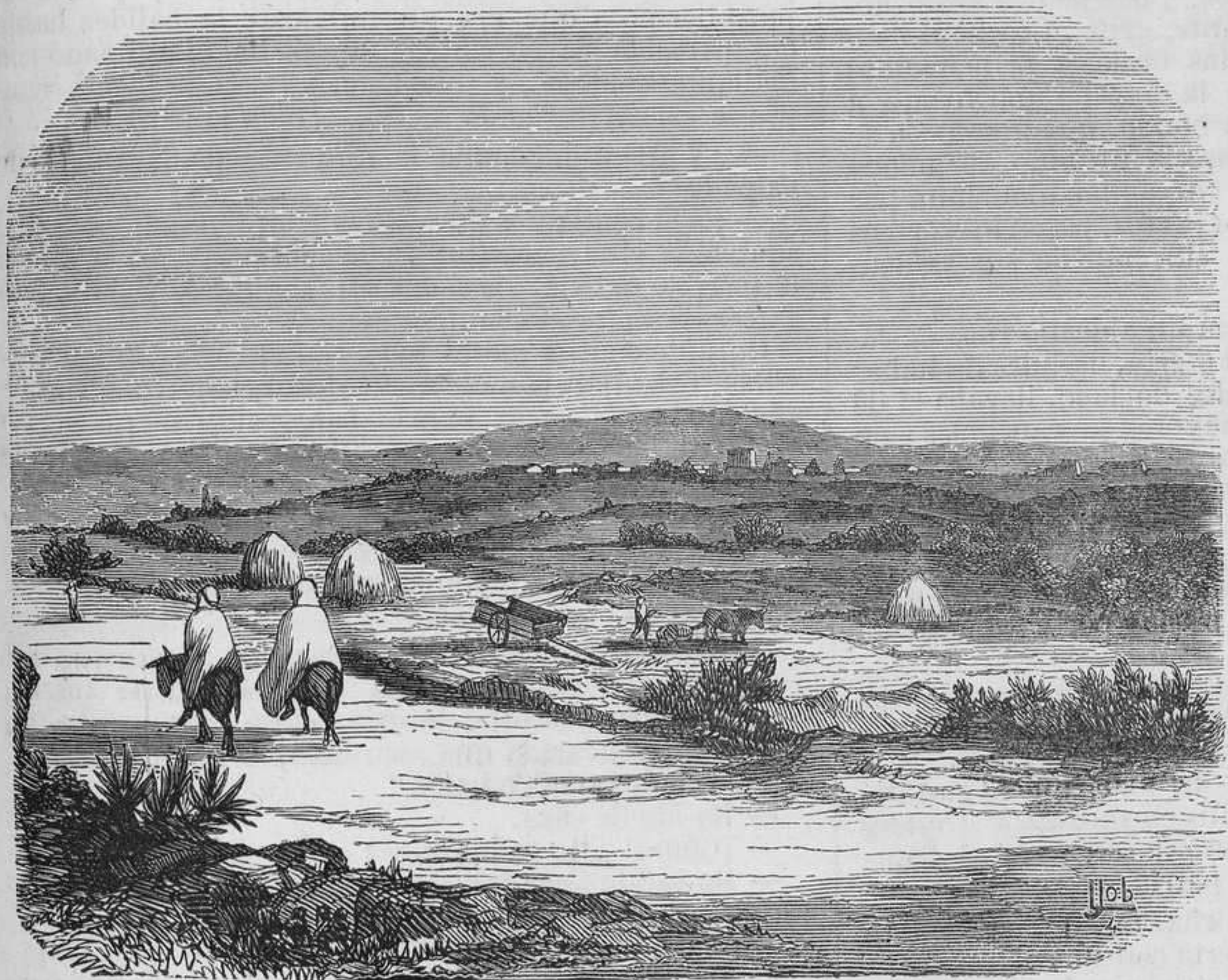
Y además han plantado 200 quintales de patatas.

En cuanto á los árboles, ya los colonos han plantado tambien mas de 30,000 álamos y sauces, unas 26,000 moreras y 500 árboles frutales; por último, al rededor de sus casas han plantado algunas cepas, que con el tiempo darán abasto para establecer hermosos y buenos viñedos.

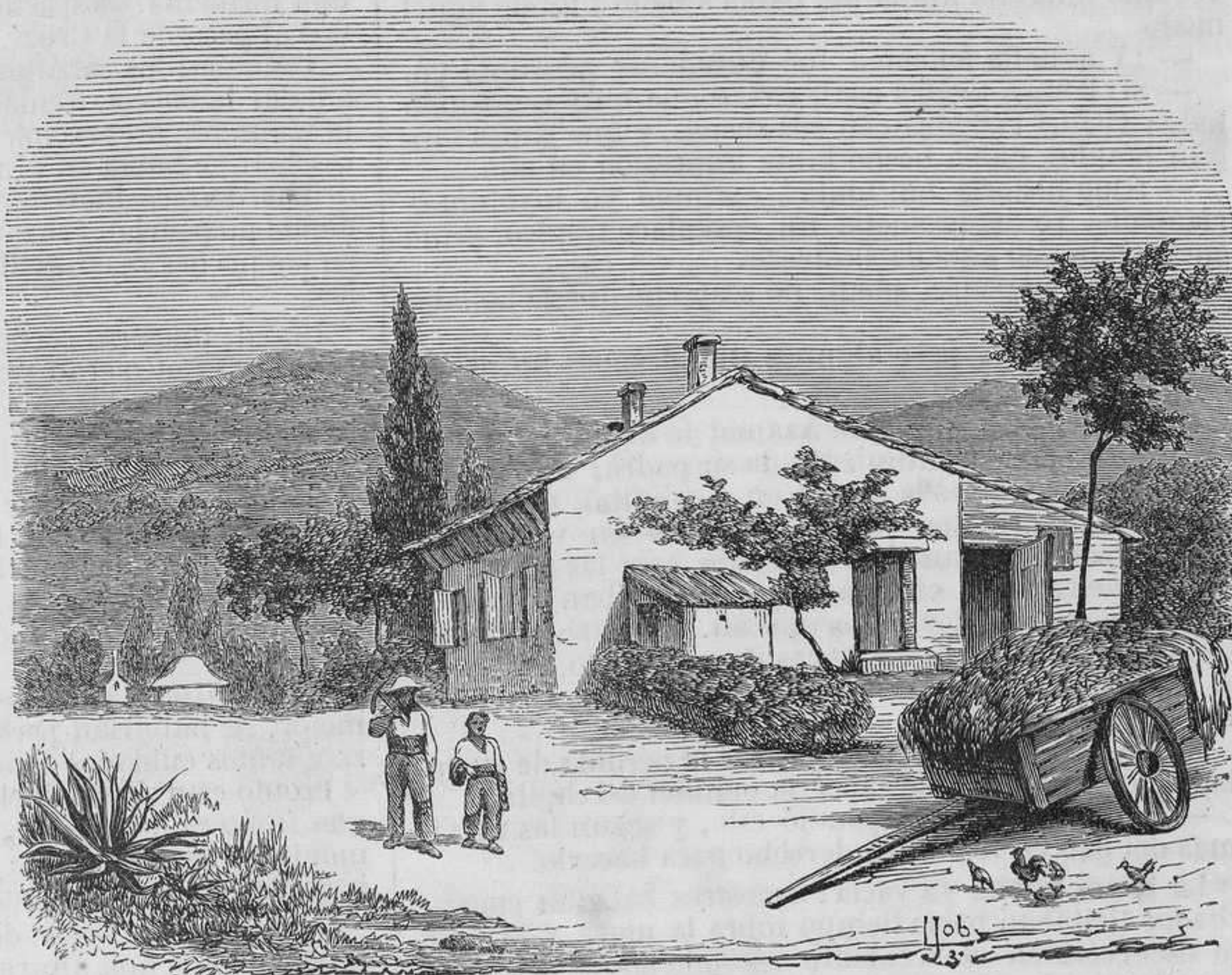
La compañía, por su parte, ha construido la granja de El-Bez, sobre la concesion de 800 hectáreas que la



Transporte de granos en Argelia.



Colonia de Montenotte.



Casa de colono en Montenotte.

los colonos. Esta granja, compuesta únicamente por ahora de una cocina muy grande, cuatro alcobas, una cuadra cerrada para quince cabezas de ganado, y otra al aire libre, y de un almacén, pero pronto deberá aumentarse con nuevas construcciones, se halla explotada por el personal administrativo y por un personal agrícola compuesto de un capataz, de dos mujeres para las tareas caseras, de un mozo para el ganado, de tres obreros, de cuatro mozos de labranza y de un cierto número de jornaleros, cuyo alimento consiste en tres comidas de carne diarias; cada uno de los trabajadores recibe además un litro de cerveza por día cinco veces por semana, y un litro de vino el jueves y el domingo; este alimento sano y abundante da lugar á un gasto aproximativo de 1 fr. 20 c. por día y por cabeza, gasto compensado por la buena salud del personal y por su vigoroso trabajo que es, por término medio, de diez horas diarias.

La compañía no ha tenido bastante tiempo aun para poner en valor mas que una pequeña parte de las 800 hectáreas que ha con-

sagrado al cultivo de la patata, del algodón, del trigo, de la cebada, la remolacha, la zahanoria, el maíz, las plantas de huerta, el mijo, el cáñamo, etc., como tam-

poco ha podido hacer ensayos de tabaco y algodones de diferentes calidades. Además, ha establecido plantíos de moreras, cedros, olmos, fresnos, álamos, sauces,

nogales y árboles frutales, y por último ha dedicado mucho tiempo á las obras consiguientes, para llevar á la fuente de la granja la cantidad de agua necesaria.

Este corto resumen de los trabajos de los colonos suizos y de la administración ginebrina en Argelia podrá ser quizás de alguna utilidad para las tentativas análogas que se proyectan en América.



Una comida de colonos.

Blanca.

NOVELA RUSA.

(Continuacion.)

— ¿En qué estais pensando, amigo mio? le pregunté.

— Es un diablo y no una mujer, me respondió, pero os juro que me pertenecerá.

Yo me encogí de hombros.

— ¿Queréis apostar á que antes de una semana?... — Como gustéis.

Nos dimos un apretón de manos y nos separamos.

Al otro día mandó comprar en Kizliar una porción de regalos y de telas de Persia.

— Máximo, me dijo, ¿creeis que una belleza asiática resista á semejantes tentaciones?

— No conoceis á las circasianas, le respondí; son mujeres de ciertos principios y difieren mucho de las georgianas y de las tártaras del otro lado del Cáucaso.

Gregorio Alejandrovitch se puso á silbar una marcha. Sucedió lo que yo había previsto; los regalos la vencieron á medias, se hizo algo confiada pero nada mas. Una mañana mandó ensillar su caballo, se vistió á la circasiana, se armó, y entrando en el cuarto de la joven, la dijo:

— Blanca, ya sabes cuanto te amo; te he robado, porque me prometí que cuando me conocieras bien me amarías... me he engañado... ¡adiós! te doy todo cuanto poseo. Vuelve á casa de tu padre si lo deseas, ya estás libre. Pero ahora, como te he ofendido, quiero castigarte. ¿A dónde voy? no lo sé; no tendré mucho que correr para encontrar una bala ó un sablazo. Acuérdate de mí, Blanca, y perdóname.

Petchorin se volvió y la tendió la mano en señal de despedida. Blanca no la tomó y guardó silencio. Por una rendija de la puerta estaba yo observando sus facciones; los latidos de mi corazón me ahogaban, tan grande era la palidez que descubría en aquel hermoso rostro.

Como no obtenía ninguna respuesta, Petchorin dió algunos pasos para marcharse, y temblaba, porque era hombre de hacer lo que había dicho. Pero apenas llegó á la puerta, cuando Blanca deshaciéndose en lágrimas, se levantó y se arrojó á su cuello, y yo estaba detrás de la puerta llorando como un niño.

— Confieso, sin embargo, repuso el capitán atusándose los bigotes, que experimenté cierto despecho al ver que ninguna mujer me había amado á mí de aquel modo.

— ¿Y aquella felicidad fué duradera? pregunté yo.

— Sí; Blanca llegó á confesarnos que muy á menudo había visto á Petchorin en sus sueños, y que jamás ningún hombre había hecho tanta impresion en ella.

— ¡Qué historia tan tonta! exclamé yo involuntariamente. Yo me prometía un desenlace trágico, y me encontraba con aquella simpleza.

— ¿Pero su padre, añadió, no sospechó que se hallaba en el fuerte?

— Creo que sí, pero algunos días despues fué asesinado, he aquí cómo:

Kashitch se imaginó que Azamat le había robado su caballo con el consentimiento de su padre; á lo ménos es de suponer, pues le esperó en el camino, una tarde que el viejo príncipe volvía de buscar en vano á su hija. El pobre anciano había dejado caer las bridas sobre el cuello de su caballo, sus criados iban detrás, y negros pensamientos le ocupaban. Kashitch se lanza como un gato sobre las ancas de su caballo, le arroja al suelo de una puñalada, se apodera de las riendas y huye á galope.

— No hizo mas que compensar la pérdida de su caballo, dije yo, á fin de saber la opinion del capitán.

— Sin duda, me respondió este, y segun las máximas del país estaba en su derecho para hacerlo.

La tetera estaba ya vacía; nuestros caballos enganchados tiraban hacia tiempo sobre la nieve, y la luna se oscurecía en el occidente escondiéndose detrás de grandes nubarrones negros, suspendidos sobre las cúspides de las montañas lejanas, como pedazos de una colgadura desgarrada.

Salimos de la choza. A pesar de las predicciones del capitán, el tiempo había aclarado y nos prometía una hermosa mañana; las estrellas formaban dibujos admirables en el horizonte, y luego desaparecían una á una, á medida que los fulgores de la aurora se esparcían por la bóveda azulada de los cielos; las pendientes de las montañas escarpadas, cubiertas con una nieve donde no se había visto todavía la huella de una pisada humana, se iban alumbrando por grados. A la derecha y á la izquierda había precipicios sombríos y misteriosos en cuyo fondo se replegaban las nieblas como serpientes, huyendo por las grietas de la roca, como si hubiesen tenido la claridad del día.

Todo estaba en calma en el cielo y en la tierra, como debería estarlo el corazón del hombre en el momento de la oración de la mañana. Un vientecillo frío soplabá á largos intervalos del Oriente, y levantaba las crines cubiertas de nieve de los caballos. Nos pusimos en camino. Cinco malos caballos arrastraban con mucha pena nuestros carros por la montaña de Gud; nosotros íbamos detrás, dispuestos á poner una piedra para atrancar la rueda, con el fin de que descansaran un poco los animales. Aquel camino parecía subir al cielo, y se elevaba en línea recta hasta perderse de vista en las nubes que aquel día parecían amontonarse sobre la cúspide del Gud; el aire se hacía tan raro, que yo tenía que pararme á menudo, pues la sangre se me subía á la cabeza; pero á pesar de esto experimentaba en todo mi ser una felicidad y una alegría inexplicables, porque me sentía elevado sobre lo demás del mundo. A medida que nos alejamos de la sociedad y que nos acercamos á la naturaleza, nos volvemos niños; todo lo que no pertenece al alma, todo lo que el alma ha adquirido se separa de ella, y se queda siendo lo que era y lo que será. Aquel que como yo ha errado por las montañas desiertas y ha considerado durante mucho tiempo sus formas fantásticas, aquel que ha respirado con avidez el aire de los valles ó de los altos montes,

comprenderá sin duda mi deseo de pintar esos cuadros asombrosos.

Llegamos por fin á la cúspide del Gud, y nos detuvimos un momento á disfrutar de la belleza de aquel panorama. Una nube cenicienta, suspendida sobre nuestras cabezas, nos anunciaba una tempestad, pero el Oriente estaba tan claro y tan hermoso, que ni siquiera hicimos alto en aquel contratiempo. El capitán contemplaba asombrado aquella escena, y entonces hice la observacion de que los corazones sencillos y fuertes tienen un sentimiento mas vivo de la hermosura de la naturaleza que nosotros narradores entusiastas de esos espectáculos deslumbradores.

— Ya debeis estar acostumbrado á tales cuadros, le dije.

— Sí, me respondió, como se acostumbra uno al silbido de una bala, que causa una emocion que no se deja ver.

— He oido decir á varios soldados aguerridos que les gusta mucho la música que hacen las balas.

— En efecto, porque esa música hace latir el corazón con mas fuerza. Contemplad este panorama.

Delante de nosotros se desplegaba el valle de Koichur, regado por el Araga y por otro rio de plateada corriente. Las nieblas azuladas se deslizaban por sus márgenes, huyendo en los valles cercanos de los tibios rayos de la mañana: á derecha é izquierda se veían montañas cubiertas de nieve. El cuadro se hallaba animado con los dorados reflejos de la mañana, pues el sol comenzaba á mostrarse por detrás de una montaña de un azul sombrío, que habría podido tomarse por una nube amenazante. Encima del sol había una banda de color de sangre, sobre la cual fijaba su atencion mi compañero.

— Os he prevenido, exclamé, que tendríamos hoy una tormenta, despachémonos, pues podría alcanzarnos al paso de la Cruz. Adelante, gritó al cocher.

Tomamos los caballos por las bridas y principiámos á bajar la cuesta. Teníamos á la derecha una roca, y á la izquierda un precipicio tan hondo, que una aldea de ossetas que había en él nos parecía un nido de golondrinas. Parece increíble que por aquel momento, por donde no podrian cruzarse dos carros, pasen los correos en las noches mas oscuras, y sin salir de sus vehículos.

Uno de nuestros cocheros era un aldeano ruso de Jaroslaf, y el otro era osseta. El osseta, despues de haber desenganchado los dos caballos de lado, llevaba el de tranco por la brida con las mayores precauciones; en cuanto al ruso, ni siquiera había bajado de su asiento, y cuando le advertí que debía tomar algunas precauciones en favor de mi maleta, que no quería yo ir á buscar al fondo del precipicio, me respondió:

— Señor amo, si Dios quiere, llegaremos con la misma felicidad que los que han pasado por aquí ántes de nosotros.

Tenia razon; y si los hombres razonaran un poco mejor, se hallarian persuadidos de que la vida no merece tantos cuidados como por ella nos tomamos.

Pronto estuvimos en el valle del Frit, que es la antigua frontera de la Georgia; allí encontramos grandes montones de nieve que nos recordaron Savatof, Sambof y otros lugares de nuestra patria.

— He aquí el paso de la Cruz, me dijo el capitán mostrándome una altura cubierta con una ligera capa de nieve; en su cúspide se dibujaba una cruz de piedra, y al lado se veía un sendero trazado apenas, por el que se pasa únicamente cuando el camino ordinario se halla obstruido por las nieves. Habiendo declarado nuestros cocheros que no había témpanos de hielo, nos hicieron dar la vuelta á la altura para cansar ménos á los caballos. En el camino encontramos cinco ossetas que nos ofrecieron sus servicios, y comenzaron á colgarse de las ruedas del carro, dando agudos gritos; por un lado teníamos masas enormes de nieve que estaban prontas á desprenderse al menor soplo de viento, y por el otro corría un torrente con estrépito por un hondo barranco.

La tempestad se acercaba por momentos; ya principiaba á caer una lluvia menuda mezclada de granizo y de nieve, y las nieblas, en columna cerrada, avanzaban por el Oriente. Teníamos que andar aun cinco verstes, para llegar á la estacion de Kobi; el camino se hacía cada vez mas impracticable y los caballos se escurrian por las peñas; el huracán soplabá en el Norte de un modo quejambroso, y por decirlo así, desesperado.

— Y tú, me decía yo, pobre desterrado, lloras tus estepas vastas y desiertas. Allí tienes espacio para desplegar tus alas heladas, y te sientes incomodado como el águila que pega furiosa contra las barras de hierro de su jaula.

— Esto va mal, me dijo el capitán; ya no se ve mas que niebla y nieve, y el Beidar debe estar tan crecido que nos será imposible atravesarlo. ¡Ah! para tales hombres tales ríos; con nada se puede contar en Asia.

Nuestros cocheros llenaban á los caballos de latigazos, de gritos y de injurias, pero la elocuencia de los latigos no lograba hacerles adelantar el menor paso.

— No llegaremos hoy á Kobi, dijo al fin uno de los cocheros, ¿quereis que lleguemos á aquellas chozas que están á la izquierda?... aun tenemos tiempo para ello; los ossetas dicen que los viajeros se detienen allí siempre cuando hace malo, y que os llevarán mediante una propina.

— Está bien, dijo el capitán; esos animales quieren todavía sacarnos algo.

— Pero debeis confesar, repuse yo, que sin ellos nos encontraríamos en un mal paso.

— Sí, sí, murmuró; ¡ah! estos guías, parece que nadie sería capaz de andar su camino sin ellos.

Volvimos á la izquierda, y á duras penas logramos llegar á dos miserables cabañas, cuyos amos cubiertos de harapos nos recibieron lo mejor que estaba en su mano. Despues he sabido que el gobierno los paga y los alimenta para que den abrigo á los viajeros sorprendidos por las tempestades.

— Todo va bien, dije yo sentándome junto á la lumbre. Ahora, la historia de Blanca, porque supongo que no está concluida.

— ¿Porqué lo suponeis así?

— Porque no está en el órden que lo que principia de un modo tan extraordinario, concluya tan sencillamente.

— Teneis razon.

— Ya lo sabía.

— Esto os divierte, pero á mí me contrista mucho. Blanca era una buena muchacha, y yo me acostumbré de tal modo á ella, que la amaba como si fuera hija mia, y ella me quería á mí como si yo fuera su padre. Debo advertir que yo no tengo familia, ó que á lo ménos no he tenido noticias de ella desde hace doce años; nunca pensé en casarme cuando estaba á tiempo para hacerlo, y hoy es ya tarde. Hallábame pues muy contento cuando podía mimar á alguno... y luego Blanca cantaba desde por la mañana hasta por la noche, y nos bailaba el baile de las lesguinienses... pero ¡con qué gracia!... He visto muchas señoritas; hace veinte años estuve en la asamblea de las señoritas en Moscou, pero ¡qué diferencia con Blanca! En cuanto á Petchorin, pasaba su vida en adorarla, en divertirla, y ella se puso hermosa que era un milagro; la palidez había desaparecido de su rostro, que se había animado con brillantes colores... y ¡qué alegría!... la picaresca siempre se estaba burlando de mí... ¡Dios la perdone!...

— ¿Y qué dijo cuando la anunciasteis la muerte de su padre?

— Se la ocultamos durante mucho tiempo, y por fin, cuando la vimos acostumbrada á su posición, la dimos la terrible noticia; lloró dos días seguidos, y no volvió á acordarse de semejante cosa.

Durante cuatro meses todo marchó á las mil maravillas. Creo haberos dicho ya que Petchorin era muy aficionado á la caza; habría perseguido una gacela ó un jabalí hasta sobre las murallas del fuerte. Un día le ví muy pensativo que se paseaba con las manos cruzadas á la espalda, y de repente le ví tomar la escopeta y marcharse; no volvió en toda la mañana; sus ausencias se renovaron tan á menudo, que al fin me dije:

— Algo hay entre ellos.

Una mañana entré en su cuarto (me parece que era ayer), Blanca estaba tendida sobre la cama, vestida con una especie de capa de seda negra, pero estaba tan pálida y desencajada que, asustado, la pregunté:

— ¿Dónde está Petchorin?

— Ha ido de caza.

— ¡Cómo! ¿Ha salido hoy?

— Ha salido ayer y no ha vuelto, dijo Blanca suspirando profundamente.

— ¿No le ha sucedido nada?

— En eso he estado pensando yo todo el día de ayer, respondió Blanca vertiendo algunas lágrimas, me figuraba que algún jabalí le habría herido, ó que algún circasiano le habría arrastrado á las montañas.... Hoy creo que ya no me ama.

Y al decir esto sollozó fuertemente, pero un momento despues, continuó alzando la cabeza con orgullo:

— Pero si no me ama ¿porqué no me despide de su casa? Si esto continúa así, me iré yo misma; yo no soy su esclava... soy la hija de un príncipe.

— Escucha, hija mia, le dije yo, Petchorin no puede estar siempre pegado á tu falda; es un jóven, la caza le gusta mucho, y conforme se ha ido volverá, pero si tú estás siempre triste, eso acabará por cansarle.

— Es verdad, es verdad, dijo la jóven, debo estar alegre.

Y tomó su guitarra y se puso á cantar y á bailar en torno mio, pero al cabo de un instante se dejó caer en su cama ocultándose el rostro entre sus manos.

Yo no sabía que hacer. Ya os he dicho que nunca he tenido muchas relaciones con las mujeres, y no podía hallar en mi imaginacion ningún expediente para consolarla. Ambos guardabamos silencio... lo que constituye una posición sumamente desagradable.

Al fin la dije:

— Blanca, hace un tiempo magnífico, vamos á pasearnos á la muralla.

Nos hallabamos en el mes de setiembre; el día estaba hermoso en efecto, muy sereno, y hacia un calor que no incomodaba. Nos paseamos largo tiempo sin decir una palabra, y al cabo nos fuimos lejos á sentarnos sobre la yerba. No puedo acordarme de todo esto sin sonreirme; yo parecía su niñera.

Nuestro fuerte estaba situado sobre una altura, y la vista de las trincheras podía pasar por magnífica. Por un lado una vasta llanura, cortada por algunos barrancos, se hallaba limitada por un bosque que se extendía hasta las montañas; aquí y allá se elevaba el humo de alguna aldea, ó pacía un rebaño. Por la otra parte corría un riachuelo, con las orillas guarnecidas de esas zarzas espesas que crecen en las colinas pedregosas de la cordillera del Cáucaso. Estabamos en el

ángulo del bastión, de manera que nuestra vista se extendía libremente por ambos lados.

De repente sale del bosque un hombre á caballo, y llegándose hacia nosotros, casi cerca del río, principia á dar vueltas como un loco.

— Blanca, tú que tienes buenos ojos, dije yo, mira lo que hace ese hombre. ¿Está divirtiéndose con alguien?

Blanca le miró y exclamó al punto: — ¡Es Kasbitch!

— ¡Ah! bribon, viene á burlarse de nosotros.

Miré con detenimiento, y en efecto reconocí á Kasbitch, pues distinguí su tez curtida y sus vestidos andrajosos.

— ¡Y monta el caballo de mi padre! dijo Blanca cogiéndome el brazo con fuerza; la pobre jóven temblaba, y sus ojos lanzaban llamas.

— ¡Ah! ¡ah! pensé yo, la sangre de los bandidos se despierta también en ti, hija mía.

— Examina bien tu fusil, dije al centinela, apunta bien á ese pícaro, y si le matas ganarás un rublo de plata.

— Está muy bien, contestó el centinela, pero el maldito no se está quieto un instante.

— Mándaselo, repuse yo riendo.

— ¡Eh! amigo mío, gritó el centinela haciéndole una señal con la mano; detente un instante; ¿porqué estás dando vueltas como una peonza?

Kasbitch se detuvo un momento, sin duda creyó que tenían que hablarle... El granadero le apuntó, descargó, y no le toca... Kasbitch había hecho dar un brinco de lado á su caballo. Entonces se levantó sobre sus estribos, nos gritó algunas palabras en su lengua, nos amenazó con su látigo y desapareció.

— ¿Cómo no te cae la cara de vergüenza? dije yo al centinela.

— Se ha ido á morir á otra parte, respondió el soldado. Es una raza maldita... de una vez nunca se lamata.

Un cuarto de hora despues volvió de la caza Petchorin. Blanca se arrojó á su cuello, sin quejarse de su larga ausencia... Yo estaba muy irritado.

— Hace un momento, le dije, Kasbitch estaba allí al otro lado del río, y le mandé que le pegaran un tiro. ¿Creéis que alguna vez no logreis á encontrarle? Esos montañeses son muy vengativos, y estoy seguro de que ha sospechado ya vuestra complicidad en el robo de su caballo; pienso que hoy ha reconocido á Blanca, y ya sabeis que la amaba.

Petchorin reflexionó un instante y respondió:

— Sí, debemos obrar con cautela; Blanca, no vuelvas á pasearte á la muralla.

Por la noche tuve con él una explicación. Veía con mucha pena que hubiera cambiado tanto con respecto á aquella pobre jóven. Pasaba días enteros de caza, y á la vuelta apenas se dignaba hacerla una caricia. Blanca, hasta entonces tan fresca, enflaquecía, sus facciones se ponían escuálidas, sus grandes ojos habían perdido su viveza. Cuando la preguntaba:

— ¿Porqué suspiras, Blanca? ¿Muy triste estás?

— No, me respondía.

— ¿Quieres algo?

— No.

— ¿Sientes no ver á tu familia.

— Yo no tengo familia en este mundo.

— No se podía alcanzar de ella otra contestación.

Petchorin respondió á todas mis observaciones:

— Máximo Maximitch, yo tengo un carácter fatal; no sé á quien debo acusar de ello, pero lo único que sé es que no soy mas dichoso que aquellos cuyo infortunio causo. ¡Triste consuelo! pero ¿qué he de hacer? En mi primera juventud, cuando burlaba la vigilancia de mi padre, me entregaba sin freno á todos los placeres que el dinero proporciona; pero pronto me cansé; entré en la sociedad, y también me fastidié al instante. Hice la corte á las señoritas; me amaron, pero mi amor no inflamó mas que mi imaginación y mi vanidad; mi corazón permaneció helado y vacío. Leí, estudié, pero vi que ni la gloria, ni la felicidad dependen de la ciencia, pues los hombres mas dichosos son los ignorantes, y en cuanto á la gloria, como solo depende del destimbramiento que causamos, solo se necesita destreza para alcanzarla. Estaba próximo á morir de enojo... me enviaron al Cáucaso, pero bien luego me acostumbré al silbido de las balas circasianas y al peligro de la muerte, y fui mas desgraciado que antes, pues había perdido mi última esperanza. Cuando vi á Blanca por primera vez, cubrí de besos los negros rizos de su cabellera, creí que era un ángel que un destino compasivo me enviaba... me había engañado. El amor de una mujer salvaje es pues mejor que el de una mujer noble: la ignorancia y la franqueza de la una causan lo mismo que la coquetería de la otra. Y luego, puedo decir que la amo... la estoy agradecido por algunos momentos de felicidad que he pasado á su lado, daría mi vida por ella, pero el verla me cansa y me aburre... Soy un necio ó un miserable, pero soy también muy digno de lástima. La sociedad ha dañado mi alma, tengo una imaginación inquieta y un corazón insaciable. A todo me acostumbro; mi existencia se hace mas y mas vacía, y solo me queda un recurso, que es viajar. En cuanto pueda me marcharé, no á Europa, Dios me preserve de tal idea, sino á América, á la India, y preciso será que muera en alguna parte.

Durante largo tiempo me estuvo hablando así, y sus palabras se grabaron en mi memoria, porque fué la primera vez, y quiera Dios que sea la última, que oya á un hombre de veinticinco años pronunciar semejantes palabras.

— Decidme, vos que habeis frecuentado las sociedades hace poco, ¿son así todos los jóvenes?

Yo le respondí que hay muchos que hablan de esa manera, y que entre ellos algunos piensan lo que dicen; pero que el hastío, despues de haber principiado como todas las modas en las clases altas de la sociedad, había llegado á caer en las mas bajas, donde sin embargo en el día no se hace ya gala del aburrimiento, y los que le padecen tratan de ocultarle como un vicio.

El capitán me comprendió muy bien mis sutilezas, y encogiéndose de hombros, me dijo:

— ¿Son sin duda los franceses los que sacaron esa moda, no es cierto?

— No, son los ingleses.

— ¡Ah, ah! me respondió, por eso les gusta tanto emborracharse.

Yo me acordé involuntariamente de una señora de Moscou que afirmaba que Byron no era mas que un borracho. Por lo demás, la observación del capitán era muy explicable, pues para no beber quería persuadirse á sí mismo de que todas las desgracias de este mundo provienen de la bebida.

— Kasbitch no volvió á parecer; sin embargo, yo me convencí de que no había venido por nada, y me figuré que meditaba alguna picardía. Petchorin me convidó una mañana á salir de caza con él: yo me negué, pero tanto insistió, que tuve que acceder á sus deseos. Llevamos una escolta de cinco soldados. Hasta eso de las diez en vano registramos los matorrales, no descubrimos ningún jabalí, que era lo que buscábamos. Yo quise volverme, pero Gregorio Alejandrowitch se obstinó, diciendo que no se volvería sin caza. Por fin encontramos un jabalí, que se ocultó entre los matorrales sin que le acertásemos, y despues de descansar un momento, tomamos el camino del fuerte.

Marchamos juntos sin decir una palabra, y permitiendo á nuestros caballos que fueran á su gusto, cuando al llegar á unas zarzas, muy cerca ya del fuerte, oímos un escopetazo. Nos miramos uno á otro... como heridos de la misma sospecha. Echamos á correr hacia el lugar de donde había salido el tiro, y vimos á nuestros soldados en lo alto de la muralla, y á un hombre que llevaba su caballo á escape por la llanura, y con un bulto blanco. Gregorio Alejandrowitch, que tenía los ojos de un circasiano, se apoderó de su escopeta y echó á correr tras del fugitivo, y yo le seguí.

Como la caza había sido mala, nuestros caballos, que no estaban cansados, devoraban el espacio, y á cada instante ganábamos terreno. Por fin, reconocí á Kasbitch, pero no podía distinguir aun lo que llevaba delante. En aquel momento alcancé á Petchorin, y le grité:

— ¡Es Kasbitch!

Petchorin me miró, me hizo una señal con la cabeza, y dió un latigazo á su caballo.

A pesar de todos los esfuerzos que hacia Kasbitch para escaparnos, nosotros ganábamos terreno; su caballo era malo ó estaba cansado; pienso que en aquel momento debía acordarse del que le robó Azamat.

Ya estábamos á tiro de fusil; Petchorin, aunque iba á galope, le apuntó:

— No tireis, le grité, conservad la pólvora, pues sin eso le avanzaremos.

Petchorin no hizo caso, disparó y dió en una pata al caballo que á pocos pasos cayó á tierra. Kasbitch dió un salto, y entonces pudimos ver lo que llevaba, era una mujer... ¡era Blanca!

Nos gritó algunas palabras en su lengua y a'zó su puñal sobre la jóven... No había quietud; entonces disparé yo mi escopeta, y hube de herirle en el hombro. Despues de repente dejó caer su mano. Cuando el humo se disipó, el caballo herido estaba en el suelo, y Blanca junto á él. Kasbitch había arrojado su escopeta y se saltaba como un gato en las rocas y entre las zarzas.

Mucho habría dado por tener una arma cargada para hacerle bajar, tunante; si á lo menos la hubiera herido en el corazón, pero no, la había herido en la espalda... como un traidor... La pobre Blanca estaba allí sin sentido. Desgarramos el vestido que llevaba para vendarla su herida. Petchorin cubría de inútiles besos sus labios helados. Montó á caballo, y yo subí á Blanca con precaución; mi amigo la cogió en brazos y nos volvimos.

Cuando hubimos andado un rato en silencio, me dijo Petchorin:

— Máximo Maximitch, si la llevamos así no llegará viva al fuerte.

Era verdad; echamos al galope; el pueblo y los soldados nos esperaban á las puertas. Transportamos á la jóven á su aposento y enviamos á buscar un médico que vino, y aunque estaba borracho, examinó la herida, y nos dijo que no pasaría aquella noche: en esto se engañaba.

— ¿Sanó pues? pregunté yo al capitán con un movimiento de alegría.

— No, me respondió, pero sin embargo, el médico se engañó, pues vivió dos días.

— ¿Pero cómo la pudo robar Kasbitch?

— He aquí el caso: á pesar de la prohibición de Petchorin, Blanca había salido del fuerte, y se había marchado junto al río. Hacía mucho calor, se sentó en una piedra y metió los pies en el agua. Kasbitch se deslizó hasta ella, la cogió, la tapó la boca con la mano, la arrastró á las zarzas, la puso sobre su caballo, y se marchó. Blanca, no obstante, dió algunos gritos, los soldados corrieron á la muralla, hicieron fuego y no acertaron. Entonces llegamos nosotros.

— Pero, ¿porqué la quiso robar Kasbitch?

— Los circasianos roban todo lo que está mal guardado. Además, él la quería.

— ¿Y murió?

— Sí, murió, pero no sin padecer y atormentarnos mucho. A eso de las diez de la noche recobró sus sentidos; nosotros estábamos cerca de su cama; en cuanto abrió los ojos llamó á Petchorin, y le dijo tomándole la mano:

— Moriré junto á ti, alma mía.

Quisimos consolarla, y la dijimos que el médico había prometido que sanaría; pero Blanca meneó la cabeza y se volvió hacia la pared, la muerte la espantaba.

En la noche, la entró el delirio; su cabeza ardía, y su cuerpo se hallaba agitado con los temblores de la fiebre; hablaba de su padre, de su hermano, quería volver á las montañas de su país y ver su casa. También hablaba de Petchorin, y le prodigaba los nombres mas tiernos, reconviniéndole siempre porque había dejado de amarla.

— ¿Y Petchorin?

— Petchorin con la cabeza apoyada en una mano la escuchaba en silencio; en toda la noche vertió una lágrima; no sé si no podía llorar ó si era dueño de dominarse hasta tal punto, pero nunca he presenciado un espectáculo mas triste.

Al amanecer cesó el delirio y permaneció en un estado de debilidad, de palidez y de quietud que dudamos si existía todavía. Pero recobró algunas fuerzas y principió á hablar.

No adivinariais de que... semejantes pensamientos solo pueden surgir en la cabeza de una moribunda... se afligia de no ser cristiana, de que su alma no entraría nunca á la de Gregorio en el otro mundo, y de que Gregorio amaría á otra mujer en el paraíso.

Se me ocurrió la idea de bautizarla y se lo propuse; ella me miró con aire turbado sin poder pronunciar una palabra; y por fin me dijo que moriría en la fe de sus padres. Se pasó el día, y confieso que nunca he visto cambiar á una persona en tan poco tiempo: sus mejillas eran dos pellejos; sus ojos se hicieron mas grandes aun y sus labios estaban como dos ascuas; experimentaba interiormente un calor tan grande que la parecía que tenía un hierro encendido sobre el pecho.

No nos separábamos un punto de su cama, y en la noche que siguió, sufrió muchísimo y se quejaba; pero en cuanto su mal se apaciguaba un poco, tranquilizaba á Petchorin y se esforzaba en persuadirle que debía marcharse á sosegar un rato. A la otra mañana principió á sentir las angustias de la muerte; el aparato de su herida se deshizo, y de nuevo principió á correr su sangre. Cuando la vendaron otra vez, y recobró algun tanto de tranquilidad, pidió á Petchorin que la besara. Mi amigo se arrodilló junto á su cama, levantó su cabeza y cubrió de besos sus labios ya fríos; ella le estrechaba con su manos trémulas sobre su corazón como si hubiera querido darle su alma en aquel último abrazo.

Suerte tuvo en morir... ¿qué habría hecho si Petchorin la hubiera abandonado?... y es seguro que tarde ó temprano habría sucedido.

En la mañana del otro día estuvo sosegada y obediente, aunque el médico la atormentaba mucho haciéndola tomar remedios.

— ¿Para qué sirve todo eso? le decía yo; ¿no nos habeis asegurado que se morirá? Me parece inútil atormentarla.

— Máximo Maximitch, me respondió, es necesario, para tranquilidad de mi conciencia.

¡Oh conciencia admirable!

(Se concluirá.)

Ascension al Popocatepetl.

M. Pingret, pintor francés residente hoy en Méjico, ha tenido á bien enviar los siguientes dibujos con la descripción de una ascension peligrosa al Popocatepetl de la que tomamos los siguientes pormenores:

« Despues de haber subido unos 3,000 piés sobre la rápida pendiente de las nieves eternas que coronan el volcan, me pareció que era imposible el sentarse á almorzar en aquel sitio. El labio de la boca abierta del cráter que se aparece de repente, presenta un ángulo casi agudo, cuya vertiente exterior se halla cubierta de hielos y de nieves derretidas por el ardor del sol en el verano. La vertiente interior está cortada á pico, y en su mitad hay un sendero rápido, practicado por los trabajadores de la mina de azufre que baja sobre los restos de lavas, escorias y cenizas, hasta un monton saliente de lava que está sobre el cráter. Sobre esta lava se ha construido una cabria que sirve para la explotación de la mina, y junto á ella hay una choza para los obreros, que es la fonda de Popocatepetl, donde los viajeros pueden pasar la noche.

» De la cabria al fondo del cráter puede haber doscientas varas de profundidad, pero bajando por la cuerda, se toma pié en el declive de la mina de azufre, y baja andando unas cien varas hasta el fondo.

» Apenas se oye la voz humana arriba, y abajo no se oye absolutamente por mucho que se grite arriba. Esto dará una idea de la distancia que no ha sido posible medir.

» El fondo del cráter se podría comparar á una caldera grande que se hubiera llenado de materias en ebullicion y cuya espuma se hubiera quedado adherida á las paredes y suspendida sobre el vacío que debió quedar cuando se enfriaron las sustancias en fusion, en

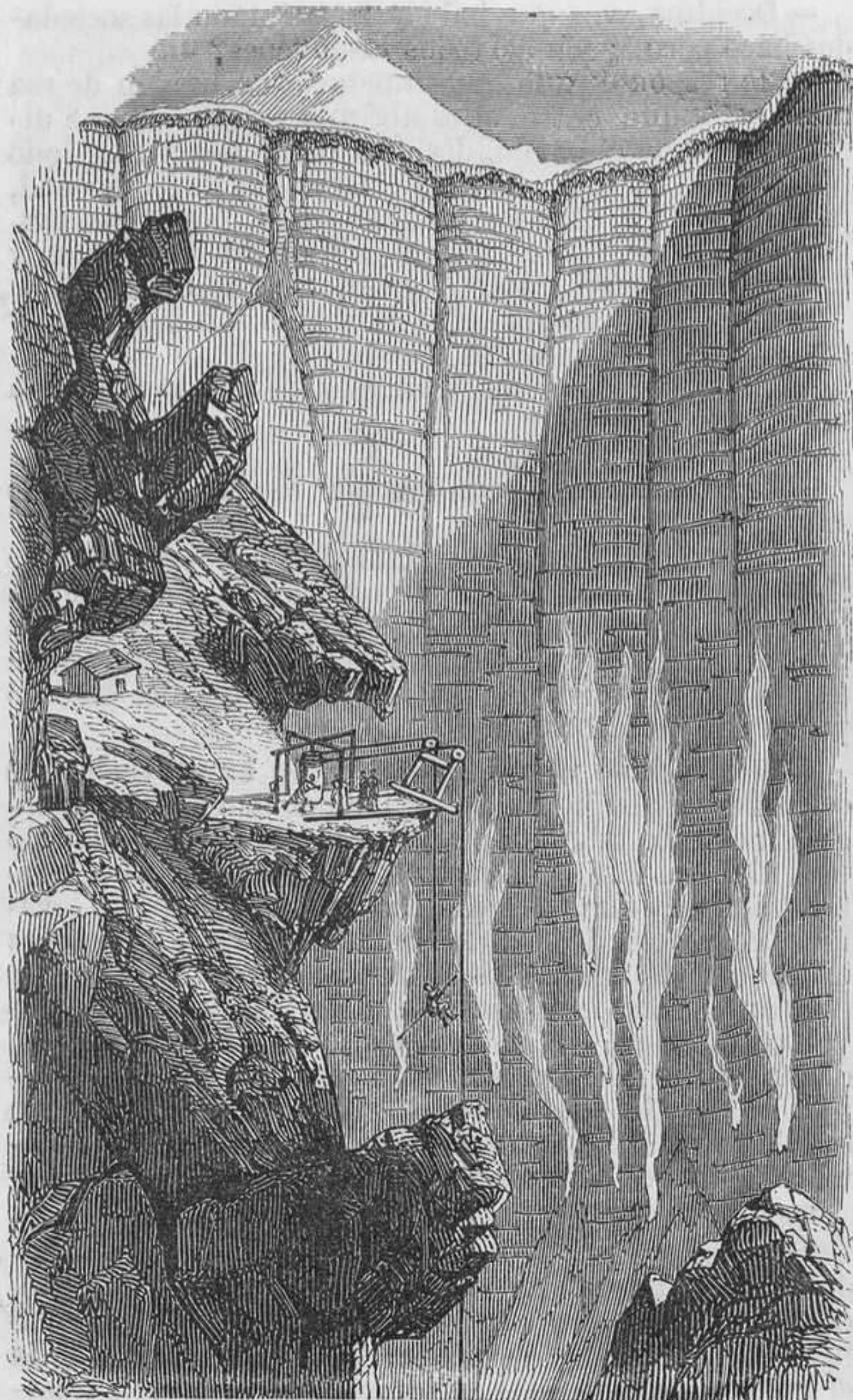
el momento de la última erupción. Esta espuma es la *solfuraria*, es la mina de azufre, objeto de un pleito muy antiguo entre la compañía que posee, que explota, que hace oro con el azufre, y la compañía que pretende como suya esta rica propiedad.

» El vacío en que reposa la *sulfuraria*, se halla sin duda en plena fusión, y es susceptible de nuevas erupciones de un día á otro.

» En algunas partes del fondo del cráter se escapan humaradas que producen detonaciones. Cuando se introduce un palo en alguna de sus aberturas, sale abrasado, lo que anuncia que el foco del incendio no está lejos. La evaporación sulfurosa de estas aberturas sofoca, y tiene bastante fuerza en ciertos sitios para elevarse y aparecer sobre los labios del cráter; otras humaradas, menos poderosas, pasan por diversos sitios del interior del cráter y llegan hasta su parte más elevada.

» La circunferencia superior del cráter tendrá legua y media, pero sería imposible dar la vuelta á toda ella, como se practica en el Vesubio. El cráter del Vesubio comparado con el del Popocatepetl, guarda la misma proporción que hay entre una copita y un vaso. Solo el cráter del Etna puede ponerse en paralelo con el Popocatepetl, y para esto es preciso advertir que no tiene su majestad, ni regularidad; en una palabra, no es tan notable.

» El cuadro que acabo de hacer del interior del cráter del Popocatepetl, es relativo á la mitad del lado de Puebla. Se ven las capas sobrepuestas de las diferentes erupciones desde su origen. La última se compone de escorias negras, y tendrá como unos 25 pies de grueso. Sobre esta última capa reposa el hielo, cortado á pico, interiormente verde como el cristal. La capa de hielo tiene unas 50 piezas de grueso, y se halla llena de grietas y de asperezas inaccesibles al hombre; yo no pude establecerme en ninguna parte para sacar el dibujo panorámico que me proponía hacer. De arriba no se ve más que los vapores de la tierra caliente y tres ó cuatro picos que las dominan, el pico de Orizaba, etc., etc.



Cráter del Popocatepetl.

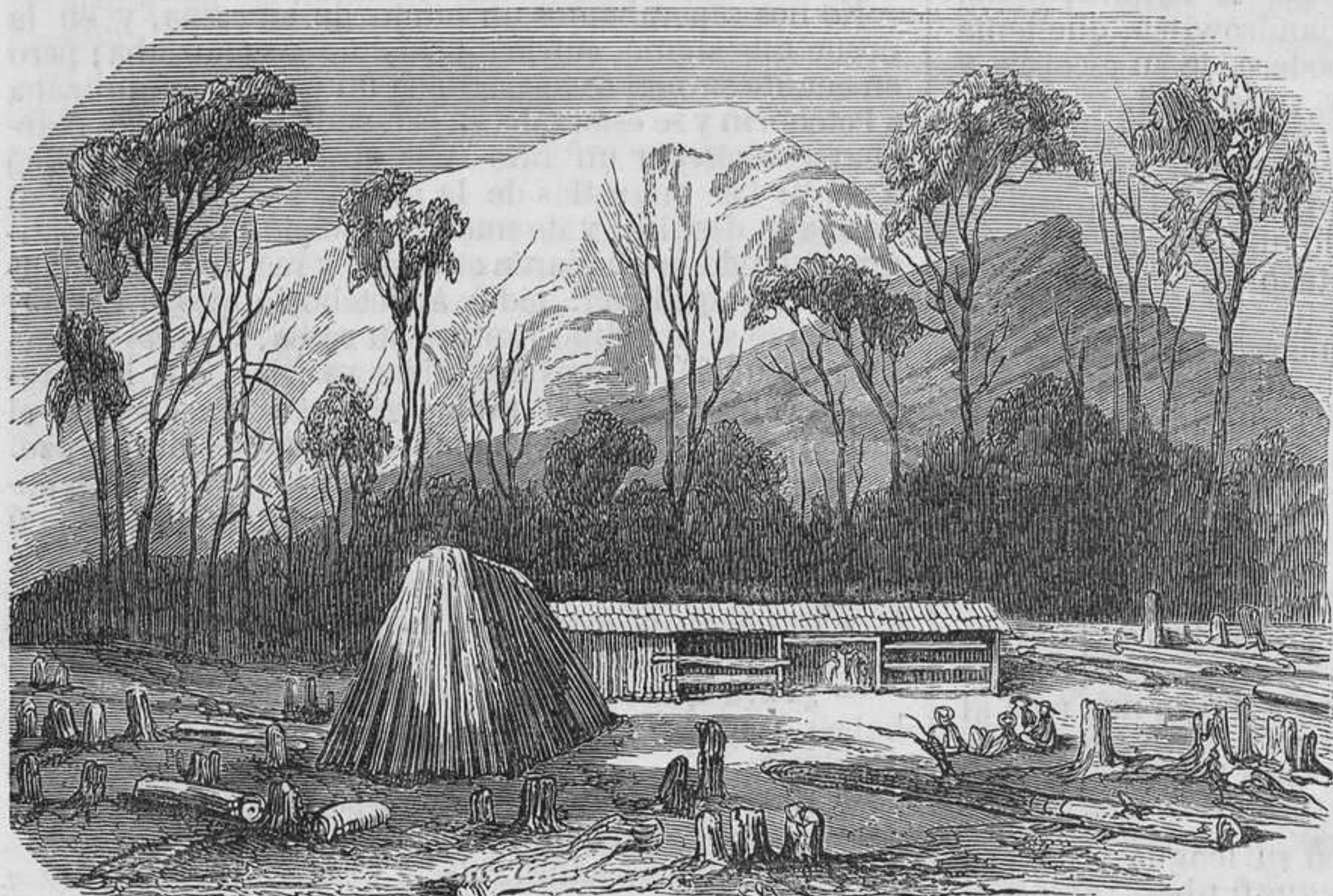
» La otra mitad de la circunferencia interior que mira á Méjico es más pintoresca, en razón á sus muchas desigualdades; por desgracia me faltó el dibujo que de ella había hecho.

» He aquí algunas noticias útiles para los aficionados: se puede salir de Méjico y llegar en un día al rancho de la fundición de azufres; allí se duerme, y á la otra mañana á las seis puede principiarse la ascensión. Es inútil tratar de subir al cráter antes del amanecer, para presenciar como sale el sol, pues hay más de cinco horas de camino del rancho al cráter, y ese camino que pasa por un bosque, no podría andarse en las tinieblas. Se andan dos horas á caballo, á través de un bosque de abetos y sobre las cenizas volcánicas hasta el principio de los hielos. Allí los caballos no sirven ya, y es preciso subir á pie esa cuesta de nieves eternas, de tres mil pies de altura.

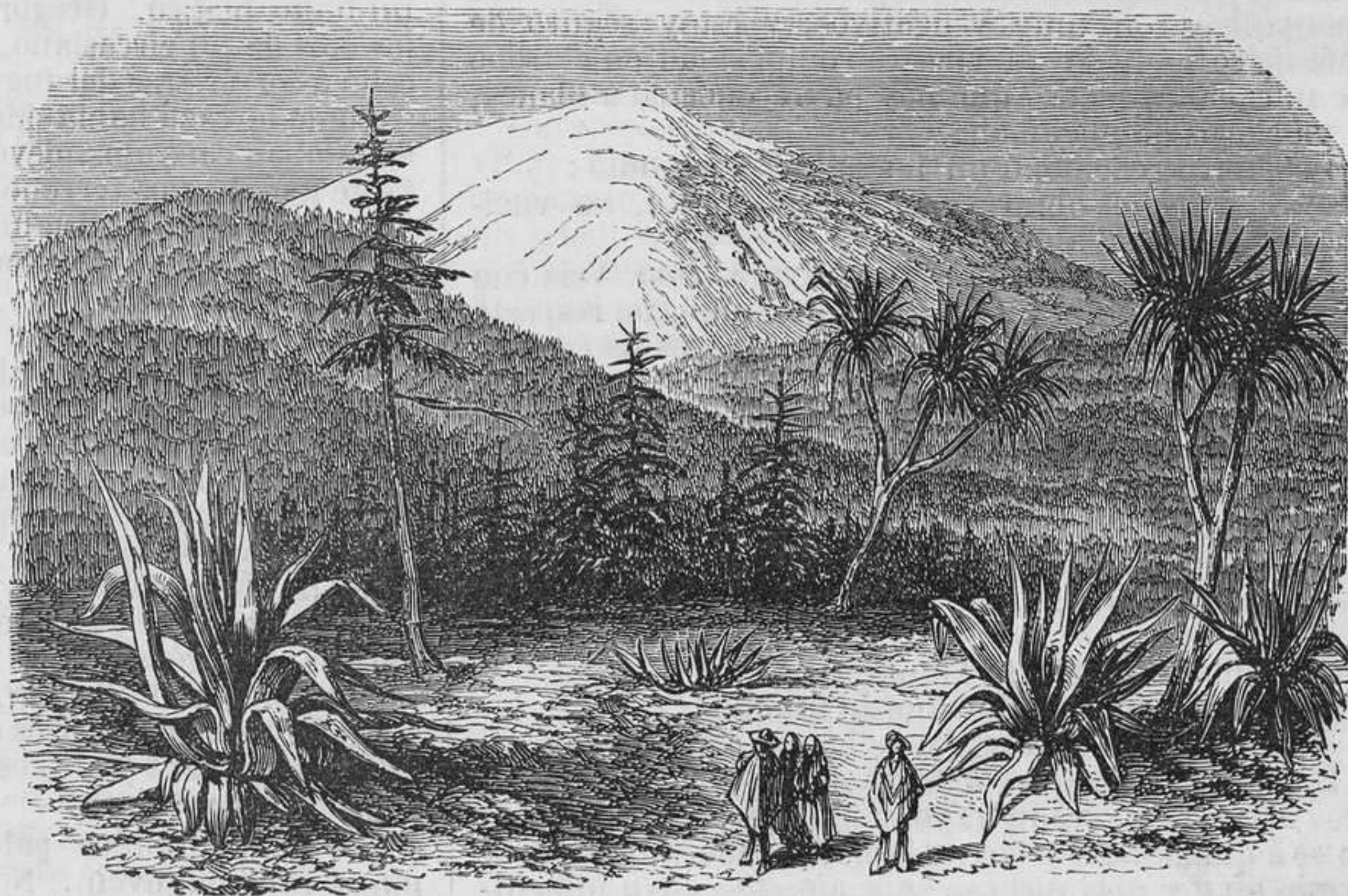
» La inclinación de esa parte del volcán es de 35 grados; cuando uno se vuelve para mirarla desde arriba, se espanta. Esta inclinación que se hace más vertical por el deshielo de las nieves es más sensible por abajo que por arriba; forma una curva convexa, muy trabajosa de subir, sobre todo para piernas como las mías que cuentan setenta años.

» Esta última subida dura tres horas; total, cinco horas desde el rancho al cráter. Yo me volví al otro día á las cuatro de la mañana, y á las cinco de la tarde estaba en Méjico. Es un viaje de unos tres días que cuesta como unos treinta pesos, necesitándose además un permiso del gobernador de Puebla.

» Es un error bastante acreditado el suponer que el enrarecimiento del aire es nocivo á la respiración en lo alto del volcán; lo que sucede es que el cansancio de haber andado sobre los hielos quita la respiración y acaba con las fuerzas físicas hasta el punto de que el viajero no puede mover los pies; eso es todo, pero cuando se llega á lo alto, bajo el abrigo del cráter, no se experimenta ninguna alteración sensible en el ejercicio de las facultades. Los obreros que trabajan quince días seguidos en la mina de azufre, bajan y su-



Vista del Popocatepetl tomada de la hacienda del Sr. Perez de la Vega.



Vista del Popocatepetl, tomada del Rancho.

ben hasta dos veces por día la cuesta de hielos de que he hablado, y no por eso pierden su respiración.

» Los viajeros suelen tener la costumbre de hacer creer que han corrido grandes peligros en sus excursiones. También se dice que la refracción de la nieve quita la vista, y se supone que el primero que subió á lo alto del Orizaba estuvo cuatro días ciego. Hay países enteros, en el centro de los valles de los Alpes, donde los habitantes viven ocho meses en la nieve, y ninguno se resiente de la vista. El San Bernardo, los valles próximos, el pequeño San Bernardo en la Saboya y los Pirineos confirman esta verdad. Yo he pasado algunos inviernos en esas regiones y nunca he padecido de los ojos.

» En conclusión, diré que para satisfacer la curiosidad pública de subir al Popocatepetl, no sería malo que el jefe del Estado concediera una autorización general y permanente.

» E. PINGRET. »

P. D. En una carta más reciente de M. Pingret se habla de un descubrimiento que parece ser importantísimo; he aquí según dice:



Vista interior del Rancho del Popocatepetl.

« La ciencia se interesará en alto grado con un descubrimiento que se acaba de hacer de una sustancia roja, semi-blanda, y apenas conocida excepto de los químicos, pero de un precio tan excesivo en Europa, que los aficionados no pueden poseer sino algunas partículas de ella.

» Ahora bien, M. Pané acaba de descubrir un banco considerable de esa sustancia sin nombre, rara como el diamante, y que forma una nueva parte de la conformación de nuestro globo. M. Pané se propone enviar muestras en frascos de su precioso descubrimiento á todas las corporaciones científicas de ambos mundos. La ciencia podrá hacer todas las experiencias que crea útiles para la aplicación de esta nueva sustancia. Un químico muy entendido analiza hoy en Méjico este descubrimiento, y que ha encontrado en sus experiencias el origen de un metal cuyo nombre no nos atrevemos á decir aun, pero que confundiría todos los descubrimientos más importantes de nuestro Nuevo-Mundo. Pero dejemos á cada cual su puesto. Ya invitaremos, por una esquila de aviso á las corporaciones científicas á ocuparse de nuestro gran descubrimiento. »

El palacio y el parque del Raincy.

A unas dos leguas de París, despues de haber atravesado los pueblecillos de Pantin y de Bondy, y ántes de llegar al bosque del mismo nombre, se extiende á la derecha del camino una inmensa calle alineada sobre dos pabellones de construcción rústica, que conduce entre una doble hilera de hermosos álamos, á la verja de entrada del parque y del palacio de Raincy.

A pesar de su aspecto enteramente moderno, el Raincy tiene sin embargo, un origen muy antiguo; sobre su territorio se elevaba en otro tiempo una abadía de la orden de San Benito, pero este establecimiento, antiguo ya bajo el reinado de san Luis, y que llevaba el nombre de *Rinsiacum*, hubo de desaparecer en el siglo XVII, como tantas otras fundaciones religiosas, para dejar el puesto á un palacio que Santiago Bordier, consejero secretario del rey, tuvo el ca-

pricho de mandar construir, capricho que, segun dicen, costó nada ménos que cuatro millones al opulento secretario real.

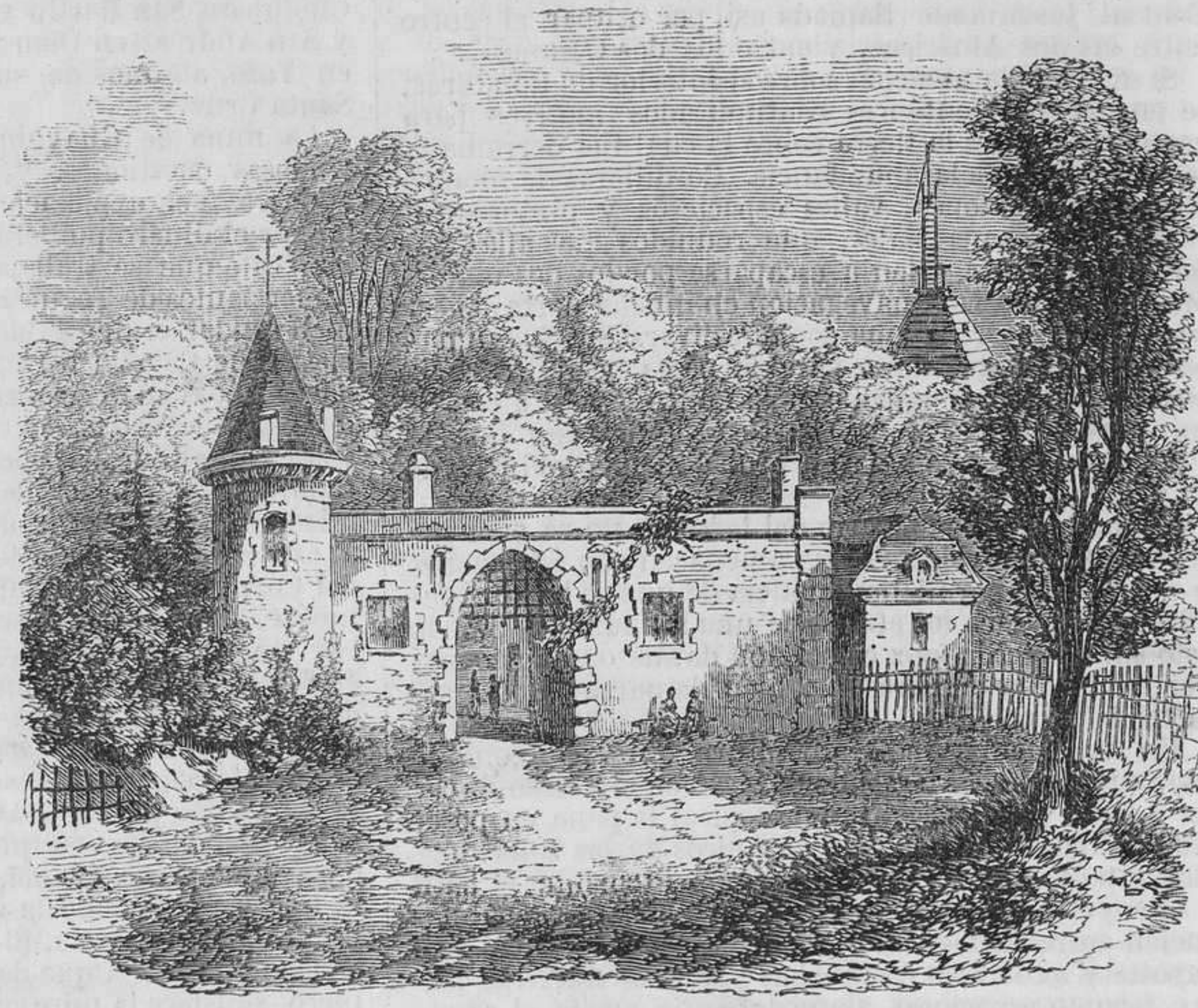
Habiéndose convertido despues en una propiedad de la princesa Palatina, el Raincy fué vendido por sus herederos á M. Sanguin de Livry, que en el año de 1750, le cedió á su vez al duque de Orleans, abuelo del difunto rey Luis Felipe, el cual lo primero que hizo fué destruir la antigua disposicion francesa del parque, para reemplazarla por un vasto jardin á la inglesa, que hasta la revolucion permaneció en poder de la familia de Orleans. M. Sanguin de Livry volvió á entrar, en aquella época, en posesion del palacio del Raincy, que se convirtió luego en teatro de aquellas suntuosas fiestas en que figuraban en primera linea madama Tallien y madama Recamier, afamadas beldades del tiempo del Directorio.



Las columnas, el palacio viejo y el jardin inglés.

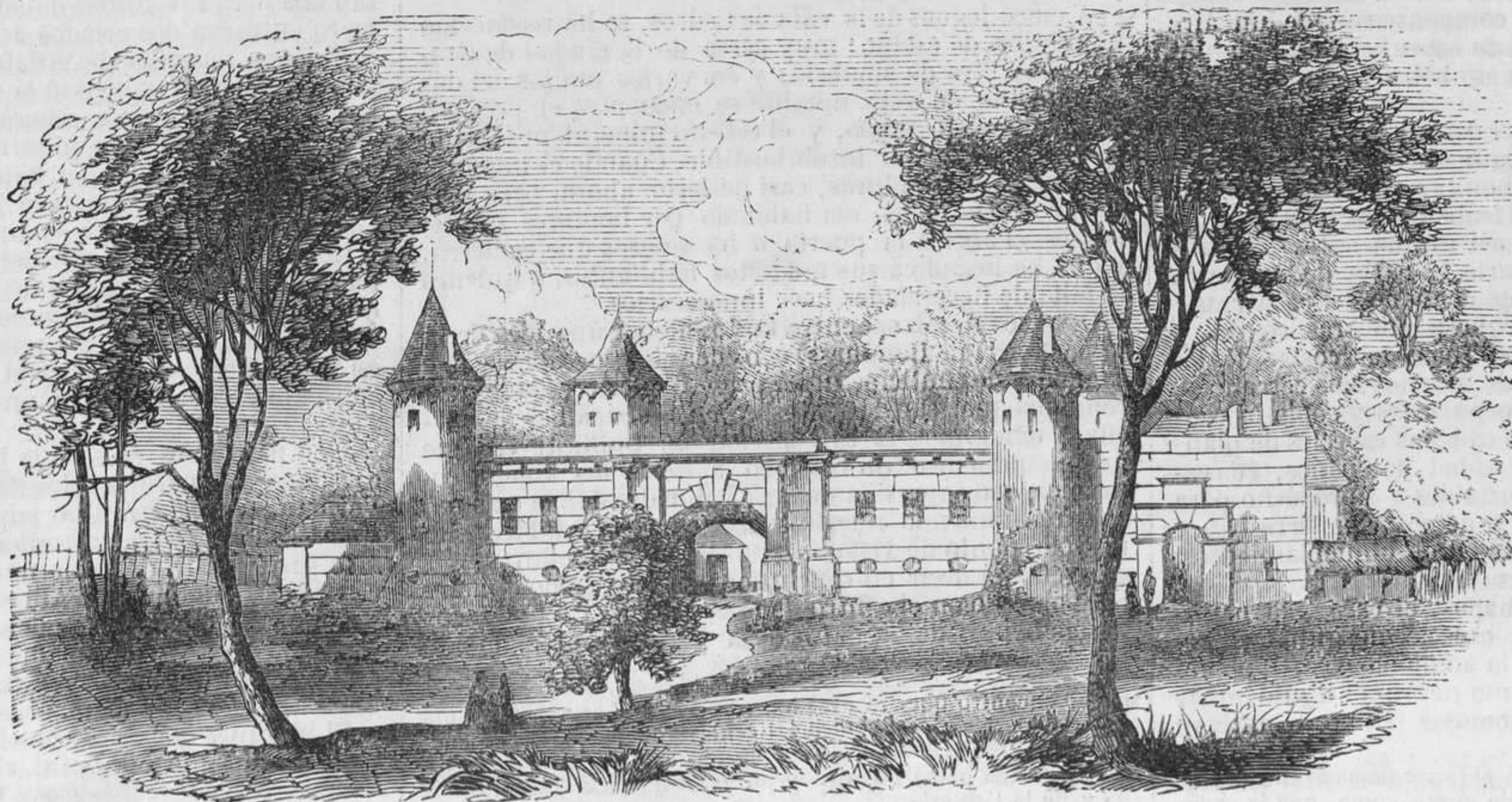


Las casas rusas y la pradera de césped.



El telégrafo.

Despues de haber sido honrado con las graciosas piruetas del célebre bailarín Trenitz, despues de haber pasado por las manos de M. Perrin, director de juegos públicos, del abastecedor Ouvrard, y de un gran dignatario del Imperio, el dominio del Raincy volvió otra vez á ser propiedad del duque de Orleans, quien mandó elevar las diferentes construcciones y fábricas que existen aun bajo las denominaciones de la torre Vieja, la Roca, la Perrera, la Granja, la Ermita, el Palacio Viejo y la aldea Rusa. Reinando su padre, el palacio del Raincy fué la residencia predilecta de los príncipes de Orleans, que muy á menudo se entregaban á la diversion de la caza en el bosque de Bondy,



La Granja.

cuyas frondosas arboledas se extienden entre el parque del Raincy, Villemomble y la aldea de Livry.

Despues del saqueo y los destrozos que sufrieron estas propiedades en la revolucion de febrero de 1848, y habiendo pasado al dominio del Estado, en conformidad á los decretos de los dias 22 de enero y 27 de marzo de 1852, el palacio y el parque del Raincy se sacaron á pública adjudicacion, sin resultado alguno. Entonces se dividieron en 23 partes y se pusieron nuevamente en venta, cada parte por separado; pero esta segunda adjudicacion intentada el 27 de setiembre último en la prefectura de Versalles no obtuvo mejores resultados para la Hacienda pública que

la primera. Mientras el parque y el palacio de Rainey hallan un amo que devuelva a las posesiones su esplendor antiguo, y que haga resonar bajo las hermosas arboledas del bosque de Bondy el ruido de los cuernos de caza, de los caballos y de los perros, el silencio de ese dominio célebre no se halla turbado mas que por los escopetazos periódicos de M. L... B... que ha tomado en arrendamiento el derecho de caza, y que convida generosamente a muchos amigos a que participen con él de la diversion que a los aficionados proporciona el emplear con mucha utilidad la pólvora y los perdigones.

La gaceta de Honduras.

GOLPE DE VISTA SOBRE HONDURAS, CONSIDERADO EN SUS RELACIONES FISICAS Y GEOGRAFICAS.

El Estado de Honduras comprendido en la extension de 5 grados de longitud, contado desde el 84 grado hasta el 89, y en 3 de latitud, porque se dilata de N. a S. entre el 13 grado y el 16, él abraza un territorio ba to que contiene aproximadamente 280 millones de caballerías, a lo largo de la zona tórrida, alejándose 13 grados del ecuador en el emisferio septentrional. Bañado en esta parte por los mares Caribe y de las Antillas, y en la meridional por el golfo de Fonseca, situado en el Pacífico, con muchos puertos en los dos Océanos, en contacto por el golfo referido, y por sus linderos territoriales con las dos mas importantes secciones de Centro-América, el Salvador y Nicaragua, y con los desiertos que corren hacia el cabo de Gracias que tambien le pertenecen hasta tocar con la linea de Nicaragua, conocidos con el nombre de territorio Mosco, por estar habitados de algunas tribus de salvajes, llamados Mosquitos; parece haber sido señalado por el dedo de la Providencia para llamar las miradas del mundo, como la parte privilegiada del grande e importantísimo *Istmo* que constituye la América Central, justamente llamada así, por ocupar el centro entre las dos Américas, y entre los dos Océanos.

Si se dirige la atencion sobre el interior de Honduras, se encontrarán entonces centuplicados motivos para creer que esta es la tierra sobre la cual fué derramada la cornucopia de la abundancia. Cordilleras de montes en todas direcciones, valles espaciosos y pintorescos, regados por manantiales, que reunidos mas allá para formar torrentes, salen a escaparse por los dos mares, ofreciendo una fácil navegacion en mucha parte del espacio que recorren; una copiosa diversidad de animales para la caza, como para la pesca, y multitud de otros destinados a embellecer la naturaleza y a consumir ese exceso de produccion espontánea con que la Providencia ha ostentado su prodigalidad en el pais de su predileccion.

Sin embargo de lo vario del terreno, no se encuentran en todo él volcanes que amenacen con erupciones o sacudimientos; ni hay noticia de que se haya experimentado nunca los efectos de una inundacion, debido esto sin duda a la feliz colocacion de sus ondulaciones; por eso es que pudiera muy bien llamarse a Honduras la mansion pacífica del hombre.

Un suelo feraz, una temperatura tan varia como lo es la superficie del terreno sin tocar en el exceso de calor ó frio; y su posicion intertropical le pone en posesion de todos los productos orgánicos de las zonas tórrida y templada. El coco, el coroso, el teusino, el dátil y el coyol cuyas enramadas y majestuosas palmas suelen entrelazarse con el ramaje de algunos nisperos, zapotes y aguacates en muchas partes de nuestras costas, forman espaciosas alamedas, que puede el caminante recorrer sin mas embarazo que el que presenta en algunos parajes la humedad de un terreno vegetal, no visitado directamente por el sol ni bastante ventilado; pero disfrutando en compensacion de un aire fresco y de los ricos frutos de estas benéficas plantas con que pudiera justamente simbolizarse la abundancia.

El cultivo de los cereales, el del plátano y demás vegetales alimenticios es sumamente fácil, pues muy poco tiene que agregar el hombre a los empeños de la naturaleza, reduciendo su trabajo mas bien a cortar su vuelo que a impulsarlo, así es que entre nosotros es desconocida como innecesaria la parte de la ciencia agrícola que tiene por objeto el abono de las tierras.

Antidiluvianas arboledas cubren nuestras sierras y hermean nuestros bosques. Todas las costas de los dos mares y las márgenes de muchos rios cercanos a ellas, están sembradas de corpulentos y copiosos caobas, cedros, pino, y de otras muchas especies de plantas, como de la variada diversidad de ébanos, guayacas, etc., cuyas maderas exportables y a propósito para la construccion de máquinas y de edificios terrestres y navales, como para la fabricacion de amueblamientos, constituye una base de riqueza inagotable.

La pimienta llamada de Chapas, el cacao, la vainilla, la zarza parrilla, varias especies de quina, el copalchi, el árbol que produce la goma elástica, llamado ule, los que manan el bálsamo negro, el liquidámbar y otras saviás balsánicas y gomosas (1), no se cultivan

entre nosotros, porque espontáneamente y en grande abundancia se producen en nuestros campos; en algunos de ellos se encuentra de la misma manera, una copia de plantas medicinales y aromáticas, que nada deja que apatecer, y que satisface de una manera espléndida todas las exigencias de la naturaleza y de la sociedad en estos respectos.

Ese movimiento de vida, con que parece atropellarse la accion reproductora del principio creador, en un pais virginal y tan favorecido como este por el conjunto de circunstancias análogas a pr tener sus tendencias progresivas, está pregonando el justiprecio de su importancia sin necesidad de otra demostracion. No se escribe para los habitantes de Mercurio: varios hay que pudieran desmentirnos, si no fuésemos exactos, porque no han faltado respetables viajeros de otras naciones que hayan visitado el interior de Honduras, entre los cuales podemos citar a los distinguidos norte-americanos M. E. Geo Squier y Amory Edwards, como a sus compañeros de viaje.

Si es un hecho que Honduras nada tiene que envidiar a los demás paises de la tierra, por lo que hace a los productos de la materia orgánica, tambien lo es que puede competir con los que sean mas favorecidos en la produccion de sustancias inorgánicas ó minerales. El oro, la plata, el cobre, el plomo y el hierro, no son metales que se encuentren aisladamente en determinados puntos del Estado: ellos existen ya mineralizados, ya en estado nativo, extendidos en capas superficiales, y en esa cantidad de vetas que cruzan en distintos sentidos formando un tejido metálico por todas partes. En los siete departamentos en que Honduras está dividido, aparece esta riqueza, y con especialidad en los de Tegucigalpa, Olancho, Choluteca y Comayagua. A mas de las minas que se han descubierto, separadamente, y entre las cuales hay varias de una riqueza notoria; se distinguen conjuntos ó nulos de vetas en varios territorios, conocidos con el nombre de minerales, de los cuales los mas notables por haberse hecho en ellos algunas explotaciones, son los siguientes: en Tegucigalpa, los de Yucarán, San Antonio, Santa Lucía, Cedros, Moramulca, el Plomo, Potrerillos y Agalteca; en Comayagua, Opoteca, Minas de Oro, Cuyal y Caridad; en Choluteca, San Martín y el Corpus; en Gracias, Coloal, y San Andrés; en Olancho, todos sus valles y sus rios: en Yoro, algunos de sus rios: y en Santa Bárbara, Santa Cruz.

La mina de Guayabillas, objeto en otro tiempo de ruidosas cuestiones, y actualmente abandonada por oponerse a su explotacion obstáculo que el arte auxilia do por el dinero pudiera destruir sin dificultad: la del Malacate que se trabaja mezquinamente por algunos comerciantes de Tegucigalpa, y en la que deberia muy bien fundarse un establecimiento de grande importancia: la de Coloal (perteneciente al señor D. Victoriano Castellanos) cuya celebridad ha hecho conocer su nombre por todas partes, y cuyos fáciles remitidos a Inglaterra han admirado a los químicos que los han elaborado, a la par de los de la Rosalia en el Tabanco, del mismo propietario: la de San Andrés correspondiente al expresado señor Castellanos, en la cual, como en la del Corpus, afirma la historia verificarse la fábula del monte de oro (2), y otras varias que no mencionamos por no traspasar los límites que nos hemos fijado en este cuadro; no vacilamos en afirmar, que si no exceden, pueden al menos nibelarse a las mas notables de Méjico y del Perú, a diferencia de que las nuestras están enteras, y rodeadas de facilidades para su explotacion, como para la clavoracion de sus quijos.

La abundancia con que se presenta el oro en todo el departamento de Olancho y en parte d l de Yoro, no es una verdad conocida ahora: ella ha formado siempre un punto de vista. El remitido hecho por un conocedor del terreno, a que damos lugar en este mismo número, satisface la mira propuesta en este artículo, y nos escusa de puntualizar una riqueza, que en mas extension territorial que la de la California, ribaliza con esta y con la de la Australia.

A cinco leguas de la villa de Cedros, se ha reconocido una mina de estaño: muy cerca de la ciudad de Gracias, hay otra de sinabrio; y en varios puntos del departamento de este nombre se encuentra el precioso cuarzo llamado opalo, y el esbelto mineral nominado amianto ó algodón incombustible. Cuando el inmenso territorio de Honduras, casi desierto ahora, pero colmado de atractivos, sea habitado por hombres industriosos, él abrirá la puerta a los tesoros que encierra, y que ha negado a sus modestos habitantes, a quienes la falta de necesidades hace innecesarios.

Deseos nosotros, entre tanto, de dar una idea de la importancia de Honduras, considerado geográfico y físicamente, nos anticipamos a presentar este bosquejo; y reunidos que sean los datos que nos ocupamos de solicitar, tendremos la satisfaccion de publicar en este mismo periódico un catálogo de todos los objetos conocidos, con expresion de las localidades donde existen.

Y reasumiendo nuestros asertos para establecer en un solo punto de vista la situacion de Honduras, nos atrevemos a decir en conclusion: que así como el hombre colocado en el centro de la creacion, él reúne todos los elementos de la naturaleza y recibe directamente

nado, encontró que era exactamente maná. Los experimentos que de ella hizo, y el voto del licenciado D. José Silva que la reconoció, persuadieron al descubridor de que positivamente era la misma goma zucarina y purgante que nos traen de Sicilia y de la Cataoria.

(1) Historia de Guatemala escrita por el Padre Juarros.

todas sus influencias, cuyas singulares coincidencias le dan el primer lugar en la escala de los seres, (como dijo un sabio centro-americano;) así Honduras, situado en la parte mas central del continente y formando el dique que divide los dos Océanos, y que debe dar lugar algun dia a su comunicacion, está llamado a ocupar el primer lugar en la escala de las naciones.

Tradiciones y leyendas.

LA CRÓNICA DE LOS CUATRO CONVENTOS.

Allá por los años de 1214, el conde de Andrade, señor de las villas de Ares, la Graña y Puente deume, era uno de los señores mas poderosos de Galicia, y tenía su solar en este último pueblo, cuyo palacio, arruinado en parte, es una de las curiosidades mas notables de él. Al conde D. Fernando le habia dado el cielo dos hijos, Fernan y Laura, que eran el encanto de su existencia. Laura en particular era considerada como un ángel, tanto por su exterior rafaelesco como por su alma bellísima. La fama de su hermosura impulsó al joven marqués de Villafranca, D. Enrique Osorio, a hacerla una visita a su palacio, y a solicitar su mano con vehemencia. El conde no rehusó su peticion, y le concedió a su adorada Laura; pero Laura se negó resueltamente a ser esposa del joven caballero.

La causa de esta negativa sorprendió al poderoso conde de Andrade.

— ¿Porqué, le dijo a su hija, te niegas a ser esposa de uno de los señores mas opulentos del país? ¿No es un joven hermoso? ¿No tiene unos sentimientos elevados?

— Sí... sí... repuso la niña; pero yo os quiero mucho, padre mio, y no quiero vivir sino para vos.

— Mañana puedo faltarte, Laura.

— Aquel dia, señor, contestó la niña enjugándose una lágrima, aquel dia iré a buscar a un claustro otro padre, ¡Dios!

El conde insistió; Laura continuó inflexible, y el joven marqués de Villafranca tuvo que retirarse a sus estados, con un pesar profundo por la negativa de la dama.

El conde solia lamentarse con su hijo Fernan de la repulsa de Laura, hasta que un dia le dijo este que su repulsa era hija del amor que Laura profesaba a uno de sus pajes, Rojin Rojal. El poderoso señor no creyó aquella revelacion, y no volvió a pensar mas en ella; su hijo quiso probarle que decia verdad, y para ello, bajo un pretexto frívolo de servidumbre, abofeteó al paje en el patio de palacio, y lo expulsó de él ignominiosamente.

A las pocas horas ya estaba Laura a los piés de su padre, quejándose de la injusticia de su hermano, y suplicándole que volviese a admitir al paje en el palacio.

El poderoso señor se sorprendió de las lágrimas de su hija, tanto como de su peticion, y a la sorpresa sucedió el enojo, el bochorno. Le echó en cara su pasion, y la amenazó con la prision de Rojin Rojal, si no se casaba inmediatamente con el marqués de Villafranca. Ella protestó contra la acusacion que le hacia su hermano, puso a Dios por testigo de la sinceridad de su cariño al paje, y se negó por segunda vez a ser esposa de Enrique Osorio.

El conde mandó prender a Rojin Rojal, y lo encerró en un calabozo. — Laura entonces se presentó a su padre, le ofreció ser esposa del de Villafranca si lo ponian en libertad, y el conde accedió a los ruegos de Laura.

Un mes despues se celebraron las bodas en el palacio de los Andrade; y a los pocos dias, cuando aun duraban las fiestas nupciales en la villa, apareció un enorme jabalí en las orillas del Eume que puso en consternacion a sus habitantes. No pasaba un dia sin que se lamentaran dos ó tres víctimas de su ferocidad, y en este número entraron dos criados del conde.

El joven marqués de Villafranca, gran monteró, dispuso una batida y ofreció la muerte de la fiera en holocausto al amor de su señora.

Salieron cazadores a inquirir su guarida; la descubrieron en las orillas del Bajoy, y mandaron un aviso al marqués. Este dispuso su jauría, y en compañía de Laura y de su hermano se dirigió a las orillas del rio.

Cuando llegaron al alto del Baltara, vieron al monstruoso jabalí pasar por las malezas de Verman. El marqués mandó formar un cordon que obligara a la fiera a dirigirse a un pequeño puente de madera que habia en la confluencia del rio y el Océano; y allí se sitió él con Laura, colocándola en un paraje que creia muy seguro.

Bien pronto los ecos de la bocina y los gritos de los cazadores resonaron en los flancos de las montañas del Verman; y un espantoso jabalí cruzó el valle, derribó tres cazadores, y tronchando cuantas ramas se oponian a su paso, se dirigió como una flecha al claro que descubria cerca del puente. Allí le esperaba el marqués con su aguzado chuzo y su cuchillo de monte, inmóvil y clavado en medio del puente como una figura de piedra. La fiera lo descubrió a su frente, rugió espantosamente, y se lanzó recta a él con una furia terrible.

El marqués la esperó con el chuzo en ristre y el cuchillo en los dientes; y al chocar con ella en medio del puente, el marqués clavó el chuzo con violencia, se arrojó rápidamente al rio, y el animal herido, se paró un momento en aquel sitio, como buscando una vícti-

(1) D. Cosme Mora encontró en el lugar llamado Gualora de la isla del Tigre, un árbol lleno de cierta goma, que la expia en abundancia en su tronco y ramas, y habiéndola exami-

ma para saciar aquella ferocidad que le despertara el chuzazo del marqués.

Entonces un grito de Laura le reveló esa víctima. Lanzóse el jabalí furiosamente sobre ella, y Laura fué destrazada.

Aquel día de luto no se pudo borrar de la memoria de nadie. El conde de Andrade, su hijo y el marqués de Villafranca, inconsolables por aquella desgracia horrosa, no anhelaban mas que la muerte de la fiera. Dieron mil batidas, y todas infructuosas, todas desgraciadas; pues siempre el jabalí encontraba nuevas víctimas a su ferocidad. Entonces, aquellos poderosos señores ofrecieron muchos millones de maravedís al que diera muerte a la fiera; y por mas que se reunieron los mejores cazadores de aquellas montañas, el jabalí continuó haciendo nuevos estragos, y desafiando cuantas batidas le daban.

Por fin, Dios se compadeció del país; pues una mañana se encontró el jabalí atravesado a chuzazos, en el mismo sitio donde habia muerto a la desventurada Laura. La alegría fué tan general, que no hubo quien no participara de ella. Tratóse de buscar al vengador de Laura; pero nadie se pre-entó ganoso de la inmensa recompensa prometida. Tan solo un día se encontró en el puente un cuchillo de monte ensangrentado, y clavado en el suelo en forma de cruz. Tenia en el puño dos RR. gróseramente grabadas.

Viendo el conde de Andrade que no se presentara el que habia dado muerte al jabalí, determinó fundar cuatro conventos con los millones de maravedís que habia prometido al vengador de su Laura; y como el día en que muriera esta tan desastrosamente estuviera consagrado a San Francisco, y el en que asesinaran al monstruo a San Bernardo, fundó dos de monjes Bernardos, uno en Monfero y otro en Montefaro; y otros dos franciscanos, uno en Betanzos y otro frente a la villa de la Graña, en un pequeño promontorio a cuyos pies habia algunas chozas de pescadores, chozas que mas adelante el poderoso genio del marqués de la Ensenada convirtió en los primeros arsenales del mundo. — Aun hoy existen estos cuatro conventos, y todos tienen un jabalí de piedra en los claustros, y aun en mas sitios, como el de Montefaro, que lo tiene en un remate de la fachada.

El puente donde murió Laura y donde apareció muerto el jabalí, se llama desde entonces *Ponte do Porco*; y en memoria de aquel desgraciado suceso se colocó tambien un jabalí de piedra en uno de sus andenes. — Este puente se halla en la carretera del Ferrol a Betanzos.

BENITO JOSÉ VICETTO.

Pila hidrodinámica.

En un periódico, en el *Monitor* francés, leemos los interesantes detalles que publicamos. acerca de la invención de una nueva máquina, destinada a hacer dar un paso mas a la civilización material, y por consiguiente a la moral e intelectual del hombre.

«Un genovés, cuyo nombre parece destinado a dar nuevo lustre a la Italia, el médico Agustín Carosio, acaba de hacer una invención que va a causar una revolución completa en el mundo científico y el industrial.

«Se trata buenamente de destronar el vapor por medio de la aplicación de la *pila hidrodinámica*, la cual, según la opinión del señor Carosio, produce indefinidamente la fuerza motriz.

«He aquí en qué consiste esta invención:

«Como todos los grandes principios, el descubrimiento de que hablamos es sencillo en apariencia.

«El aparato electro-magnético, que el señor Carosio ha llamado *pila hidrodinámica*, está basado en la teoría de los equivalentes electro-químicos, y en la ley llamada de Faraday, a saber: que la corriente eléctrica está en razón directa de la acción química, y por consiguiente, que la electricidad que sirve para descomponer un gramo de agua en sus dos elementos, gas oxígeno y gas hidrógeno, es igual a la que resulta de la combinación de estos dos mismos gases, cuando se juntan para formar un gramo de agua. La prueba evidente e incontestable de esta teoría es la pila de gas de M. Grove, en la cual, la cantidad de gas que sirve para recomponer el agua es exactamente igual a la que se forma por la descomposición del agua misma. M. Pouillet es de esta opinión de tal suerte, que lo ha demostrado de la manera mas clara en sus *Elementos de física experimental y de meteorología*.

«Apoyado en estos datos, el señor Carosio ha pedido y obtenido el privilegio de invención en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos de América y en casi todos los Estados europeos.

«Para dar a conocer el principio y la aplicación de este admirable descubrimiento, sería menester dar la descripción completa del diseño que constituye el aparato. Pero para ser breves nos limitaremos a citar textualmente las propias expresiones del señor Carosio al final de la pretensión que ha dirigido al gobierno francés para obtener el privilegio de invención:

«Habiendo dado la explicación de la naturaleza de mi invento, y de la manera de aplicarlo, deseo que conste completamente que yo no me limito a la forma ni a las dimensiones del aparato que acabo de describir y que va representado en el adjunto dibujo, ni al uso de los materiales que he dicho que pueden ser emplea-

dos en la construcción de los aparatos, porque todo esto puede variarse en la forma y en la materia, con tal que el carácter de mi invención sea conservado.

«M. Siemens, ingeniero muy distinguido de Prusia, miembro de la Academia de los ingenieros civiles de Londres y de otras muchas, conocido tanto por sus numerosas obras como por sus descubrimientos en física y mecánica, encargado de activar la invención Carosio, ha dado un informe que concluye en estos términos:

«La máquina Carosio es una máquina esencialmente calórica, con esta importante ventaja sobre las demás, que siendo permanentes los gases pueden ser empleados con una temperatura superior a la de los cuerpos que están en contacto con ellos, a saber, el agua y el aire, que pueden ser por consiguiente un medium para ceder una parte de su calor, al paso que para máquinas que funcionan con una temperatura elevada, este calor debe ser producido artificialmente.

«La única fuerza eléctrica gastada en este caso es la de la resistencia de los mediums conductores de la corriente, lo cual, aun bajo las mas favorables circunstancias, exige un suplemento continuo de gas de origen diferente para mantener la cantidad.

«La realización final del principio contenido en la invención Carosio parece al que suscribe una cosa cierta.

«En otro informe posterior, M. Siemens dice que ahora le parece muy posible construir un aparato de composición y de descomposición de una potencia considerable sin exponerse a un gasto inútil y perjudicial a los intereses de los asociados.

«Quince años hace que el señor Carosio trabaja en su maravillosa invención; pero los obstáculos múltiples que surgen inevitablemente en el origen de toda creación grande, como si tuvieran por objeto el servir de prueba al talento y de medida a la fuerza de su obra, habian retardado desgraciadamente las experiencias decisivas del descubrimiento Carosio.

«Por fortuna el patriotismo de los genoveses secundó los esfuerzos perseverantes de su compatriota. El año pasado se formó como por encanto en Génova una sociedad anónima, aprobada por un decreto especial del rey de Cerdeña, y se logró reunir en poco tiempo la suma de dos millones de francos para la aplicación práctica de este feliz descubrimiento. En su consecuencia, el señor Carosio, precedido por una recomendación oficial del gobierno sardo para todos sus agentes en el extranjero, se dirigió a Londres a fin de encargar a mecánicos e ingenieros expertos la ejecución de su máquina.

«De esta manera, despues de un año de experiencias las mas afortunadas, la primera máquina, construida por cuenta de la Sociedad de Génova, bajo la dirección del ingeniero Siemens, estará en estado de funcionar en Londres antes de que empiece el invierno.

«El Emperador de los franceses, queriendo tambien facilitar la realización de este nuevo progreso científico, ha dispuesto que una máquina igual, de la fuerza de muchos caballos, sea construida por su cuenta en París, bajo la inteligente dirección del general Morin, en el Conservatorio de artes y oficios.

«Los mecánicos franceses e ingleses trabajan pues y rivalizan en este momento por activar la ejecución de un descubrimiento científico, que parece destinado a asombrar al mundo con su inmensa utilidad industrial.

«¡Cosa admirable! esta máquina no consume mas que lo que ella produce con su propia fuerza, y esta fuerza, por oposición a la del vapor, no se halla limitada por la limitación de las resistencias; en fin, no trae consigo ni los gastos ni los peligros del combustible.»

Dos poetas.

I.

La revolución llevada a cabo en Inglaterra por el genio de Cromwell, tuvo mas ilustres panegiristas que la monarquía de los Stuarts, cuyo trono cayó con la cabeza de Carlos I. En medio del general trastorno apareció Milton: y como los hombres de un talento superior solo necesitan una mirada para conocerse, el autor del *Paraiso perdido* llegó a ser el secretario de Oliverio Cromwell.

Un día de estos tiempos calamitosos, en el mes de junio de 1653, entró un hombre en la torre de Londres, y habiendo llegado al último piso, se detuvo delante de la puerta de un calabozo, en el que apenas podía distinguirse al desgraciado que lo habitaba: su frente estaba marcada con aquellas profundas heridas que la desgracia estampaba en el rostro de los hombres y que se confunden con las impresiones de la vejez. El preso era Davirant, y el que venia a visitarle Milton.

—Habeis sido fiel a la cita, dijo con amargura el poeta proscrito. Profeta de desgracia, todas tus predicciones se han cumplido: he caído de tan alto, que no hay mano mortal que pueda levantarme de mi abismo. Sin embargo, Dios me ha dado medios para combatir el dolor. La república al encerrarme en esta prision no me ha podido arrancar mi lira.

—¿Y si te devolviesen la libertad?

—¡Oh! si yo fuera libre! gritó Davirant. ¡Oh! la luz, el aire... la independencia.

Aquí se detuvo como avergonzado de haber manifestado sus profundas agonías, y prosiguió en tono mas tranquilo: Si fuera libre, ¿qué podría hacer? El edificio de mi fortuna se ha desplomado... pobre, luchando siempre con el recuerdo de mi riqueza, la esclavitud o la libertad... me son indiferentes; siempre seré desgraciado.

—Ve pues adonde te ha conducido tu obstinación.

—Dí mas bien mi lealtad. Yo debí mi elevación a Carlos Stuart.

—La república, si se ha mostrado severa, no ha dejado de ser justa: la fidelidad no es un crimen.

—¿Porqué estoy, si es así, encerrado en esta torre?

—Pronto saldrás de ella.

—¿Y a quién deberé ese favor?

—A mí. ¡Esta prision es muy oscura, Willian!... Quieres respirar un aire mas puro, ver el cielo y el día.

—¡Oh! sí, sí.

—En ese caso, estás libre: aquí tienes la orden firmada de ponerte en libertad.

La emoción que sintió Davirant fué tan profunda, que en algunos momentos no pudo pronunciar una palabra: por último:

—Tú has hecho, dijo, lo que yo tal vez haré algun día por tí.

—¿Lo crees?

—¡Quién sabe! las grandezas políticas son extremadamente frágiles.

II.

Por consecuencia de esa instancia, de que tantos ejemplos hay en la historia de los pueblos, muerto Cromwell, saludó la Inglaterra con aclamación de júbilo el restablecimiento de la dinastía que ella misma habia derribado. El partido realista, tan pusilánime antes y cobarde, se mostró entonces arrogante y vengativo. Harrison, Thomas Sult, y otros muchos fueron decapitados, y otros huyeron a las colonias de la Nueva Inglaterra. Milton no fué olvidado: la independencia de su carácter y la tendencia revolucionaria de sus escritos eran títulos que le condenaban a los ojos de los partidarios de la restauración. El día 27 de junio de 1660 fué preso y encerrado en la torre de Londres. El poeta recibió con resignación este infortunio: su talento le sirvió de escudo, su musa adormeció sus dolores, y arrebatado en sus trasportes a un mundo imaginario, olvidaba el sentimiento real de su situación.

Una noche del mismo año, un viejo entró en la prision del poeta, y acercándose a él le contempló durante algunos minutos con recogimiento y sorpresa.

—Tan sereno está en la desgracia como lo estaba en la prosperidad, murmuró en voz baja.

El preso oyó estas palabras sin comprenderlas.

—¿Quién habla ahí? exclamó levantándose.

—Un hombre que respeta vuestras opiniones sin participar de ellas: un realista que desea dulcificar vuestro infortunio.

El ciego rechazó con aspereza la mano del viejo.

—Os burláis... ¿Qué simpatía puede existir entre nosotros? ¿qué puede haber de comun entre el opresor y la víctima, como no sea la reciprocidad del encono? ¿Venís a contemplar mi abatimiento, o a corromper mi felicidad? En ese caso os advierto que os engaños: yo no me vendo como Monk y Waller. Hablad: ¿qué queréis?

—Ofreceros un porvenir mas brillante del que vos podiais imaginar.

—¿Un porvenir brillante! ¿y qué puedo esperar ya? ¿Volverá la vida a tantos amigos que arrastraron a mi lado peligros sin cuento y que ha diezmando el cadalso? ¿Dónde está Cromwell, Harrison, Sidney Scott, Carew, Axtel y Flezwood? Ya no queda una sola piedra de aquel hermoso edificio que levantamos con tanta perseverancia y valor.

—No desesperéis... Dios os ha expuesto a pruebas sin duda crueles; pero os ha dado en vuestra aflicción un medio de sobrellevarlas. Los hombres no han podido arrancaros vuestro talento.

—¿Y qué es eso? ¿Cuándo ha sido protegido el talento? ¿A quién ha enriquecido? ¿Tendré que recordaros cómo murió Spencer, cómo murió Shakespeare? Yo he vendido el trabajo de diez años, 6,000 versos, una obra maestra tal vez, por cinco libras esterlinas (1).

—¿Y no teneis familia?

—Es verdad... ¡una mujer y tres hijos!

—¿No habeis pensado que puede existir entre los que admiran vuestro talento y virtudes alguno bastante poderoso para devolveros la libertad?

—Los desgraciados no tienen amigos.

—¿Habeis olvidado al poeta realista a quien salvasteis la vida en 1653?

—He olvidado a todos los ingratos.

—Tu corazón está tan ciego como tus ojos.

Milton se enterneció, y levantándose con prontitud:

—¿Eres tú, Willian? dijo.

—Yo soy que vengo a salvarte: ya estás libre.

—¡Libre! ¡Oh Dios! exclamó el ciego: así podré concluir mi *Paraiso perdido*.

A. G. G.

(1) Se conserva aun como un documento curioso este contrato hecho entre Milton y el impresor Samuel Sijmons.

El príncipe Demetrio Stirbey, hospodar de la Valaquia.

El príncipe Barbo Demetrio Stirbey, hospodar reinante de Valaquia, nació en 1801 en Crayova, capital de la pequeña Valaquia, y es hijo del vornik Demetrio Bibesco y de Catalina Vacaresco, pertenecientes ambos a la primera clase de los boyardos. Su tío materno, el vornik Barbo Stirbey, poseedor de una fortuna considerable, le nombró su único heredero con la condición de que tomara su nombre, y Barbo Bibesco tomó en efecto el nombre de Stirbey, por un acto legal de adopción; este uso es bastante frecuente entre las familias nobles de la Valaquia.

Después de haber acabado sus humanidades en el colegio de Bucharest, salió en 1817 para París, donde siguió con asiduidad los cursos de derecho.

En 1821 se hallaba ya en camino hacia la Valaquia, cuando estalló la insurrección fomentada por el príncipe Alejandro Ipsilanti. Stirbey se detuvo en Hermanstad, se casó allí, y no volvió a Bucharest, hasta el año de 1825 cuando se restableció completamente la tranquilidad en los principados.

De 1826 a 1827, reinando el hospodar príncipe Gregorio Ghika, desempeñó las funciones de administrador de distrito, y luego le confiaron el empleo de director de la Veskari (departamento de Hacienda) y de vornik de la ciudad (recaudador general de contribuciones directas).

En 1829 fué nombrado miembro del comité mixto compuesto de una sección valaca y de otra moldava, y recibió el encargo de elaborar, bajo los auspicios del gobierno provisional ruso, el reglamento orgánico que debía asegurar a los dos principados una organización mas conforme con sus necesidades, en virtud de las estipulaciones del tratado de Andrinópolis.

El comité de reforma que principió sus sesiones el 19 de junio de 1819, y del cual era Stirbey secretario-redactor, terminó definitivamente su tarea el 4 de abril de 1830.

Después de haber concluido la redacción del estatuto orgánico, Stirbey fué nombrado uno de los tres miembros del divan ejecutivo que dirigió los asuntos del principado bajo la administración provisional rusa, y en esa cualidad fué encargado de dirigir el departamento del interior, que reunió las atribuciones mas importantes y extensas. Stirbey fué quien estableció los primeros consejos municipales, pasando en persona a todas las cabezas de distrito para presidir a su instalación. Después de haber sido sucesivamente secretario de Estado, ministro de Negocios eclesiásticos y de la Instrucción pública, Stirbey, por causa de salud, hizo dimisión de sus funciones y vino a París donde permaneció poco tiempo.

En 1837, el hospodar príncipe Alejandro Ghika le suplicó que aceptara la cartera de la Justicia. Sin embargo, después que salió del poder el príncipe Ghika, la asamblea general extraordinaria fué llamada a proceder a la elección de un nuevo hospodar, y con este fin se reunió en Bucharest el 20 de diciembre de 1842 (1.º de enero de 1843.) Tres candidatos se hallaban en presencia, a saber; Barbo Stirbey, su hermano Jorge Bibesco y el primer boyardo Ban-Jorge Filipesco. Stirbey se llevó la mayoría absoluta de votos, mayoría que, según los términos de la ley, le daba el derecho de ser proclamado príncipe de Valaquia. De repente

Stirbey retiró su candidatura, y dispuso de sus sufragios en favor de su hermano, que fué elegido. Después del advenimiento de su hermano, Stirbey fué elevado al puesto mas importante de la administración; obtuvo la dirección del departamento del interior.

Los trastornos que sobrevinieron en Valaquia en 1848, produjeron por una parte, la abdicación y la emigración del príncipe Bibesco, y por otra, una doble ocupación militar de los principados.

Las tropas otomanas reunidas en Giurgewo, bajo las órdenes de Omer-Bajá, entraron en Bucharest el 13 de setiembre de 1848, seguidas de cerca por un cuerpo de ejército ruso, y se instaló una capitania en Bucharest para gobernar provisionalmente, bajo la dirección de los dos comisarios imperiales, Fuad-Effendi y el gene-

Sus hermanos Alejandro y Demetrio, estudiaron también en París.

El príncipe Stirbey tiene además cuatro hijas.

Fenareta, casada con el vornik Teodoro Ghika, de Jassy;

Alina, casada con el gran togotheto, Alejandro Plagino;

Isabel, casada con el gran postelnik Esteban Bellio;

Y Elena, casada con el conde Leon de Larisch-Moeunisch.

La crisis oriental, cuyas fases seguían los principados con la mas penosa ansiedad desde la misión del príncipe Menschikoff, tomó en 1853 un giro tal, que ya no fué posible conservar la menor ilusión sobre la ocupación próxima de aquellos desgraciados países, por los rusos.

El divan dió orden al príncipe Stirbey de que saliera de Bucharest, y el príncipe cometió la falta de prolongar su residencia en la capital de la Valaquia. Solo abandonó los principados cuando se denunciaron las hostilidades y se retiró a Viena. No nos incumbe hablar aquí de las querellas que dividen a los diferentes partidos en los principados; lo que si podemos decir es que el príncipe Stirbey no es popular en el partido democrático que le culpa, quizás con muy poca razón, de ser un representante secreto de la Rusia. El príncipe Stirbey ha rechazado con energía estas acusaciones, y aun escribió sobre ello a Reschid-bajá que se apresuró a hacerle justicia. Sin embargo, se acaba de manifestar una viva oposición a propósito del reintegro del hospodar de Valaquia. En los periódicos alemanes leemos que el día señalado para la entrada triunfante del príncipe Stirbey el prefecto de policía envió a la imprenta del Estado el programa de la ceremonia de su recibimiento solemne, y un momento después llegó una orden del comisario otomano para suspender la impresión del programa. Habiéndolo sabido los austriacos, enviaron a su vez la orden de continuar la impresión, y entonces Muzza-bajá mandó a la puerta de la imprenta dos centinelas y seis oficiales con encargo de advertirle inmediatamente si persistían en su designio los austriacos. Para evitar un conflicto cuyos resultados habrían sido deplorables, las cosas quedaron en tal estado, y el 1.º de octubre, el prefecto de policía de Bucharest recibió la orden siguiente:

« Señor prefecto de policía:

» En vista de las acusaciones graves y oficiales que » pesan sobre el príncipe Stirbey; en vista del odio que » le tienen los habitantes mas notables de la ciudad, y » en vista sobre todo de las circunstancias en medio de » las cuales se realiza la vuelta del príncipe, he creído » obrar conforme al desden general, ordenándoos, se- » ñor prefecto, que ni pidais que se levanten arcos de » triunfo, que se lean felicitaciones ó discursos, en una » palabra, que ninguna manifestación estemporánea » irrite al pueblo y provoque el desorden. — Por el co- » misario imperial otomano, » MUZZA-BAJA. »

Según lo que acaba de pasar en Bucharest, es evidente que la Puerta ha querido la reinstalación pura y simple de los hospodares, para que las cosas volvieran a su estado antiguo, pero que se reserva tomar otro partido próximamente, sobre la reorganización definitiva de los dos principados.

E. A.



ral Duhamel. El gobierno provisional funcionaba hacia ocho meses, cuando en mayo de 1849 la Sublime Puerta tomó en consideración la necesidad de poner un término a esa situación tan fastuosa como precaria, con el nombramiento definitivo de un hospodar. Entonces fué cuando el Sultan después de oír la opinión de su ministerio, fijó su elección en Stirbey, que durante aquel régimen provisional se había mantenido lejos de los negocios del país.

El 16 de junio, Stirbey fué proclamado solemnemente hospodar ó príncipe reinante en Valaquia, en el salón de la metrópoli.

El príncipe Stirbey cuenta varios hijos:

El primogénito Jorge, hizo todos sus estudios en París donde obtuvo los grados de bachiller en letras y en ciencias, y el de licenciado en derecho.

En la actualidad se halla agregado al primer regimiento de carabineros.